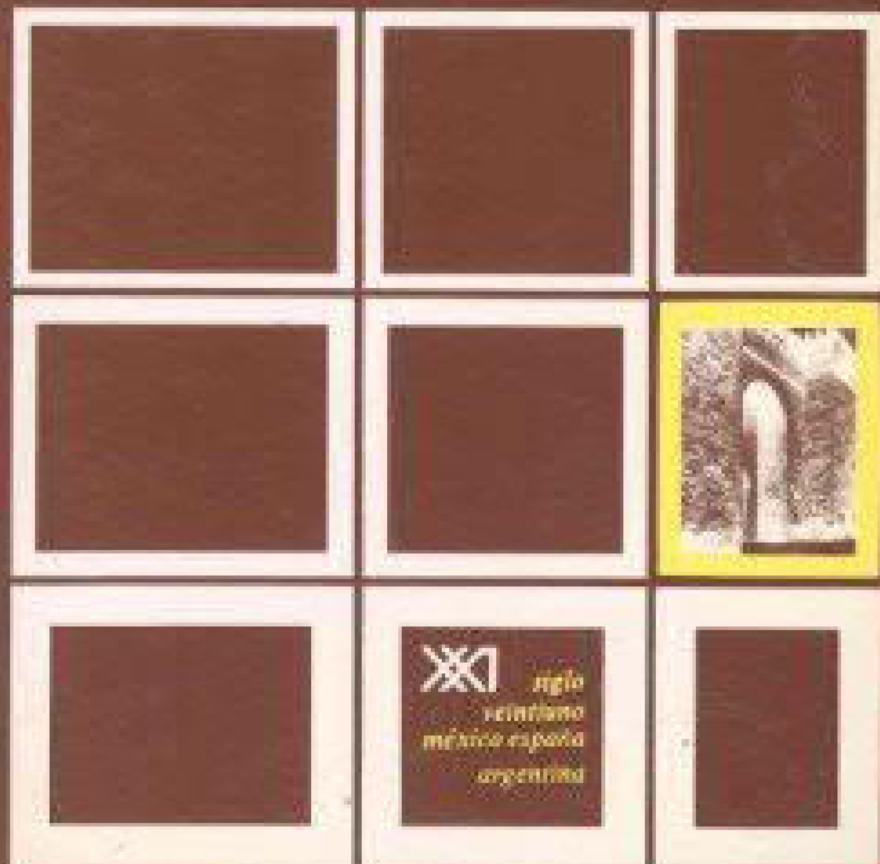
HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

los imperios del antiguo oriente

III. la primera mitad del primer milenio

E. CASSIN/J. BOTTÉRO/
J. VERCOUTTER



* Este pdf sólo contiene los capítulos 3, 5, 6

Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 4

LOS IMPERIOS DEL ANTIGUO ORIENTE

III. La primera mitad del primer milenio

Compilado por
Elena Cassin,
Jean Bottéro
y Jean Vercoutter

México
Argentina
España



historia
universal
siglo



Madrid: Siglo XXI
Año de publicación: 1971
ISBN: 8432300489

3. Siria y Palestina desde fines del siglo XI hasta fines del siglo VI a. C. Desde la instauración de la monarquía en Israel hasta el fin del exilio judío.

Los cinco siglos de la historia sirio-palestina que vamos a tratar seguidamente se dividen en tres períodos: 1025-880, 880-745 y 745-538. Siria-Palestina pudo disfrutar en el primero de la libertad que le había proporcionado en el siglo XII el fin de la supremacía egipcia sobre este territorio. Durante el segundo período una nueva gran potencia extranjera, la asiria, alargó la mano hacia Siria-Palestina. En el tercer período esta gran potencia, que había sido sustituida a finales del siglo VII por la babilónica, somete a Siria-Palestina por completo. Gracias al Antiguo Testamento disponemos de múltiples e interesantes datos sobre los territorios dominados por Israel y sus países vecinos: los filisteos en el oeste, los edomitas en el sur, los moabitas y amonitas en el este, los arameos en el noreste y los fenicios en el noroeste. Nuestros conocimientos son en todo caso mayores que los que tenemos sobre la historia de los estados que se habían conservado o formado de nuevo en 1200 en el noroeste de Siria y el sureste de Asia Menor a raíz de la caída del imperio hitita, y que siguieron en un principio la tradición hitita a través de la lengua, la escritura y la cultura para luego arameizarse en su mayor parte después del año 1000. Por esta razón aparecen pocas veces en el Antiguo Testamento. Las únicas y por desgracia insuficientes fuentes que tenemos sobre ellos se reducen a algunos pasajes de relatos bélicos de reyes asirios y algunos hallazgos aislados (entre ellos unas pocas inscripciones) en diversos puntos de su territorio. Con lo que se desprende de estos datos tendremos que reconstruir concisamente la historia de estos estados neohititas, aludiendo a su arameización paulatina y anticipando así la parte que trata de los arameos.

No será necesario dedicar un capítulo exclusivo a la historia de los filisteos, edomitas, moabitas y amonitas, que puede narrarse en relación con la historia de Israel por estar vinculada estrechamente a ella. Igual que con los filisteos, edomitas, moabitas y amonitas, Israel tuvo muchos y estrechos contactos con los arameos y los fenicios, durante los cinco siglos de su historia que aquí se tratan. En la historia de Israel se aludirá por ello

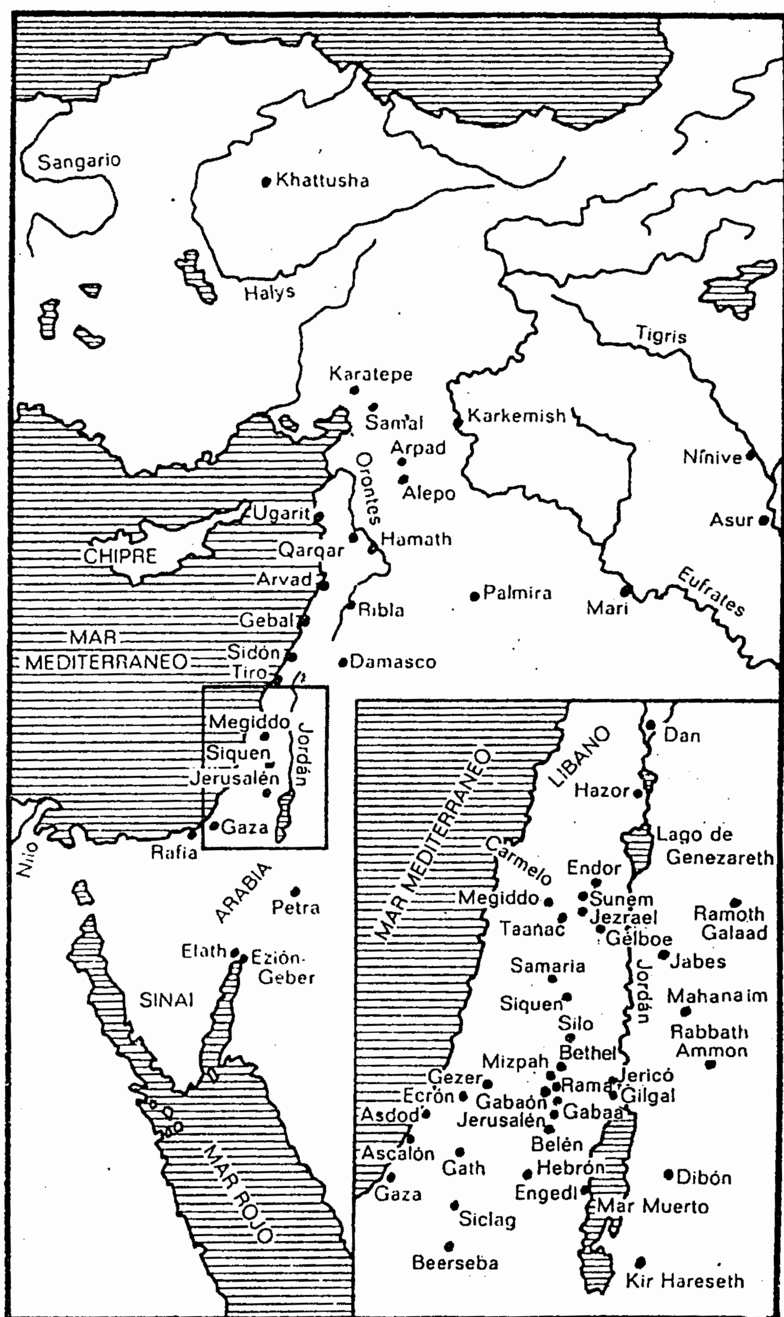


Fig. 4. Siria-Palestina.

con frecuencia a los arameos y a los fenicios. Las noticias de que disponemos sobre unos y otros, aparte del Antiguo Testamento (inscripciones arameas y fenicias, documentos de reyes asirios y babilónicos y datos fenicios más antiguos conservados a través de autores grecorromanos), arrojan tanta luz sobre la historia de estos dos pueblos que merecen un tratamiento especial. La descripción de cada una de las tres partes principales en que hemos dividido el período a tratar, 1025-880, 880-745 y 745-538 comienza, pues, con Israel y sigue con la historia de los estados neohititas, los arameos y los fenicios. La historia de los estados posthititas que se basa, por falta de datos del período entre 1025 y 880, en deducciones de períodos posteriores, quedará contenida en la primera parte.

I. INDEPENDENCIA DE SIRIA-PALESTINA (1025-880 A. C.)

A) Israel y Judá

a) *Instauración de la monarquía. Saúl*

Siria-Palestina cultivó desde el principio del siglo XII, durante doscientos años, su independencia, fomentando en todo su territorio la aparición de estados independientes, generalmente en forma de reinos. Por otro lado no cabe duda de que la monarquía surgió bastante tarde en Israel: dos e incluso tres siglos más tarde que entre sus vecinos los edomitas, moabitas y amonitas, cosa que puede estar relacionada con la religión de Israel, según la cual no debe existir un rey terrenal. En todo caso parece haberse manifestado esta convicción con motivo de la elección de Saúl, el primer rey de Israel.

Lo que indujo a Israel a instaurar la monarquía fue por un lado la ayuda solicitada a todas las tribus israelitas por la ciudad de Jabes Galaad, en Jordania oriental, gravemente amenazada por los amonitas (I Sam. 11), y por otro lado la presión cada vez más fuerte que ejercían los filisteos sobre las tribus israelitas de Palestina central (I Sam. 13, 19-22). No está del todo clara la serie de acontecimientos que condujo al benjaminita Saúl al trono. También existen diversas opiniones acerca de la parte que tuvo en ello el profeta efraimita Samuel. Según I Sam. 7, 2-8, 22; 10, 17-19; 12, 1-25; 15, 1-35, Samuel desaprobaba el deseo del pueblo de tener un rey, por considerarlo una limitación de los derechos de Yahvé, único rey del pueblo,

y procedió finalmente al nombramiento de Saúl como rey, en contra de su voluntad y sólo por indicación expresa de su dios. Esto podría relacionarse con el hecho de que Samuel, considerado entonces como juez, hubiese liberado a Israel de los filisteos (según 7, 10-17) y por eso no pudiera encargar a Saúl esta empresa, por lo que le confió, como primera misión de su reinado, el exterminio de los amalecitas (15, 1-35). Los pasajes I Sam. 9, 1-10; 16, 20-27; 11, 1-15; 13, 1-14, 46, que tampoco parecen ser homogéneos (lo que aquí carece de importancia por coincidir en esta cuestión), afirman por el contrario que Saúl fue ungido rey por Samuel por orden de Yahvé con la misión de liberar a Israel de los filisteos. Cuentan también cómo el rey hizo gala de su dignidad real en brillantes victorias sobre los amonitas que asediaban Jabes Galaad y cómo junto con su hijo derrotó y expulsó de Israel a los filisteos (cap. 13-14). El capítulo 11 (se omite aquí el cap. 12 por no tener relación directa con nuestro tema) y los capítulos 13-14 unen el triunfo de Saúl sobre los amonitas y su victoria frente a los filisteos describiendo (13, 2) cómo Saúl, tras haberle el pueblo confirmado como rey en Galgala en agradecimiento a la gran ayuda que prestó a Jabes Galaad, conservando sólo 3.000 hombres de su ejército, expulsó a los filisteos del país. Puede que esta versión corresponda a la realidad. El relato de I Sam. 7-15, según el cual Yahvé y su profeta se opusieron a la instauración de la monarquía en Israel, se puede explicar por el hecho de que las tensiones surgidas entre Saúl y Samuel al final de su reinado hayan sido situadas al principio del reinado de Saúl. Sin embargo, es posible que en determinados círculos proféticos o sacerdotales se alzasen desde un principio voces contrarias al nombramiento de Saúl.

Sea como fuere, es un hecho histórico que Saúl empezó su reinado con una brillante victoria contra los filisteos, que hasta entonces habían oprimido pesadamente a Israel. Pero no por esto estaba conjurada para siempre la amenaza de los filisteos. Por el contrario, a juzgar por I Sam. 14, 52, parece seguro que prosiguió una violenta guerra contra ellos mientras vivió Saúl y que éste no dejó de buscar por todos los medios hombres para esta lucha. Estas luchas fueron todas favorables a Saúl, excepto la última, a la que aún nos hemos de referir. También salió victorioso Saúl de sus guerras contra Moab, Amón, Edom, Aram-Soba y los amalecitas. Tenemos escasa información sobre estas luchas, así como sobre la política exterior de Saúl. Como fuente sólo disponemos de I Sam. 14, 47-48, que enumera a los enemigos exteriores con los que se enfrentó Saúl (Moab, los hijos de Amón, Edom, los reyes de Soba y Amalec), afirmando

que Saúl siempre salió vencedor de estas guerras, afirmación que en el texto que estudiamos concluye inesperadamente, por animosidad contra Saúl, acusándole de haber actuado siempre criminalmente [1]. Sin embargo, estas guerras de Saúl son históricas aun cuando ignoremos mayores detalles. Moab, Amón, los filisteos y Amalec son pueblos que ya en la época de los jueces aparecen como enemigos de Israel y que, junto a Edom, seguirán siéndolo más tarde, bajo David y en épocas posteriores. Al menos en su esencia, el relato de la lucha de Saúl contra Amalec y su rey Agag (I Sam. 15) se ve confirmado por la afirmación (14, 48) de que Saúl derrotó a Amalec liberando así a Israel del dominio de su expoliador. También el hecho, referido en I Sam. 23, 10-12; 26, 1-2, de que David fuese entregado por los judíos a Saúl al refugiarse en Judá debe entenderse en el sentido de que los judíos querían mostrarse agradecidos a Saúl por la defensa de su país contra las incursiones enemigas y, en particular, las de los amalecitas, que continuaron acosando a Judá y provocaron aún contramedidas por parte de David (I Sam. 27, 7-12; 30, 1-31).

Si sobre la política exterior de Saúl disponemos sólo de escasas noticias, sobre su política interior tenemos en primer lugar la lista de la corte de Saúl de I Sam. 14, 49-51, en la que, aparte de la mujer, hijos e hijas de Saúl, sólo se menciona a su jefe de ejército Abner, que era primo suyo. Se trata, pues, de una forma de gobierno completamente patriarcal que sólo es concebible si Saúl se limitaba prácticamente al mando supremo militar, dejando la administración interior, el derecho y el culto a las tribus. Cuando más tarde la monarquía asume, bajo David y Salomón, muchas de las funciones que antes competían a administraciones autónomas, aumenta considerablemente, como veremos, el número de miembros de la corte. Son también de política interior las medidas que adoptó Saúl para israelizar por la fuerza los enclaves cananeos que perduraban aún en los territorios reclamados por Israel. Una medida de este tipo, la cruenta nacionalización de la ciudad de Gabaón, presuponen los relatos de II Sam. 21, 1-14 y 9, 1-13, que tratan de la entrega de los saúlidas que sobrevivían aún a principio del reinado de David, a excepción de Merib-Ba'al [2], hijo de Jonatán. Otro caso de israelización violenta, llevada a cabo por Saúl, aparece en el relato del asesinato de Esba'al [3], hijo de Saúl, en el que dos ciudadanos de la ciudad benjaminita de Beeroth afirman que los habitantes de ésta tuvieron que abandonar su patria y refugiarse en Gittaim, lugar posiblemente filisteo (II Sam. 4, 3); debe tratarse seguramente de la evacuación ordenada por Saúl, padre de Esba'al, a los cananeos, que aún vivían en la

ciudad de Beeroth. Por otra parte no sabemos siquiera cuánto tiempo reinó Saúl, pues el pasaje I Sam. 13, 1, según el que «Saúl tenía... años cuando fue nombrado rey y reinó dos años sobre Israel», no ofrece garantía y tiene que explicarse por alguna equivocación o error de transcripción, igual que las noticias sobre el reinado de Saúl deben de referirse a más de dos años. Sin embargo, no puede asegurarse si se puede contar con un reinado de diez años o más. Si para este período se fijan por tanto las fechas 1025-1005, han de tomarse con grandes reservas.

Así como aparecen descritos con bastante detalle los comienzos de Saúl, lo cual se debe a que el profeta Samuel tuvo mucha parte en ellos, también disponemos de abundantes datos sobre su fin por haber desempeñado en él Samuel un papel bastante importante. Además, el fin de Saúl coincide en cierta manera con los comienzos de David, que era más importante para nuestros narradores que Saúl. Así sólo pudieron aparecer algunas historias de Saúl si en ellas también se hablaba de David. Los últimos años del reinado y de la vida de Saúl se vieron oscurecidos por un infortunio doble. Primero parece que a medida que avanzaba su edad empezaba a sufrir ataques de melancolía y complejo de inferioridad, quedando minada su fe en sí mismo, condición indispensable del éxito. Luego fue deteriorándose cada vez más su relación con Samuel, que en un principio había sido buena. Esto acarreó el conflicto de Saúl con el movimiento profético dirigido por Samuel, que según I Sam. 9, 5-6, 9-14; 19, 18-24, se debió extender mucho y tener amplia repercusión. También se produjo con el tiempo un distanciamiento entre Saúl y los sacerdotes del templo real de Nob, lo que tuvo como consecuencia más tarde que David huyendo de Saúl encontrase la ayuda de los sacerdotes de este templo, descendientes de Moisés, y, por tanto, muy influyentes, por lo que Saúl, como venganza, mandó asesinarlos, excepto a Abiathar, un bisnieto de Eli, sacerdote del Arca, que pudo escapar a la matanza.

Lo que seguramente preocupaba más a Saúl era la continuidad de su dinastía, ya que temía que David, que había sido formado como oficial en la corte de Saúl, alcanzando toda clase de honores (I Sam. 18, 5; 19, 8) y llegándose a casar incluso con su segunda hija Micol (18, 17-30; 19, 11-17; 25, 44; II Sam. 3, 13-16; 6, 16-23; I Par. 15, 29), pudiese ganar en popularidad, por sus grandes victorias en la lucha contra los filisteos, al príncipe heredero Jonatán, llegándole a disputar el trono, un temor que se veía agravado por la íntima amistad que unía a Jonatán con David (I Sam. 18, 1-4; 19, 1-7; 20, 1-21; 1;

II Sam. 1, 17-27) y por no ver o no querer ver aquél el peligro que para él constituía David. Por fin se produjo la ruptura entre Saúl y David sin que pueda decirse cuánto duró su concordia, cuándo comenzó el distanciamiento y cuándo se produjo la ruptura definitiva. El relato de 21, 11-16 de una primera y episódica deserción de David al campo del rey filisteo Aquis de Gath es seguramente legendario, destinado a mostrarnos la estancia de David en el país enemigo de los filisteos (que seguramente tuvo lugar y duró casi año y medio) como episodio breve: I Sam. 18, 6; 21, 10 describe el auténtico proceso de esta ruptura. 22, 1; 27, 12 trata de los meses en los que Saúl intentó apresar a David que se había refugiado en Judá, hasta que por fin se pasó con sus mujeres e hijos y 600 insurrectos al rey filisteo Aquis de Gath, que le asignó como residencia el dominio de Siclag, situado al sur de su territorio, probablemente con la misión de defender la frontera meridional del territorio filisteo de los ataques nómadas (I Sam. 27, 1-12). Según 27, 7, la estancia de David con los filisteos duró un año y cuatro meses, lo que parece ser verdad. Aproximadamente el mismo tiempo trataría de mantenerse David en Judá antes de pasarse a los filisteos, mientras que el tiempo que estuvo David en la corte de Saúl parece haber sido más largo, llegando a diez o más años.

Sobre las dificultades de tipo interno y externo que pesaron sobre los últimos años del reinado de Saúl, estuvieron seguramente al corriente los filisteos gracias a su servicio de información. Parecióles llegado el momento oportuno de recuperar el dominio sobre Israel, que les había sido arrebatado por Saúl en la flor de sus años, rebasando el territorio, incluso las rutas de comercio que atravesaban el territorio israelí. Decidieron pues atacar a Saúl en la llanura de Jezrael entre Jezrael y Sunem y las montañas de Gélboe. En el camino al campo de batalla elegido, los filisteos pasaron revista a las tropas; desfiló también David con sus hombres, pero fue devuelto de nuevo a su residencia de Siclag a pesar de la fe que tenía puesta en él su señor Aquis, por los otros príncipes filisteos que desconfiaban. Mientras él volvía, los filisteos continuaban la marcha a Jezrael. Un destino favorable le había librado de tener que luchar al lado de los filisteos contra su propio pueblo.

Poco sabemos sobre el curso de la batalla entre filisteos e israelitas en la llanura de Jezrael. Como en otros casos, aquí los relatos están dedicados más a la suerte corrida por los principales personajes, que a una descripción objetiva de los acontecimientos. La legendaria historia sobre la consulta del desesperado Saúl a la vieja pitonisa de Endor (I Sam. 28, 3-25)

debe ser histórica, pues Saúl no tenía muchas esperanzas puestas en el combate próximo. Esto coincide con los ataques de melancolía que asaltaban a Saúl al ir envejeciendo. Después de narrar brevemente (31, 1) que los israelitas tuvieron que huir ante los filisteos y que en las montañas de Gélboe había muchos caídos israelitas, la historia se centra en la suerte corrida por Saúl y sus hijos y cuenta cómo los hijos de Saúl, Jonatán, Abinadad y Melquisúa, fueron muertos por los filisteos, y cómo Saúl, gravemente herido, pidió a su escudero que pusiese fin a su vida y que al negarse éste, se atravesó con su propia espada, siguiéndole en su ejemplo su escudero. I Sam. 31, 8-13 cuenta que los cadáveres de Saúl y de sus tres hijos fueron colgados por los filisteos en la muralla de la ciudad de Betshán conquistada por ellos, pero que los ciudadanos de Jabes Galaad robaron los cadáveres, dándoles digna sepultura en Jabes, lo que a su vez viene a confirmar la historicidad del relato que figura en I Sam. 11 acerca de la ayuda que unos dos años antes había prestado Saúl a la ciudad de Jabes contra los ataques de los amonitas. Es difícil saber la relación que guarda el relato de II Sam. 1, 1-16 de la muerte de Saúl, según el cual un amalecita, que se encontraba casualmente en las montañas de Gélboe, dio el golpe de muerte a Saúl por deseo del mismo, con la otra versión de I Sam. 31, 1-13.

b) *David y Esba'al*

La muerte de Saúl significó para David no sólo la desaparición de su enemigo personal, sino también que quedaba libre el camino a la sucesión de Saúl como soberano de Israel. Pues aunque, como ahora veremos, Esba'al, un hijo de Saúl de cuarenta años (II Sam. 2, 10) había sido nombrado inmediatamente por Abner, general de Saúl, rey «sobre Galaad y sobre los asuritas[4], y sobre Jezrael, y sobre Efraim y sobre Benjamín y sobre todo Israel» (II Sam. 2, 9) era de suponer que tarde o temprano se inclinaría la suerte a favor de David. El mismo David estaba seguro de ello. Lo demuestra el hecho de que, tras haber sido nombrado en Hebrón rey de Judá poco después de la muerte de Saúl, enviase un mensaje a los ciudadanos de Jabes Galaad, dándoles las gracias por los honores dados al cadáver de Saúl, pidiendo la recompensa de Yahvé y asegurándoles su gratitud, terminando con estas frases inequívocas: «Esfuércense, pues, ahora vuestras manos, y sed valientes; pues que, muerto Saúl nuestro señor, los de la casa de Judá me han ungido por rey sobre ellos» (II Sam. 2, 7).

La muerte de Saúl fue oportuna para David. Esto no signi-

fica en absoluto, que éste no hubiese llorado verdaderamente la muerte de Saúl y de sus hijos, sobre todo de su amigo Jonatán. Que esto sucedió así queda demostrado en la oda fúnebre de II Sam. 1, 17-27 escrita sin duda por David:

> 22. Sin sangre de muertos, sin grasa de valientes
> El arco de Jonatán nunca volvió,
> ni la espada de Saúl tornó vacía.
> 23. Saúl y Jonatán, amados y queridos, ni en la vida
> ni en la muerte se vieron separados:
> Más ligeros que águilas,
> más fuertes que leones.
> 26. Angustias tengo por ti, hermano mío Jonatán,
> que me fuiste muy dulce:
> más maravilloso que fue tu amor
> que el amor de las mujeres.

El dolor, sin embargo, no le hizo descuidar las necesidades inmediatas. Tras la muerte de Saúl, David se traslada pronto con su familia y sus soldados a Hebrón, lugar de su pueblo de origen, Judá. Esto sucedió con toda seguridad de acuerdo con los príncipes filisteos, sobre todo con su soberano Aquis de Gath. Para los filisteos no podía ser más ventajoso que se mantuvieran en jaque estas dos partes en las que se deshizo el reino a la muerte de Saúl, el estado del norte, Israel, gobernado por el general de Saúl, Abner, en nombre del hijo de éste, Esba'al, y el estado del sur, Judá, que reconocía a David como rey. Cuanto mayor fuera la hostilidad entre ambos estados, menos tenían que temer los filisteos que se les llegase a enfrentar una potencia israelita unida, que les obligase a permanecer dentro de sus confines, como había sucedido bajo Saúl. Ambos estados hermanos israelitas se encargaron de no desbaratar los planes de los filisteos. De esto es testimonio impresionante, en II Sam. 2, 12-32, el relato de la lucha que tuvo lugar cerca de Gabaón entre doce representantes de las tropas de Esba'al al mando de Abner, procedentes de la residencia de Esba'al en Mahanaim, en la tierra del Jordán oriental, y otros doce de los hombres de David venidos de Hebrón bajo el mando de Joab. La lucha causó la muerte de ambos grupos, y desencadenó un encuentro tan encarnizado entre los ejércitos que hubiese terminado con la aniquilación total de las inferiores tropas de Abner, de no ser porque Abner hizo ver a Joab que se trataba de una lucha entre hermanos y éste desistió de perseguir a los soldados de aquél, poniendo fin a la batalla [5]. Por lo demás no se sabe con certeza cuánto duró el conflicto entre Esba'al

y David. Según II Sam. 3, 1, se prolongó largo tiempo. Según 2, 10 el reinado de Esba'al duró dos años, según 2, 11 el tiempo en que David fue en Hebrón rey sobre Judá es de siete años y seis meses: dos fechas que no concuerdan (pues, según 3, 2 y 5, 1, parece como si David hubiese sido elegido rey sobre Israel poco después del asesinato de Esba'al) y que tienen que armonizarse suponiendo que la fecha de 2, 10 se basa en una equivocación o malentendido, mientras que la segunda es la correcta. En todo caso el conflicto entre Esba'al y David tuvo como resultado que disminuyese cada vez más la influencia del primero a favor de la importancia del último, como queda expresado en 3, 1 con clásica concisión: «David se hacía cada vez más fuerte, la casa de Saúl cada vez más débil.»

A la debilitación de la casa de Saúl contribuyó de manera fundamental que fuese asesinado primero Abner, general de Esba'al y luego el mismo Esba'al. Acusado por Esba'al de haber tenido relaciones con una mujer de Saúl, Abner se dirigió a Hebrón con el acuerdo de los ancianos de Israel y prometió a David que le entregaría todo Israel. Joab, que no se encontraba en Hebrón durante las conversaciones entre David y Abner, se enteró de ello a su vuelta. Inmediatamente se dirigió a David, al que hizo amargos reproches por haber dejado partir en paz a Abner, que sólo había querido hacer espionaje, mandó que volviese, bajo algún pretexto, y lo asesinó en las puertas de Hebrón. Pretendía así vengar a su hermano Asael al que Abner había tenido que matar en defensa propia en la batalla mencionada antes entre los hombres de Esba'al y los de David. En realidad es seguro que le empujó el temor a que David favoreciese a Abner a su costa (3, 6-39). No tardó en seguir el asesinato de Esba'al. Dos oficiales de Beeroth, de sus tropas de patrulla, degollaron a Esba'al; seguramente como venganza por la cruenta israelización de Beeroth llevada a cabo por su padre Saúl, como vimos más arriba, mas no obtuvieron de David la recompensa que habían esperado, siendo ajusticiados mientras que la cabeza de Esba'al recibía digna sepultura en la tumba de Abner en Hebrón (II Sam. 4, 1-12). Quedaba para David, por fin, completamente libre el camino al poder sobre Israel. Los ancianos de Israel, es decir, del territorio hasta entonces dominado por Esba'al, no tardaron en acudir a Hebrón, ungiéndole rey de Israel, después que firmó un acuerdo con ellos (5, 1-3). Sigue a esta historia el relato fidedigno de 5, 4-5, según el cual David tenía treinta años cuando fue nombrado rey y reinó cuarenta años, siete años y seis meses en Hebrón, sobre Judá, y treinta y tres en Jerusalén, sobre Israel y Judá.

c. *David*

Después de haberse hecho David de esta manera rey de Israel, descubrió pronto que sería difícil o casi imposible reinar sobre Israel desde Hebrón, residencia situada casi en la frontera meridional de sus nuevos dominios, y que tendría que decidirse por una capital más céntrica. Al mismo tiempo juzgó necesario, en vista de las tensiones entre Judá e Israel, entre el norte y el sur, que ya empezaban a sentirse entonces y que tan fatales consecuencias habían de tener más tarde, crear una capital libre de estas tensiones que no perteneciese ni a Israel ni a Judá, y que fuese de su exclusiva propiedad, es decir: tenía que conquistar una ciudad libre cananea que, según el derecho de guerra, sería posesión suya. Eligió para este fin la ciudad de Jerusalén, habitada por los jebuseos, y su acrópolis Sión. El breve relato que se hace en II Sam. 5, 6-8 de la conquista de esta ciudad y su acrópolis, llamada más tarde por David «Ciudad de David», es por desgracia tan confuso que apenas podemos decir algo acerca de aquellos sucesos. A este relato se añaden en 5, 9-16 datos referentes al fortalecimiento de la muralla de la ciudad ordenado por David, a la construcción de su palacio, impulsada por Hiram, rey de Tiro, con envíos de madera de cedro y de carpinteros y canteros, a las mujeres que tomó David en Jerusalén, a los hijos que allí tuvo, datos que, en parte, hacen referencia a hechos y acontecimientos acaecidos más tarde y que, por lo tanto, aparecen demasiado pronto. 5, 17-25 continúa con el relato de dos victorias que obtuvo David sobre los filisteos poco después de la conquista de Jerusalén. El pasaje 5, 17 de la Biblia comienza así: «Cuando los filisteos oyeron que David había sido proclamado rey sobre Israel, subieron todos a apresar a David. Pero David supo de ello y bajó a la fortaleza de montaña.» La historia se refiere seguramente a un tiempo anterior a las obras llevadas a cabo por David en Jerusalén, citadas en 5, 9-12. Sobre la fecha exacta no existe un acuerdo. La mayoría, al identificar la fortaleza de montaña en la que se refugió David, según 5, 17, ante el ataque de los filisteos, con la fortaleza de montaña de Adullam, en la que estuvo David, según I Sam. 22, 1 y II Sam. 23, 13, durante las primeras semanas después de su ruptura con Saúl, sitúan la ofensiva de los filisteos contra David inmediatamente después de la proclamación de David como rey en Hebrón (II Sam. 5, 1-3) y, por lo tanto, cuando residía David en Hebrón. Sin embargo, la fortaleza de montaña aludida en 5, 9, o sea, poco antes de 5, 17, es, sin duda, Jerusalén, o, más exactamente, su acrópolis Sión. Así, pues, parece lo más

indicado, referir la fortaleza de montaña de 5, 7 a Sión, teniendo en cuenta que los lugares nombrados, por ejemplo, el valle de Refaím, se encuentran todos cerca de Jerusalén. Los ataques referidos en 5, 17-25 iban dirigidos contra David, que se había adueñado de Jerusalén y como una especie de sanción: con la destrucción de los campos que aseguraban el abastecimiento de Jerusalén, sobre todo de la fértil llanura de Refaím, se trataba de sublevar a los jebuseos, los antiguos dueños de Jerusalén, contra David, su nuevo señor. Pero no sucedió así. Los filisteos habían descubierto demasiado tarde que David, al que habían utilizado hasta entonces en provecho propio, había adquirido una enorme importancia política, que no sólo habían de tener en cuenta, sino también temer. Evidentemente David había sabido interpretar su papel de vasallo de los filisteos durante largo tiempo. Cuando los filisteos vieron la realidad, ya era demasiado tarde. La retirada sangrienta, después de su intento de quebrantar la posición de David como nuevo soberano de Jerusalén y de reducirle de nuevo al vasallaje, demostró a los filisteos que la suerte ya no les era favorable. A estas graves experiencias habrían de seguir otras en el futuro. David, sin embargo, pudo continuar libremente la reconstrucción de su capital, Jerusalén, ya aludida, como vimos, en II Sam. 5, 9-12. Las luchas fronterizas de David, contra los filisteos, relatadas o ya supuestas en II Sam. 21, 15-22; 23, 8-17, deben pertenecer también al principio del reinado de David. Lo mismo puede decirse de II Sam. 20, 1-14, que relata cómo fueron entregados los saúlidas a merced de los gabaonitas (ver pág. 124), salvándose únicamente, según 9, 1-13, Merib-Ba'al, hijo de Jonatán, y cómo se hizo un censo de la población, descrito en II Sam. 24, 1-25, que tuvo como consecuencia una epidemia de peste y la construcción de un altar expiatorio por David.

En la antigüedad toda capital política era al mismo tiempo metrópoli de culto. También David pensó en conferir a su capital esplendor religioso. Para ello le pareció oportuno traer a Jerusalén la venerable Arca de Yahvé, que había desempeñado un papel importante en el Israel de la época precananea, y que se había convertido en una especie de símbolo de la idea del gran Israel, pero que se hallaba entonces en la ciudad de Kiriath Jearim (llamada en II Sam. 6, 2 Baalat Judá), a unos 20 km al noroeste de Jerusalén, donde tenía un papel poco importante. Fue traída, con la participación personal de David, en solemne procesión a Jerusalén «el Arca de Dios sobre la cual era invocado el nombre de Yahvé de los ejércitos, que mora en ella entre los querubines» o sea el dios venerado an-

tiguamente cerca del palacio real y no —como se ha interpretado equivocadamente en I Reyes 1, 38-40— junto a la fuente de Gihón. La exactitud y minuciosidad del relato que aparece en II Sam. 6 sobre esta extraordinaria empresa estatal, demuestra la importancia que adjudicaba David al Arca. Tal vez se encuentre conservado en el Salmo 24, 7-10 el solemne canto alternado que se inicia en el momento en que se acerca la procesión a las viejas puertas de Jerusalén, clamando un coro a estas puertas desde fuera que dejen entrar el Arca y a Yahvé Zebaoth, el rey glorioso, representado por aquélla, y el otro coro desde dentro ensalzando la majestad del dios que pide entrada.

Pese al interés demostrado por David en convertir su capital en sede de la antigua tradición religiosa nacional israelita, trayendo el Arca a Jerusalén, no dejó de respetar el culto de los jebuseos, antiguos amos de Jerusalén a los que en su mayor parte había permitido quedarse allí y entrar a su servicio. Hizo lo posible por respetar sus tradiciones y costumbres culturales y religiosas y en fundir con ellas en lo posible la nueva religión de Yahvé llegada a Jerusalén. Para ello no sólo conservó el culto de El Elyon, el «dios altísimo», venerado, según Gén. 14, 18-24 y el Salmo 110, en el Jerusalén anterior a David, sino que lo reconoció encomendando a su sumo sacerdote Sadoc (junto a Abiathar, que procedía de la casta de sacerdotes de Silo, que se remontaba a Moisés) la custodia del Arca, aproximando así El Elyon y Yahvé; un proceso que termina con la integración de El Elyon en Yahvé, al convertirse la denominación de Elyon, «dios altísimo» en un atributo de Yahvé. Parece justificado preguntarse si la subsistencia del culto de El Elyon —al menos en los primeros tiempos de la residencia de David en Jerusalén— al que estaba dedicado seguramente un templo, no indujo a los partidarios de Yahvé, sobre todo a David, a erigir también un templo a Yahvé. En todo caso David consideró seriamente —II Sam. 7— este plan acogido con entusiasmo por su consejero, el profeta Natán, que interpretó la intención del rey como voluntad de Yahvé. Pero —así consta en II Sam. 7— Natán recibió de su dios, en la noche que siguió a su entrevista con David, órdenes de disuadir a David de este plan. El fondo real de esta historia, de marcado carácter legendario, reside en el hecho de que la construcción del templo de Yahvé, propuesta por algunos, entre ellos el mismo David, debió ser considerada por otros grupos conservadores, defensores de un Israel precananeo y de un culto centrado en torno a la Tienda Santa, como innovación inoportuna y rechazable.

Sobre la corte de David disponemos de dos listas (II Sam. 8,

16-18 y 20, 23-26) que sin duda reflejan dos fases diferentes de su reinado: la primera nombra al jefe del ejército, al canciller, a dos sacerdotes, al escriba, al comandante de la guardia real y añade los «hijos de David que eran sacerdotes»; la segunda menciona además al inspector de los tributos y, en lugar de aludir a los hijos sacerdotes, cita a «Ira el jairita (que) también era sacerdote con David» [5].

Sobre la política exterior de David disponemos por desgracia de una información muy precaria, como en el caso de Saúl. Esto es muy lamentable, ya que David llevó a cabo una obra inmensa en política exterior y llegó a constituir un auténtico imperio. En realidad fue la única vez en la historia de Siria y Palestina en que Siria-Palestina llegó a formar una gran potencia, sustrayéndose a la influencia de las potencias que tenían su centro fuera de Siria y Palestina. Poco averiguamos acerca de las luchas y los acuerdos que hicieron posible la formación del imperio. Tampoco llegamos a saber cómo estaban reguladas las relaciones —seguramente de muy variada índole según los casos— entre David y los estados y pueblos anexionados a su reino. II Sam. 10-12 trata con bastante detalle las luchas de David contra los amonitas y los arameos, aliados a éstos en un principio, pero estas luchas no se relatan (10, 1-11, 1; 12, 26-31) por ellas mismas, sino porque constituyen el fondo de las relaciones entre David y Betsabé, la mujer del capitán hitita Urías, que se encontraba en el campo de batalla, y el nacimiento de dos hijos de este matrimonio, de los cuales murió pronto el primero, creciendo el segundo, Salomón, el futuro rey, bajo la protección de Yahvé (11, 2-12, 25). Así no podemos afirmar con seguridad si las guerras de David contra los amonitas, descritas con bastante detalle en II Sam. 10-12, son las mismas guerras contra los amonitas y arameos que figuran en la lista de las guerras exteriores de II Sam. 8, 1-14. En dicha lista no se menciona expresamente una guerra contra los amonitas, pero se da a entender, pues se nombra a los amonitas entre los pueblos cuyo botín ofreció David a Yahvé. En cambio, II Sam. 10-12 presenta un sugestivo cuadro de los conflictos bélicos entre David y los amonitas provocados por el trato indigno que dio el joven rey amonita Hanún a los emisarios enviados por David para dar su pésame por la muerte de su padre Nahas (10, 1-5). Para estar preparados ante la esperada expedición de castigo de David, los amonitas compran la ayuda de los arameos, mejor dicho de los arameos de Beth Rehob, de Soba, del rey de Maaca y de Is-Tob. Sin embargo, los arameos fueron derrotados por los israelitas dirigidos por Joab. Los amonitas se retiraron a su capital Rabba, concluyendo de esta

manera la guerra, por lo menos de momento. Los arameos (más exactamente, su jefe supremo Hadadezer, rey de Soba, reino situado en la zona oriental del Líbano) reanudaron por su cuenta la lucha contra Israel; Hadadezer reunió a los otros ejércitos arameos, entre éstos a los «de más allá del río», o sea, de las regiones del desierto sirio que limitan al oeste con el Eufrates en la ciudad de Hebrón, probablemente situada al norte de Jordania oriental, donde los puso bajo el mando de su general Sobach. David avanzó sobre Helam y atacó a los arameos aliados infligiéndoles una grave derrota, por lo que éstos se le sometieron renunciando a su intención de seguir prestando ayuda a los amonitas. Con más detalle que sobre los amonitas se habla de los arameos en el relato de las guerras de David de II Sam. 8, 1-14. Hadadezer, que, como acabamos de ver, aparece también en 10, 6-19 como cabeza de una coalición aramea es citado en 8, 3-12 como rey de Soba, ya en guerra bajo Saúl (pág. 123), y considerado «hijo de Rehob», o sea, procedente del estado arameo de Rehob, que estaría situado al este del lago de Genezareth, cerca de Damasco. El ataque de David, que le sorprendió cuando se disponía a partir hacia el Eufrates donde al parecer se habían sublevado contra la soberanía los arameos allí asentados, acabó con una completa victoria de David. Entre los datos acerca del botín hecho por David merece destacarse el hecho de que éste desjarretase, a excepción de cien, todos los caballos de carros de combate que cayeron en sus manos. Por lo visto el carro de combate no desempeñaba ningún papel en la técnica militar de David, por lo que no sabía qué hacer con los caballos. No se sabe si David cambió más tarde en este sentido, pero ya veremos que su hijo y sucesor Salomón dará cada vez más importancia a los carros, en detrimento de la infantería. A la guerra de David contra Hadadezer de Soba fueron también arrastrados los arameos de Damasco, que acudieron en ayuda de éste, posiblemente cumpliendo algún pacto. También ellos fueron aniquilados, y en este caso volvemos a tener noticias de lo que sucedió con el país vencido: quedó sometido a un gobernador militar y al pago de fuertes tributos. También Soba pagó un alto precio, pero no se dice nada de una sumisión del país a un gobernador militar israelita, ni de una desaparición —necesariamente unida a aquélla— de Hadadezer. Sin embargo, sí se narra que el rey de Ḥamath (Ḥama), Thoi o Thou, vecino septentrional de Soba, que había estado en guerra con Hadadezer, mandó a su hijo Hadoram o Joram a David no sólo para transmitirle su enhorabuena por la victoria sobre Hadadezer, sino también para ha-

cerle entrega de vasijas de plata y oro, es decir, de una especie de tributo voluntario.

De los filisteos dice II Sam. 8, 1 que David los derrotó y humilló («les quitó la cuerda de medir»). No aparecen citadas otras medidas, como imposición de un gobernador militar, pago de tributos, etc. Esto habrá de entenderse en el sentido de que si bien David redujo a los filisteos a su país de origen impidiéndoles llevar a cabo ataques contra territorio israelita, no atentó contra su independencia. El proverbial y por ello equívoco robo de la cuerda de medir significaría entonces que David imposibilitó a los filisteos para seguir ensanchando su territorio hacia Israel.

De la victoria de David sobre los moabitas trata solamente 8, 2 (aparte de la mención del botín moabita entre las ofrendas hechas por David a Yahvé que aparece en II Sam. 8, 12); allí se relata una terrible matanza que desencadenó David entre los moabitas como sucedió también en Edom, según I Reyes 11, 15-16. Se añade que los moabitas se convirtieron en vasallos de David, pagándole un tributo que, según II Reyes 3, 4, consistió un siglo más tarde en la entrega anual de 100.000 corderos y la lana de 100.000 carneros. Sobre la instauración de un gobernador militar no leemos nada. Tal vez dejase David al rey moabita sobre su trono, aunque muy limitado en sus poderes, como sucedió posiblemente con el rey amonita, pese a II Sam. 12, 30-31, en donde se habla de la condena de los amonitas vencidos a duras penas de trabajo forzado. De todas maneras volvemos a encontrar reyes en Moab (II Reyes 3) y en Amón (Jer. 27, 3), como también por cierto en Edom (II Reyes 8, 20).

De Edom dice II Sam. 8, 13 ss., que fue derrotado por David en el valle de la Sal, tras la victoria de los arameos; se le impuso un gobernador militar y todo Edom quedó sometido. El pasaje de I Reyes 11, 15-16, ya citado, alude a la crueldad con la que trató David, o su general Joab, a Edom. Entonces (según I Reyes 11, 17-22, 25) pudo huir el joven príncipe edomita Adad a Egipto, donde recibió como esposa a la hermana de la mujer del faraón, de la que tuvo un hijo llamado Genubath[7]. Al recibir la noticia de la muerte de David volvió inmediatamente a Edom, donde ocupó el trono causando muchos problemas a Israel y Salomón. Debió haber conservado Salomón, sin embargo, una cierta supremacía sobre Edom, pues en otro caso no hubiese podido llevar a cabo, junto con Hiram de Tiro, los viajes de las flotas de Ezión-Geber (I. Reyes 9, 26-28; 10, 22) que requerían el paso por territorio edomita. No se habla de guerras contra los amalecitas ni en II Sam. 8, ni en

ningún otro sitio: sólo 8, 12 aparece Amalec entre los pueblos de los que cobró David el botín que ofrecería a Yahvé. Sin embargo, las luchas defensivas de David contra los camelleros nómadas, como los amalecitas, no tuvieron lugar solamente cuando David era vasallo de los filisteos y residía en Siclag (I Sam. 30), sino que debieron ser necesarias constantemente. Ya Gedeón (Jueces 6-8) y Saúl (I Sam. 14, 48; 15, 1-34) tuvieron que defenderse de estos desagradables intrusos.

Entre los pueblos vecinos vencidos por David (según II Sam. 8, 1-14) no son mencionados los fenicios. Esto no es casual: por el contrario, existieron entre las ciudades fenicias y David relaciones amistosas (I Reyes 5, 15-25, 32; 9, 10-14) que se mantuvieron tales bajo Salomón y aún más tarde.

Si bien las noticias que tenemos sobre la política exterior de David son escasas, los datos sobre su familia, principalmente sobre sus hijos, como posibles sucesores al trono, son muy profusas. II Sam. 9-20 y I Reyes 1-2, que deben basarse indirectamente por lo menos en uno o varios testigos presenciales y que describen con frecuencia los acontecimientos metro por metro en el espacio y minuto a minuto en el tiempo, relatan el trato honroso que recibió Merib-Ba'al, hijo de Jonatán, por parte de David, quien al mismo tiempo le mantenía bajo constante vigilancia (II Sam. 9); el nacimiento de Salomón, relacionado, como ya vimos, con las guerras de David contra los amonitas (II Sam. 10-12); el asesinato del príncipe heredero Amnon por Absalón, en venganza por haber abusado de su hermana Tamar (II Sam. 13); el indulto de David a favor de Absalón (II Sam. 14) que se había refugiado, después de su homicidio, junto a Thalmai, padre de su madre, rey del estado arameo de Geshūr, situado al este del alto Jordán (13, 37-38); la rebelión de Absalón contra David, al que obligó a abandonar su capital Jerusalén y a huir a la tierra del Jordán oriental (II Sam. 15, 1-17, 23) donde tuvo lugar la batalla que terminó con la derrota y muerte de Absalón (II Sam. 17, 24, 19, 9); la vuelta de David a las tierras del Jordán occidental (II Sam. 19, 10-39), un conflicto que surge entonces entre Israel y Judá, y, a raíz de ello, un levantamiento contra David y su casa (II Sam. 20) provocado por el benjaminita Seba, sofocado pronto por Joab y finalmente la disputa por la sucesión de David entre Adonías, hijo de Hagith, mencionada en II Sam. 3, 4, y Salomón, hijo de Betsabé, apoyado no sólo por su madre, sino también por su educador el profeta Natán, Benaías, jefe de la guardia de David, Sadoc, el segundo sacerdote del Arca, y otros, mientras que Joab, el general de David y Abiathar, primer sacerdote del Arca, estaban al lado de Adonías (I Reyes 1-2).

Aún hay que dedicar unas palabras a lo que hizo y significó David para la religión de Yahvé. Parece evidente que a pesar de toda su astucia, crueldad, egoísmo y sensualidad, fue no sólo un padre cariñoso, bondadoso y tolerante, sino también profundamente piadoso. Cabe preguntarse si II Sam. 12, 1-14 nos da una imagen auténtica de la religiosidad de David cuando éste reconoce haber obrado mal ante las acusaciones del profeta Natán por sus abusos cometidos contra Betsabé y su marido Urías, que culminan con el clásico «¡Tú eres ese hombre!» Mejor parece ilustrar esto II Sam. 12, 15-25, pasaje que narra cómo David trató de conseguir por medio del ayuno y de la penitencia la curación del primer hijo que había tenido de Betsabé, mortalmente enfermo, y cómo, al morir el niño, volvió, para asombro de todos, a su vida normal como si nada hubiese sucedido, fundándose de manera racional y fatalista en que, después de la muerte de su hijo, carecía de sentido su sacrificio. También hizo David mucho por el culto de Yahvé. Si bien el traer el Arca a Jerusalén, como ya hemos dicho, tenía un interés político, no hay razón para dudar de la compenetración de David con el culto. En este sentido existe un grano de verdad en el relato de I Par. 22, 2-29, 30, aunque sin duda exagera cuando afirma que la construcción y ornamentación del templo fue preparada concienzudamente por David aunque ejecutada por su sucesor Salomón. Lo mismo sucede con la tradición que atribuye a David aproximadamente la mitad de los 150 Salmos de nuestro Salterio; es muy probable que alguno de ellos sea de David, sobre todo teniendo en cuenta el gran talento poético que éste tuvo. Del canto fúnebre conservado en II Sam. 1, 17-27, dedicado a Saúl y Jonatán, ya vimos que fue seguramente escrito por David. Lo mismo puede decirse del canto fúnebre a Abner en II Sam. 3, 33-34, que desde luego no puede compararse, en absoluto, en cuanto a fuerza poética y belleza, con el dedicado a Saúl y Jonatán.

d) *Salomón*

Mientras que las fuentes sobre David empleadas aquí permiten un relato cronológico de su vida y de sus acciones, resulta completamente imposible hacerlo con el tipo de material que existe sobre Salomón en I Reyes 3-11. Aquí se impone una agrupación basada en los temas, tratando de fechar los acontecimientos cuando sea posible.

Seis puntos habrán de considerarse: 1) la política exterior; 2) la reorganización del ejército; 3) la creación de nuevos distritos administrativos e impuestos; 4) la institución de monopo-

lios de comercio; 5) el desarrollo de una arquitectura rica, casi suntuosa, y 6) la adopción en la corte de costumbres de los países vecinos de Israel.

Salomón supo conservar, en general, el gran reino de Israel creado por David su padre. En un caso logró incluso la adquisición de un nuevo territorio. Esta expansión de su dominio no tuvo lugar por la fuerza de las armas sino a consecuencia de acuerdos diplomáticos. El faraón Siamón (976-958), que probablemente ocupaba el trono egipcio durante los primeros años del reinado de Salomón, casó a una de sus hijas con éste (I Reyes 3, 1)[8] entregándole como dote la ciudad cananea de Gazer, situada a cincuenta kms. al oeste de Jerusalén, junto a la frontera israelita-filistea (I Reyes 9, 16). Salomón reconstruyó y fortificó inmediatamente esta ciudad[9]. Si el hecho de que una princesa egipcia fuese la mujer principal de Salomón ya era muy importante, la adquisición de la fortaleza fronteriza de Gazer constituyó un considerable aumento de su poder. Sin embargo, no parece que el faraón cediese Gazer a Salomón por pura simpatía. Más bien quería, probablemente, con esta intromisión en un territorio perteneciente a la esfera de influencia de Israel, demostrar que Egipto no había abandonado en absoluto sus pretensiones territoriales en la costa mediterránea de Palestina meridional. A esta ampliación del reino conseguida por Salomón en sus primeros años se contrapone, por otro lado, la pérdida de antiguas tierras israelitas acaecida en la segunda mitad de su reinado. Según I Reyes 9, 10-14 Salomón se vio obligado a ceder veinte ciudades israelitas situadas cerca de la frontera tiro-israelita a Hiram de Tiro, como pago de los envíos de material destinado a la reconstrucción del templo y del palacio.

Como ya se vio antes al narrar cómo David desjarretó los caballos de los carros de combate capturados, Salomón transformó todo el ejército en unidades de carros de combate. Los datos que sobre el número de sus carros de combate nos dan I Reyes 5, 6 (4, 26 en la Vulgata) y 10, 26 no se compaginan bien con el número de sus hombres y de sus caballos, pero no nos equivocamos mucho si decimos que tenía 1.400 carros de combate, 4.000 caballos y 12.000 hombres. Una gran parte de los edificios erigidos por Salomón eran cuarteles destinados a las unidades de los carros de combate, pero al parecer no se debe hacer ninguna diferencia rigurosa entre cuarteles y arsenales, sino suponer que las guarniciones creadas por Salomón tenían también naves destinadas a las armas y a las provisiones. Es evidente que así fue en el caso de Jerusalén, pues sabemos por I Reyes 7, 2; 10, 16-17; 14, 25-28; II Reyes 11, etc., que

el palacio del rey incluía un cuartel y un arsenal. Los edificios construidos por Salomón, según I Reyes 9, 15-19, en Jerusalén y también en Hazor, Megiddo[10], Gazer, Beth-Horon, Baalat y Tadmor[11], algunos de ellos confirmados arqueológicamente (Gazer, Megido, Hazor), debieron haber sido a la vez cuarteles, arsenales y almacenes. Lo mismo puede decirse de Ezión-Geber, ciudad portuaria situada a orillas del mar Rojo y que sirvió a Salomón como punto de partida para el viaje naval de Ofir, realizado juntamente con el rey de Tiro. Los edificios hallados en ella de tiempos de Salomón debieron servir también, en parte al menos, para guardar armas y provisiones.

Por lo demás el cambio efectuado por Salomón en el ejército a favor de los carros de combate, con el que sólo una pequeña parte de sus súbditos aptos para el servicio militar eran llamados a filas, no significa en absoluto que los demás no tuvieran obligaciones con el estado. A éstos correspondió una especie de servicio de trabajo obligatorio. Sobre su organización se dice algo en I Reyes 5, 27-30, y en 11, 28 se asegura que Jeroboam fue puesto por Salomón al frente del servicio de trabajo de la Casa de José. Por el contrario parece estar basada en un error la afirmación de I Reyes 9, 20-23 según la cual estaban exentos de este servicio los israelitas y sólo se le destinaban los no israelitas que aún se encontraban en territorio israelita. Sobre la reorganización del reino salomónico, o mejor dicho de su parte septentrional y más extensa, o sea de Israel en sentido estricto, estamos relativamente bien informados gracias a que en I Reyes 4, 7-19; en 5, 7-8 se conserva una lista oficial, por desgracia defectuosa, en la que figuran los intendentes de los nuevos distritos y el tamaño de éstos[12]. Para la creación de estos doce distritos se partió en parte de los antiguos territorios de las tribus, y cuando se trataba de un antiguo territorio cananeo israelizado se trazaron las fronteras sin tener en cuenta situaciones anteriores, sólo basándose en la riqueza de las provincias, ya que a éstas correspondía en primer lugar el suministro de alimentos, piensos y animales de tiro a la corte y a las guarniciones (ver I Reyes 5, 2-3). La importancia que tenían los intendentes de estos distritos se deduce del hecho de que muchos de ellos fueran yernos de Salomón. Entre los distritos mencionados en la lista no figura ninguno en el territorio de la antigua tribu de Judá. Como parece poco probable que Judá estuviese completamente libre de los tributos impuestos a aquellos distritos, ha de suponerse que contribuía a los gastos de otra manera. En otro caso Judá hubiera salido más favorecida que Israel, que se hubiera sentido postergada frente a ella, y hubiera mostrado su resentimiento. En todo

caso, existe al menos la posibilidad de que una de las razones por la que se separase Israel de la dinastía de David a la muerte de Salomón fuese que Israel se sintiese más oprimida que Judá por el pago de tributos a la corte y a las guarniciones y no estuviese dispuesta a sufrir más esta injusticia. Otra razón pudo haber sido que la institución del servicio de trabajo público impusiera mayores deberes a Israel que a Judá. Tal vez haya que contar con ambas razones.

Está completamente justificado que a Salomón se le haya llamado comerciante sobre el trono real o comerciante real. Salomón favoreció en efecto al máximo el comercio y estableció para muchos productos monopolios comerciales reales que constituyeron una importante fuente de ingresos destinados a cubrir los enormes gastos de su armamento y sus suntuosas construcciones. Según I Reyes 10, 28 ss., Salomón hacía venir los caballos destinados a los carros de combate de Cilicia y los carros de Egipto, donde existía una antigua tradición de construcción de éstos. Un caballo venía a costar la cuarta parte del valor de un carro de combate. Los compradores de estos carros y de sus yuntas eran, según 10, 29, los reyes hititas y los reyes de Aram, o sea los estados neohititas surgidos a raíz de la caída del imperio hitita en Siria noroccidental y en Asia Menor suroriental, y los reinos arameos constituidos allí y en otros lugares desde el siglo XI, de los que aún habrá que tratar. Junto al comercio de carros de combate y caballos, Salomón parece haber monopolizado el no menos lucrativo comercio internacional de especias de todo tipo, incienso y productos parecidos. A este comercio se debió sin duda la visita de la reina de Saba, a que se alude en I Reyes 10, 1-10 y 13, en la que pudiera haberse llegado a un acuerdo sobre el tipo de comercio y su extensión. El comercio internacional, que abarcaba grandes distancias por tierra y por mar, exigía que sus rutas estuviesen aseguradas. Por esta razón se dedicó la política comercial de Salomón a garantizar su supremacía sobre estas rutas, a cuyo dominio, como ya insinuamos, también pudo haber estado dirigida la expansión de los filisteos. El control de las rutas era para Salomón tanto más importante cuanto que no sólo beneficiaba a las propias empresas sino que además traía consigo ingresos aduaneros obtenidos de los usuarios no israelitas de estas rutas. La amplitud y envergadura de la política comercial de Salomón queda demostrada no sólo por sus viajes por el mar [13] al lejano Ofir (que hay que buscar en la costa oriental de Africa, la costa meridional de Arabia o incluso la India o Africa del Sur, ya que según I Reyes 10, 22, el viaje desde el puerto de partida, Ezión-Geber, requería tres años), sino

también por sus empresas por tierra empleando caravanas de camellos. De éstas nos da una idea el relato de I Reyes 9, 18; II Par. 8, 4, según el cual Salomón construyó edificios en «Tadmor en la estepa de Aram»[14] (en I Reyes 9, 18 se lee ba'arām «en Aram» en vez de bā'āräṣ «en el país»), es decir, en Palmira. Pues estos edificios en la antigua ciudad caravanera, que existía ya siglos antes de Salomón, deben haber sido cuarteles, arsenales y almacenes, y haber servido en todo caso al comercio.

La construcción más importante y grandiosa de Salomón fue el palacio, del que el templo constituye una parte[15]. Sobre éste sabemos mucho, relativamente, y en todo caso más sobre él que sobre el palacio. Se sabe también en qué año del reinado de Salomón se comenzaron y terminaron estas obras. Según I Reyes 5, 15-32 tuvieron lugar al principio del reinado de Salomón negociaciones entre éste e Hiram, rey de Tiro, sobre el envío de madera de construcción y de carpinteros y artesanos. En este sentido 6, 1, 37 ss. completa estos datos asegurando que la construcción del templo comenzó en el cuarto año de Salomón y concluyó en su undécimo año de reinado, por lo que duró siete años. Sobre la construcción del palacio averiguamos por 7, 1 que duró trece años. 9, 10 establece en veinte años la duración de las obras para el templo y el palacio. Ambos formaban un complejo rodeado por una muralla común con puertas para la parte del templo y el palacio, y en la mitad sur del complejo se encontraban, alrededor de patios interiores, los edificios del palacio, en primer lugar la casa del Bosque del Líbano, llamada así por los puntales de cedro del Líbano de la planta baja, y que servía como arsenal (I Reyes 10, 17; II Reyes 20, 13), la sala de columnas de tipo propileíco, la sala del trono, con el trono de oro y marfil descrito en I Reyes 10, 18-20 y el harén, mientras que la parte norte estaba ocupada por el gran atrio del templo, con el altar de los sacrificios, y por el mismo templo. Seguramente las construcciones del palacio se inspiran en modelos extranjeros, por ejemplo, asirios, pero no se ha podido averiguar aún nada concreto al respecto.

Frente a la descripción somera de I Reyes 7, 1-12 del complejo del palacio destaca la más detallada del templo que ofrece 5, 15-32; 6, 1-38; 7; 9, 13-51. Los tres recintos principales del templo, nártex, nave principal y cella, están descritos detalladamente, con sus medidas, su arquitectura y el recubrimiento de las paredes (6, 1-22). Existe además una descripción minuciosa (6, 23-28; 8, 6) de los enormes querubines del Sancta Sanctorum tallados en madera de olivo y recubiertos de oro, con sus alas extendidas sobre el Arca, y de las puertas que

comunicaban con los otros recintos del templo (6, 31-34). En 7, 15-50 se describen con especial detalle los trabajos realizados en metal por el famoso Hiram de Tiro, las dos columnas de bronce (7, 15-21, 41-42) situadas en el pórtico del Santuario, el mar de bronce sustentado por doce toros (7, 23-26 y 44), los diez carros de ceremonias (7, 27-39 y 43), los diez candelabros de oro delante del Sancta Sanctorum a ambos lados de la entrada (7, 49) y los diversos recipientes, vasijas, palas y otros instrumentos necesarios para el culto (7, 40 y 50). También el plano y alzado del templo, así como su decoración interior, se habrán inspirado en modelos extranjeros, ya que los arquitectos y artesanos fenicios que intervinieron en las obras estaban abiertos a todas las corrientes del mundo. Aunque no pueda precisarse nada con seguridad sobre el origen de estos modelos, parece sin embargo seguro, respecto a la fachada exterior, que el templo típico de Siria-Palestina, de cella elevada, influyó sobre el templo salomónico, cuya cella, que albergaba el Arca y los querubines, estaba más alta que el pórtico y la nave principal (6, 2 y 20)[15]. Respecto al interior los querubines, las palmeras y la ornamentación floral con que estaban decoradas las paredes interiores del templo y sus puertas (6, 29 y 32-35), así como los leones, toros y querubines representados sobre las andas del carro de ceremonias (7, 29), aparecen como motivos de ornamentación en muchos lugares vecinos de Israel, igual que la decoración del trono de Salomón (10, 18-20) con cuernos de toro y figuras de león, de la que existen paralelos en las cercanías de Israel.

Si la corte de David era, como ya vimos, mayor que la de Saúl, la de Salomón se hizo aún más extensa. Como nuevos ministros aparecen el jefe de los doce intendentes de las regiones ya mencionadas, el «amigo del rey» y el ministro de la casa, sin que podamos determinar con exactitud en cada caso sus atribuciones (4, 2-6). Frente a la corte de David, la de Salomón aumenta considerablemente en número de miembros y se inspira en modelos extranjeros, por lo que se le compara, con razón, con los príncipes europeos que emulaban la corte de Luis XIV (1643-1715). Ya la construcción del templo y del palacio lo demuestra. También corresponde a ello la excepcional amplitud del harén de Salomón. Pero no se limitó éste al refinamiento externo de la vida cortesana que había de llenar de asombro a la reina de Saba (I Reyes 10, 1-10 y 13), sino que dio un extraordinario impulso a la cultura. En el relato de la visita de la reina de Saba a Salomón se dice que la reina le hizo muchas preguntas que éste contestó a todas y que ella manifestó gran admiración por su sabiduría. Para hacerse una

idea hay que estudiar I Reyes 5, 9-14 y 10, 23-24. Allí se asegura que Salomón era más sabio que toda la sabiduría de Babilonia y Egipto, que superaba en sabiduría a los sabios famosos entonces (Ethán, Hemán, Chalcol y Dorda) y que todo el mundo acudía a Jerusalén para oír la sabiduría de Salomón, quien compuso 3.000 refranes y 1.005 cantos, relacionados con la botánica y la zoología, los cedros del Líbano, las hierbas de hisopo que crecen sobre los muros, los animales, los pájaros, los gusanos y los peces. Se trata aquí evidentemente de poemas que tienen que entenderse como exposiciones de rudimentos de ciencia botánica y zoológica y sin duda escritos en forma de adivinanzas o de preguntas, lo que los convertía en ingeniosos temas de conversación. Tales deben imaginarse las preguntas que según 10, 1-10 y 13 puso la reina de Saba a Salomón y las respuestas que él le dio. Se pueden añadir a los proverbios de 5, 12 otros relativos a la experiencia de la vida o a toda clase de reglas de sabiduría y advertencias, ya que la tradición que atribuye a Salomón una serie de colecciones de estas máximas —los Proverbios, el Eclesiastés, la Sabiduría— tiene un punto de partida histórico. Cabe preguntarse si los 1.005 cantos que se mencionan en 5, 12 junto a los 3.000 proverbios han de entenderse como obras didácticas, que sólo se distinguen de los proverbios por la forma, o si se trata aquí de obras de poesía lírica. En este último caso habría que pensar en poesía erótica, pues Salomón ha sido considerado después como autor de esta clase de literatura y se le atribuye el Cantar de los Cantares.

e) *La división del reino*

Si ya los levantamientos de Absalón y Seba, de los que hemos hablado, habían demostrado que el pueblo de Israel, o al menos parte del mismo, no estaba de acuerdo con la política imperialista de David, que significaba para él una grave carga (interviniendo también en este sentido la rivalidad entre el norte israelita y el sur judío), las enormes exigencias que impuso Salomón a sus súbditos para costear los grandes gastos de su política militar y comercial tenían forzosamente que aumentar su descontento. Probablemente fue de tipo religioso, dirigido contra la excesiva tolerancia manifestada por Salomón hacia los cultos extranjeros por razones de política exterior. En todo caso, algo semejante debe implicar el relato de I Reyes 11, 29-39 seguramente legendario, en parte, según el cual el profeta Ajías, de Silo, había reconocido y apoyado en nombre de Yahvé las pretensiones de dominio sobre Israel, mostradas a la muerte de Salo-

món por Jeroboam, quien había sido antes, por designación del rey, jefe de los trabajadores de éste. Tal vez Silo, que en otros tiempos había sido con su Arca centro cultural de Israel, fuera el foco de una oposición dirigida contra Jerusalén y su culto. Salomón tenía motivo suficiente para mantenerse alerta, pues sabiendo que Jeroboam había huido a Egipto con la ayuda de Ajías, tenía que darse cuenta del peligro que significaba para su trono la oposición de un prestigioso profeta y las conspiraciones de Jeroboam desde Egipto. Por esto no faltan indicios de que el trono de Salomón careciese de una base sólida y no es nada extraño que a su muerte se deshiciese el reino creado por David y por él conservado en su totalidad.

Hasta qué punto habían cambiado las cosas lo demuestra el hecho de que, mientras que después de la muerte de Esba'al, hijo de Saúl, se dirigieron los ancianos de Israel a Hebrón a ofrecer la corona a David, Roboam, hijo y sucesor heredero de Salomón tuvo que acudir a Siquem, la tradicional metrópoli de Israel, para recibir allí la corona de manos de los israelitas. Otra diferencia es la siguiente: según II Sam. 5, 3, David firmó un tratado con los ancianos de Israel en Hebrón y ante Yahvé y fue ungido rey por ellos. Es evidente que David era el más poderoso en este encuentro. En cambio (I Reyes 12, 1-24) el encuentro de los representantes de Israel y Roboam comenzó quejándose aquéllos del duro trabajo y del pesado yugo que les habían sido impuestos por Salomón y pidiendo se les aliviara. No se puede precisar a qué cargas se referían los representantes de Israel, si a los tributos que debían pagar a los doce gobernadores de los distritos o al trabajo obligatorio, que Israel consideraba especialmente pesado e injusto, tal vez porque Judá era tratada mejor y de manera diferente. En todo caso los viejos y sabios consejeros de Roboam no juzgaron improcedentes estas quejas; por ello aconsejaron ceder al joven rey. Este, sin embargo, no hizo caso de estos consejos y siguiendo a los consejeros de su edad rechazó con dureza ofensiva las peticiones de Israel, consiguiendo que renegase de la dinastía de David entonando de nuevo el canto de la revolución como ya hiciera Seba medio siglo antes (II Sam. 20, 1):

> «No tenemos parte en David ni herencia de hijo de Isaías;
> ¡A tus tiendas, Israel! ¡Cuida tú ahora de tu casa, David!»

Tan grande fue la furia de los israelitas que lapidaron al prefecto de los tributos, Adomiram, que había sido encargado por el rey de salvar la situación, por lo que inmediatamente Roboam huyó a Jerusalén en un carro de combate. Ahora, por

fin, tenía el camino libre Jeroboam, que había vuelto inmediatamente a su país al tener noticia de la muerte de Salomón, y que, por lo visto (I Reyes 12, 20), ya había estado en Siquem durante las conversaciones de Roboam con los ancianos de Israel respaldando a éstos; los representantes de Israel le acogieron y le proclamaron rey de todo el país. Según 12, 21-24, Roboam no tardó en movilizar 180.000 hombres de las tribus de Judá y Benjamín para la reconquista de todo el reino israelita, pero desistió del ataque al ordenarlo así Yahvé a través del profeta Semeyas. Nos hallamos aquí seguramente ante una leyenda. No faltaron, sin embargo, conflictos entre ambos estados durante los seis decenios siguientes (I Reyes 14, 30; 15, 16-22) y bajo Baasa de Israel (906 a 883). Sólo bajo Ajab de Israel y Josafat de Judá, que reinaron aproximadamente al mismo tiempo, se llegó a una reconciliación entre Israel y Judá.

Al estudiar los reyes de Israel, el estado del norte, y los de Judá, el del sur, salta a la vista inmediatamente una gran diferencia: en Judá permanecieron los davídidas en el trono hasta la caída del estado en 587 a. C. La deseada reconstrucción de todo el estado israelita se esperaba allí del reinado de un nuevo David o de un miembro de la casa de David. En Israel, por el contrario, los cambios violentos de dinastía son la regla, y el dominio de una dinastía durante varias generaciones es una rara excepción. En realidad sólo Omri y Jehú llegaron a formar estas dinastías; los de Omri pudieron mantenerse cuatro decenios en el trono, los de Jehú diez decenios. Las razones de los cambios de gobierno sangrientos de Israel no son siempre claras. Aunque pudieron intervenir en ello motivos personales y de ambición, es probable que estos destronamientos se debieran casi siempre a diferencias de criterio en materia de política exterior e interior. Así, la ruptura, descrita en I Reyes 14, 1-18, de Ajías de Silo con Jeroboam, al que había ayudado a subir al trono, tuvo seguramente el mismo origen que el que indujo al profeta a la lucha contra Salomón: la disconformidad con la política religiosa y social seguida por ambos reyes, que contradecía los mandamientos de Yahvé.

La desmembración política del reino israelita tuvo también consecuencias religiosas. En vista de la extraordinaria importancia que había adquirido, para todo Israel, Jerusalén con su templo, era de esperar que muchos habitantes del estado del norte continuasen manteniendo contacto con el templo de Jerusalén, incluso después de la escisión. Estas relaciones religiosas incluían o podían incluir, sin embargo, el sentimiento de unidad política, lo que podía conducir a un debilitamiento del estado del norte. Por eso Jeroboam insistió en la creación de lugares de culto en

el norte que pudieran sustituir ante sus súbditos el templo de Jerusalén, y hacer innecesaria la visita a esta ciudad. Se sobreentiende que serían especialmente idóneos los lugares que tuvieran una honorable tradición. Béthel y Dan tenían estas características. En Béthel, donde, según Gén. 28, 35, ya había fundado Jacob un santuario, había estado el Arca (Jueces 20, 26-28) bajo Pinehas, nieto de Aarón, o sea, miembro de la antigua familia de sacerdotes que se remontaba a Moisés y Aarón. De Dan se dice en Jueces 18, 30 que aproximadamente en la misma época actuó allí como sacerdote Jonatán, nieto de Moisés[17], otro miembro de esta estirpe de sacerdotes. Jeroboam eligió estos dos centros religiosos dotándolos de un símbolo de culto, el toro, que había desempeñado igual que el Arca un importante papel en el período precananeo de Israel, aunque fuera naturalmente tachado de idólatra en la tradición (Ex. 32) influida por el punto de vista de Jerusalén; creía Jeroboam que con ello podría competir con el Arca de Jerusalén (I Reyes 12, 26-31; 13, 1-34; 14, 1-20). Béthel y Dan sirvieron —como demuestra la polémica de Amós contra estos santuarios (Am. 7, 10-17; 8, 14)— a la idea que condujo a su fundación, si bien nunca se alcanzó una supresión total del contacto entre los habitantes del estado del norte y el templo de Jerusalén, quedando, a pesar de todos los obstáculos, muchas relaciones en pie (Jer. 41, 4-9).

f) *Los primeros reyes de los estados de Israel y Judá*

El desmoronamiento del reino israelita fue aprovechado por vecinos astutos, pues los estados separados carecían evidentemente de la capacidad defensiva que había tenido el antiguo reino único. De los dos grandes imperios el del noreste y el del suroeste, que venían aspirando desde hacía tiempo a dominar Siria-Palestina, llegando a luchar entre sí por la consecución de sus pretensiones, el primero, el asirio, todavía no era entonces lo bastante fuerte como para intervenir decisivamente en Siria-Palestina. Habría de pasar aproximadamente medio siglo hasta que esto fuera posible. Pero el entonces representante del otro imperio, el fundador de la XXII dinastía egipcia, el faraón Sheshonq (Sisac), sí pudo intervenir en Palestina en el quinto año de Roboam, o sea, poco después de la división del reino israelita, causando graves daños tanto a Judá como a Israel (I Re. 14, 25-28; AOT, págs. 98-99; AOB, núm. 114; ANET, páginas 263-264; ANEP, núm. 349). Tampoco los pueblos vecinos menos importantes, como los edomitas, moabitas, amonitas, filisteos y arameos, dudarían en aprovechar en su favor la debilitación sufrida por los israelitas a raíz de la división del

reino. A las luchas fronterizas que mantuvo el estado del norte israelita con los filisteos se hace referencia en I Reyes 15, 27 y 16, 15, en donde se habla de los combates habidos en torno a la localidad de Gibbethón, situada en la frontera filisteo-israelita; un ataque de los arameos contra el estado del norte, que causó graves daños y pérdidas, aparece narrado en 15, 16-22 con bastante detalle. Parece ser que el rey judío Asa, para defenderse de los ataques del israelita Badsa, compró hacia 900 la ayuda de Benhadad, rey de Damasco e hijo de Tabrimmons, que a continuación invadió Israel asolando grandes extensiones del noreste de Galilea y obligando así a Badsa a desistir de su ataque contra Judá. A este ataque arameo habrían de seguir otros poco más tarde.

B) Los estados neohititas

El imperio hitita, que había sucumbido a la invasión de los Pueblos del Mar que irrumpió hacia 1200 en el Mediterráneo oriental, tenía detrás de sus fronteras, por tanto también detrás de su frontera siria, una serie de estados que conservaban una cierta independencia, pero que en realidad pertenecían en sentido amplio al reino hitita. Las dinastías de estos estados vasallos eran también, como demuestran los textos de los siglos XIV y XIII, hallados cerca de Karkemish en Ras Shamra, el antiguo Ugarit, segundogenituras de la familia del emperador hitita, lo que aumentaba considerablemente su importancia. Sabemos que el príncipe de Karkemish poseía amplios poderes sobre Ugarit, y que podía tomar importantes decisiones en nombre del emperador. Algunos de estos estados vasallos sirios pudieron sobrevivir a la invasión de los Pueblos del Mar. Si bien no sabemos nada acerca de su suerte durante los dos primeros siglos después de la catástrofe, disponemos, aproximadamente a partir del año 1000, de algunos testimonios de su existencia. En primer lugar aparecieron, en muchos lugares del ámbito sirio septentrional y del sureste de Asia Menor, textos con escritura jeroglífica hitita en idioma luvita-hitita y testimonios de la artesanía hurrito-hitita, que atestiguan la pervivencia de las tradiciones hititas en Karkemish[18], Ḥamath[19] y también dentro y cerca de Zincirli[20], en el emplazamiento de la antigua Sam'al, capital de Ya'ūdi. También aparecen, a partir del siglo IX, en los relatos de los reyes asirios sobre sus avances hacia el mar Mediterráneo, al igual que en inscripciones urarteas, toda una serie de pequeños estados neohititas, por lo demás desconocidos, que no se pueden situar geográficamente con exactitud, pero

que deben buscarse en todo caso en el norte de Ṣiria y el sureste de Asia Menor. Según todo esto podemos suponer con seguridad que algunos de estos estados de Siria central y septentrional no mencionados hasta el segundo período de nuestro relato (hacia 880-745) se remontan a la época del gran imperio hitita. Lo mismo puede decirse no sólo de las ya citadas Karkemish, Ḥamath y Ya'-ūdi Sam'al, sino también de la Qu'e cilicia[21] ya nombrada en la Biblia (I Re. 10, 28; II Par. 1; 16) y en las inscripciones asirias. Cuánto tiempo pudo mantenerse en condiciones favorables la tradición luvita en Siria del noroeste y en el sureste de Asia Menor, queda demostrado por el hecho de que Azitawadda (rey de nombre asiático no semita, soberano de un estado situado a orillas del curso medio del Ceyhan, antiguo Piramo) emplease hacia 730, además de la escritura y el idioma fenicio, también la escritura jeroglífica hitita para su minucioso relato de la construcción de Azitawaddiya, ciudad a la que dio nombre, situada en el lugar de la actual Karatepe[22].

C) Los arameos

De la cuna de los pueblos semitas, el desierto sirio-árabe, surgió a partir del siglo XII una nueva ola de nómadas semitas, los arameos, que se extiende no sólo al este, hacia Mesopotamia y Babilonia, sino también al oeste, hacia Siria y Palestina, y que, como ya vimos, invade los estados neohititas del norte de Siria, creando en ellos un sincretismo de antiguas tradiciones hititas y nuevos elementos arameos. Ya los nombres de los reyes de estos estados, que conocemos de tiempos posteriores, son en parte semitas y en parte de Asia Menor. En Ḥamath aparece, junto al nombre del rey Thoi o Thou, el del príncipe heredero Hadoram o Joram, en Ya'-ūdi-Sam'al, Panammuwa junto a Barrākib y en Azitawaddiya (Karatepe), Azitawadda, con el apodo de Barūkba'al, «bendito de Ba'al». La fusión de la herencia de Asia Menor con la de los arameos y también con la de los fenicios se manifiesta además en la utilización simultánea de las escrituras hitita y semita, así como de las lenguas luvita y semita, y en la mezcla de motivos artísticos hurrito-hititas y fenicio-arameos. A la larga, no obstante, y sobre todo en el idioma y la escritura, se impuso el elemento semita al de Asia Menor, al igual que el arameo pasó a ser lengua usual del imperio asirio, y luego del babilonio y el persa. Vale la pena recordar aquí II Re. 18, 26-28, Is. 36, 11-13, en donde se describe como Eliaquim, que hablaba en hebreo, enviado por su rey Ezequías a negociar con el copero mayor de Senaquerib

(procedente de Laquis[23], sitiada o ya conquistada, y que exigía la capitulación de Jerusalén) pidió a éste que utilizase la lengua aramea que él bien entendía, pero su pueblo no, petición que el copero mayor rechazó irónicamente alegando que sus palabras estaban dirigidas al pueblo con el fin de desalentarle.

Ya nos hemos referido varias veces a que Israel tuvo en el curso de su historia frecuentes contactos con los arameos y a que estos fueron casi siempre hostiles. Así fue en la época de Saúl, David, Salomón y de otros reyes que les siguieron de ambos estados, Israel y Judá[24]. Los pasajes que interesan aquí del Antiguo Testamento demuestran que los múltiples estados arameos que existieron en Siria-Palestina se unieron una y otra vez formando coaliciones que podían cambiar de dirección y configuración. Como ya hemos visto pidieron ayuda los amonitas, que se encontraban duramente acosados por David, a una coalición dirigida por Hadadezer, rey de Soba, de la que formaban parte varios estados arameos, Soba, Beth, Rehob, Maaca e Is-Tob, y además las tribus arameas del lado occidental del Eufrates medio, que debían ser nómadas. Nada pudo hacer la coalición contra David, al que terminó por someterse (II Sam. 10, 6-19; 8, 3). De otras coaliciones arameas se hablará cuando se trate la historia de los arameos sirio-palestinos en los períodos 880-745 y 745-538 a. C.

D) Los fenicios

Al surgir hacia finales del siglo XI la monarquía en Israel, los puertos y centros comerciales fenicios —Tiro, Sidón, Berytos, Biblos[25], Arvad y otros— tenían ya una historia de muchos siglos, en algunos casos incluso de milenios. En su mayoría habían salido bien librados o se habían recobrado pronto de la invasión de los Pueblos del Mar. Igualmente supieron resistir a la arameización que se inicia a partir del siglo XII, en Siria, y que cada vez iba a extender más la lengua aramea en el interior. Hacia 1100 un rey asirio, Tiglatpileser I (1117-1078), había avanzado hasta el mar Mediterráneo, recibiendo en Sidón, Biblos y Arvad regalos a modo de tributos y había viajado sobre una nave fenicia a la ciudad isleña de Arvad. Nadie podía sospechar entonces que la Asiria personificada por Tiglatpileser I habría de limitar sensiblemente la autonomía de las ciudades fenicias y exigir constantes tributos dos o tres siglos más tarde. Por lo demás las ciudades fenicias, de las que destacan como más importantes primero Sidón y luego, desde el año 1000 aproximadamente, Tiro, conocieron desde el si-

glo XII un período de apogeo económico que les permitió crear centros de comercio y colonias en las costas e islas del Mediterráneo, en Chipre y Cerdeña, en la costa del norte de Africa, en la costa occidental de España y en otros lugares[26]. De estas colonias, Cartago, al parecer fundada por Sidón en el siglo XII y fundada de nuevo dos o tres siglos más tarde (814) por Tiro, fue la que alcanzó mayor importancia, superando finalmente a su metrópoli. Los viajes a Ofir, realizados en la mitad del siglo X por Salomón e Hiram de Tiro, a los que ya aludimos, ponen de manifiesto también el emprendedor espíritu navegante que entonces animaba a los fenicios.

En lo que se refiere a la historia de las diversas ciudades fenicias entre 1025 y 880, disponemos de fuentes abundantes sobre Biblos y Tiro. De Biblos que, como demostraron relatos y excavaciones egipcias, ya había sido poblada en el siglo V y que mantenía desde el siglo III relaciones comerciales con Egipto, existen inscripciones fenicias[27] correspondientes a seis reyes del período entre 1000 y 900. La más antigua se halla en el borde del sarcófago que hizo construir Ethba'al para su padre Akhiram[28]. Otras dos, de setenta u ochenta años después, son de los reyes de Abiba'al y Eliba'al, se trata de dedicatorias a la diosa principal de Biblos, Ba'alat, y figuran sobre estatuas de faraones egipcios, la primera sobre una de Sheshonq I (935-919) la segunda sobre una de Osorkon I (912-874). Ello demuestra la estrecha relación de ambos reyes fenicios con Egipto, como también lo hacen los motivos egipcios que ornamentan el sarcófago de Akhiram. Sobre Tiro contienen algunas noticias los relatos tomados por Josefo de los anales de Tiro, que se refieren al siglo VI y también a los siglos X, IX y VIII[29], y que ofrecen garantías por concordar con los relatos del Antiguo Testamento y las inscripciones de reyes asirios. Así podemos seguir la lista completa de los reyes de Tiro desde Hiram I (969-936), coetáneo de David y Salomón, al que ya aludimos, hasta Ethba'al (887-856), suegro de Ajab, mencionado en I Re. 16, 31; la lista directa abarca desde Balbazeros (935-919) hasta Phelles (888), que fue asesinado por Ethba'al.

Junto al apogeo económico que viven las ciudades fenicias en el período que ahora tratamos, entre 1025 y 880, condicionado e impulsado por su autonomía política, no debe olvidarse la influencia cultural que ejercieron entonces sobre el mundo. Lo demuestra el apoyo que, como ya vimos, prestó en las construciones de Salomón Hiram de Tiro, quien, según los anales de Tiro, llevó a cabo en su capital un gran programa de construcciones. El prestigio económico y cultural que las ciudades fenicias tenían desde tiempo atrás queda atestiguado en otros

documentos. Así, en el canto de Débora (Jue. 5, 17) se condena a los miembros de la tribu israelita de Dan, limítrofe con Fenicia, por trabajar en barcos extranjeros, o sea, fenicios, eludiendo así las obligaciones que tienen con sus apurados conciudadanos, y en Jue. 18, 7 se dice que la ciudad cananea de Lais (situada en el nacimiento del Jordán, que sería conquistada más tarde por los danitas y recibiría el nombre de Dan) vivía al modo fenicio, con lo que seguramente no se alude únicamente a la civilización exterior, sino a la cultura. Que Israel tampoco pudo sustraerse a la cultura fenicia, superior en muchos aspectos a la suya, lo demuestra el relato conservado en Josefo, *Ant. Jud.* VIII 5, 3 § 148 s., procedente de los mencionados anales de Tiro, según el cual, en una controversia entre Hiram de Tiro y Salomón, parecida a la que mantuvieron la reina de Saba y este último, terminó por imponerse a Salomón un enviado de Hiram llamado Abdemón. En el período que estamos tratando ahora se inició también la adopción del alfabeto fenicio por los griegos, hecho que da una impresión elocuente de la aportación de los fenicios a la cultura de la humanidad.

II LOS SIGNOS PRECURSORES DE LA SOBERANIA ASIRIA SOBRE SIRIA-PALESTINA (880-745 A. C.)

Generalidades

Un siglo y medio después de que Tiglatpileser I (1117-1078) demostrase el poderío de Asiria recibiendo tributos de Biblos, Sidón y Arvad, el rey asirio Asurnasirpal II (884-858) reanuda los ataques contra el norte de Siria, comete graves destrozos y recibe tributo de muchos estados, entre ellos Tiro, Sidón, Biblos y Amurru. La mayor parte de sus sucesores, sobre todo Salmanasar III (858-824), Adadnarāri III (811-781), Salmanasar IV (781-772) y Ashshurnarāri V (754-745) prosiguieron, aunque con diverso ímpetu, las campañas contra Siria-Palestina y la recaudación de enormes tributos de los países sometidos. Salmanasar III, que se precia de haber cruzado veintiún veces el Eufrates, recibió tributo de muchos estados sirios y palestinos: Karkemish, Alepo, Hamath, Damasco, Tiro, Sidón y Bīt-Khumri = «Casa de Omri», o sea, Israel. Adadnarāri III nombra aproximadamente los mismos estados como vasallos y tributarios suyos y añade Edom y Filistea. La auténtica dominación de Siria-Palestina, sin embargo, no se llevó a cabo hasta Tiglatpileser III (745-727). Parece que los estados sirio-pales-

tinos no supieron ver o no tomaron lo bastante en serio el grave peligro que constituían los constantes ataques que los asirios dirigían contra su país desde hacía siglo y medio. Por ello su política interior gira exclusivamente alrededor de su propio eje, y creían poder permitirse luchar contra sus próximos vecinos.

A) Israel y Judá

a) *Omri y su dinastía en Israel. Josafat y Jehoram en Judá*

A las luchas de los estados sirio-palestino entre sí nos referiremos algo más adelante. Antes conviene recordar que a partir del 880, o sea, aproximadamente medio siglo después de la división del reino, habían cesado las hostilidades entre los estados de Judá e Israel, iniciándose un acercamiento. Influyó en este proceso, aparte de los deseos personales de ambos reyes, el hecho de que el reino arameo de Damasco, bajo Benhadad I, se hiciera cada vez más fuerte, constituyendo una seria amenaza para ambos estados, por lo que éstos decidieron aliarse, poner fin a las hostilidades e impedir hechos como el ataque arameo contra Israel, pagado por Judá y descrito en I Re. 15, 16-21. También pudo influir en este sentido el que la entonces poco importante localidad de Tiro promoviera el establecimiento de relaciones amistosas entre Israel y Judá, tal vez temiendo que un excesivo aumento del poder del estado arameo de Damasco terminara por poner en peligro a los propios fenicios. Los matrimonios entre Jezabel, princesa de Tiro, y el príncipe heredero israelita Ajab, por un lado, y Atalía, hija de este matrimonio, con el heredero o rey judío Joram, por otro, consolidaron la alianza entre Israel y Judá y las buenas relaciones de ambos estados con Tiro.

Al final del relato de la segunda invasión de Benhadad de Damasco contra Israel (I Re. 20, 22-43) se menciona, como incidentalmente, que el rey israelita Omri se vio obligado a permitir a Benhadad la creación de factorías en Samaria, nueva capital por él creada, lo que demuestra que Omri había sufrido una derrota ante Damasco. Omri, que subió al trono después de haber sido proclamado rey por el ejército israelita y de haber eliminado a sus rivales Zimri y Thibni (16, 15-22), debió ser un soberano enérgico y eficaz. Nuestro Libro de los Reyes le dedica únicamente seis versículos (16, 23-28), de los cuales dos condenan su política religiosa; menciona, sin embargo, que fundó la nueva capital, Samaria[30], y habla también de algunas de sus victorias. Su importancia se pone de manifiesto no sólo

por el hecho de que le siguiesen en el trono su hijo y dos de sus nietos, reinando su casa durante medio siglo, sino también porque los reyes asirios nombraban aún dos siglos después a Israel Bīt Khumri («Casa de Omri»). El que Omri sucumbiese ante Damasco nos da una idea del poder que tuvo entonces este estado.

También Ajab, hijo y sucesor de Omri, se vio enfrentado desde el primer momento a esta supremacía de Aram-Damasco. Benhadad (no el Benhadad I de I Re. 15, 16-22, sino Benhadad II, llamado Hadadezer en las inscripciones asirias) atacó a Ajab apoyado por 32 reyes con toda su fuerza militar, lo acorraló en su capital y exigió de él una capitulación sin condiciones. Esta proposición fue rechazada por Ajab, tan dispuesto en otros casos a hacer concesiones de acuerdo con sus consejeros. La reorganización del ejército llevada a cabo por Ajab y la despreocupación de Benhadad y de sus aliados, debida a una subestimación del enemigo, fueron causa del triunfo del ataque israelita. Los arameos sufrieron una grave derrota y fueron perseguidos por los israelitas. Benhadad consiguió huir a caballo en compañía de algunos jinetes (I Re. 20, 1-21).

El rey arameo reorganizó después de este descalabro la coalición, limitando la autonomía de sus aliados y aumentando su poder personal. En el relato de 20, 22-43 sobre la segunda batalla entre Ajab y Benhadad se presentan estas medidas como una sustitución de los reyes por oficiales (20, 24), o sea, como una centralización del poder en manos de Benhadad. Sin embargo de nada le valió. La batalla que tuvo lugar cerca de la ciudad de Afec, situada probablemente al este del lago de Genezareth, terminó con una completa derrota de Benhadad, quien obtuvo clemencia humillándose ante el vencedor, aunque tuvo que aceptar duras condiciones de paz, entre ellas la de conceder a Ajab el derecho de crear factorías en Damasco igual que algunas décadas antes Omri había tenido que dar a Benhadad el permiso de fundar factorías en Samaria (pág. 152). Tres años después —así figura en I Re. 22, 1-38— era Ajab el agresor, apoyado por el rey judío Josafat. En esta ocasión se trataba de la reconquista de la ciudad de Ramoth de Galaad, en el noreste de Jordania, motivo de litigio entre Israel y Damasco y que se encontraba entonces en manos de Aram-Damasco. Antes de partir a la guerra Ajab y Josafat tuvo lugar una consulta a los profetas en la que se enfrentaron por un lado la mayoría dirigida por Sedecías, hijo de Canaana, que profetizaba el triunfo, y por otro el solitario Miqueas, hijo de Imla, que vaticinaba una catástrofe para Israel. La batalla terminó con la completa derrota de Israel y la muerte de Ajab. Es

difícil establecer con seguridad una relación cronológica entre las luchas descritas en I Re. 20 y 22 entre Israel y Aram-Damasco y la batalla descrita amplia y repetidamente por Salmanasar III (858-824) en sus relatos, pero silenciada por el Antiguo Testamento, y que al parecer fue librada por este rey en 853 cerca de la fortaleza de Qarqar, perteneciente a Ḥamath, contra una gran coalición de príncipes sirio-palestinos dirigida por Irkhuleni de Ḥamath, Hadadezer de Damasco y Ajab de Israel. Sólo puede decirse que esta batalla, en la que Ajab desempeñó un papel importante, se desarrolló aproximadamente un año o algunos meses antes que la lucha por la conquista de Ramoth de Galaad, descrita en I Re. 22, en la que cayó Ajab. Tal vez exista entre ambos acontecimientos una correlación concreta: Ajab estimó quizá que la debilitación sufrida por Damasco tras su participación en la batalla de Qarqar había sido tan grande que un ataque contra el territorio de Jordania oriental reclamado por Israel, pero ocupado por Damasco, se vería coronado por el éxito; su esperanza no se cumplió. Las luchas de Israel contra Aram-Damasco se continuaron posteriormente aunque no podemos situarlas en cada caso cronológicamente. En los relatos de II Re. 6, 8; 7, 20 sólo se nombra el «Rey de Israel» sin citar su nombre. Pero parece seguro que los hechos allí tratados tuvieron lugar después de la derrota de los israelitas en Ramoth de Galaad (I Re. 22, 1-40) aludida anteriormente. Tampoco hay duda de que por lo menos al principio se impusieron los arameos. En una ocasión, narra II Re. 6, 24; 7, 20, los arameos asediaron Samaria, que llegó a pasar tanta hambre que algunas madres se decidieron a comer la carne de sus propios hijos. La salvación de Samaria se debió entonces únicamente a que los arameos se decidieron a abandonar sus posiciones delante de la ciudad, ante la falsa noticia de que les amenazaba un peligro de otro lado.

También Joram, hijo y segundo sucesor de Ajab, tuvo que luchar contra Aram-Damasco. Tal vez haya que situar el asedio y la salvación de Samaria que acabamos de ver bajo el reinado de Joram; en todo caso es él el que, según II Re. 8, 28-29; 9, 1-28, reanudó, aliado con Ocozías de Judá, la lucha por Ramoth de Galaad contra Ḥaza'el de Damasco, guerra durante la cual Jehú, apoyado por el profeta Eliseo, asumió el poder eliminando a ambos reyes, Joram y Ocozías. También Jehú (que, como veremos, se sometió en el año 841 a los asirios traicionando así, a juicio de los arameos, la causa sirio-palestina), su sucesor Joacaz y Joás de Judá fueron duramente castigados por los arameos, cuyo rey era entonces Ḥaza'el (13, 3; 12, 18 s.). Hasta el reinado de Joás, hijo y sucesor de Joacaz, no cambió

la suerte en favor de Israel (13, 24 s.), debido probablemente a la mayor presión a que sometía Asiria a Damasco. Josafat, rey de Judá, que, como vimos, había sufrido con Ajab la derrota de Ramoth de Galaad, tuvo ocasión, aproximadamente un decenio más tarde, de mostrar de nuevo su amistad con Israel, donde había sucedido a Ajab, caído en Ramoth de Galaad, su hijo Joram (851-845). Mesa de Moab, que había estado pagando a Israel el enorme tributo de 100.000 corderos y la lana de 100.000 carneros (II Re. 3, 4) suspendió, tal vez animado por la derrota sufrida por Israel ante los arameos, el pago de este tributo. La noticia que da de ello II Re. 3, 4-5 se ve confirmada por una estela[31] encontrada en 1869 en Dibān, la antigua ciudad moabita de Dibón, que ahora se encuentra en el Louvre y que mandó erigir Mesa hacia 840 en memoria de la liberación de su país del yugo israelita, lograda gracias a la fe en la ayuda de su dios Kamosh. Joram, continúa II Re. 3, movilizó el ejército contra Mesa y se dirigió a Josafat preguntando si estaba dispuesto a luchar contra Mesa. Este asintió con la fórmula habitual en estos casos, «mi pueblo como tu pueblo, mis caballos como tus caballos», que también había empleado (I Re. 22, 4) cuando dio a Ajab su conformidad de partir contra Ramoth de Galaad. Aconsejó además no atacar a Moab desde el norte, como hubiera sido procedente, sino desde el sur, rodeando el extremo meridional del mar Muerto, consejo que probablemente se explique por haber fortificado Mesa la frontera norte de su país contra el esperado ataque. El consejo fue seguido y los israelitas aliados con los judíos atravesaron el territorio edomita, en el que se sumó a ellos el rey de Edom: al menos II Re. 3, 9 y 12 mencionan que el rey de Edom participó en la campaña. Si tal cosa es cierta, la campaña contra Mesa debió ser posterior a la separación de Edom y Judá, acontecimiento que estuvo unido a la proclamación de un rey propio, situado en 8, 20-22, bajo el reinado de Joram en Judá (851-845), mientras que I Re. 22, 48 afirma rotundamente que durante el reinado de Josafat «no había ningún rey en Edom». La sublevación de Edom contra su soberano judío pudo deberse, igual que la escisión de Moab de Israel, a la debilitación sufrida por Israel y Judá a causa de los arameos. La debilidad que alcanzó entonces Judá se demuestra en que según II Re. 8, 22 también se separó la ciudad filistea de Libna. Los tres reyes aliados tuvieron éxito en un primer momento, rechazaron el imprudente ataque de los moabitas, devastaron su tierra y acorralaron a los supervivientes en Kir-Hareseth, actual el-Kerak, en el noroeste de la punta sur del mar Muerto. Fracasó Mesa en su intento de romper el cerco ante la imposibilidad de man-

tenerse en la ciudad, pero el sacrificio de su hijo y heredero, realizado sobre las murallas ante los ojos de los enemigos, tuvo el éxito esperado. El dios Kamosh aceptó este sacrificio y obligó a Israel a levantar el cerco y a volver a su país.

Josafat, en efecto, como dice I Re. 22, 45, «hizo paz con Israel». Y no volvieron a producirse conflictos entre Israel y Judá, aparte del castigo infligido por Joás de Israel a Amasías de Judá, hacia 790, y que ya veremos más adelante (pág. 157) y del ataque del rey israelita Pekah, aliado con Rezín de Damasco, contra Ajaz de Judá (734) que también se verá más adelante (pág. 162). Sin embargo, el que Israel fuera el más fuerte de los dos aliados no significa que Judá hubiese renunciado por completo a su independencia. Según I Re. 22, 50, Josafat rechazó la propuesta de Ocozías, hijo y sucesor directo de Ajab, de reanudar junto con él los viajes por mar a Ofir. Conviene decir aún algo sobre la política religiosa de Ajab y Josafat. El matrimonio de Ajab con la princesa de Tiro, Jezabel, al que ya aludimos, tuvo como consecuencia el que el culto del dios principal de Tiro, llamado en el Antiguo Testamento «el Ba'al» (ya sea Ba'al Shamēm «el dios del cielo» o Melkart «el rey de la ciudad» [32]) alcanzase tanto en Samaria, capital de Israel, como fuera de ella, tal difusión que los representantes de la religión de Yahvé, principalmente los profetas encabezados por Elías, vieron en serio peligro su religión original. Elías y su apóstol Eliseo se convirtieron así en los jefes de la oposición contra las influencias fenicia y cananea que Ajab hasta cierto punto fomentaba en Israel por deseo de su esposa Jezabel. El propósito de Elías y los profetas de hacer caer la dinastía de Ajab y con ella eliminar el culto al dios de Tiro en Israel fue llevado a cabo por Jehú inspirado por Eliseo, pero de tal manera que el movimiento cultual-religioso original degeneró en una acción puramente política unida a terribles crímenes (II Re. 9-10). En Judá, Atalía, hija del matrimonio entre Ajab y Jezabel, se había casado con el rey judío Joram y, tras el asesinato de su hijo Ocozías en 845, había llegado a ocupar el trono después de un período de terror sangriento; pudo mantenerse aún la política de culto que habían liquidado en 845 en Israel, los seis años durante los cuales vivió y reinó Atalía. En 840 Atalía fue asesinada en el curso de una revolución dirigida por el sumo sacerdote Joyada que llevaría al trono a Joás, hijo de Ocozías, cuando tenía siete años (II Re. 11).

De Josafat se dice en I Re. 22, 41-51 que actuó según los deseos de Yahvé y se da como ejemplo que expulsó a los homosexuales consagrados a la prostitución cultual que quedaban aún en el país desde los días de su padre. Pero los datos que

figuran en II Par. 17-21 sobre Josafat, mucho más detallados que los del Libro de los Reyes (I Re. 22, 41-51), afirman incluso que Josafat partió en misión (19, 4-11) y convirtió a su pueblo al culto de Yahvé, «desde Berseba hasta las montañas de Efraím», o sea, desde la frontera norte a la frontera sur del reino de Judá, estableciendo en todos los lugares una nueva organización judicial, datos que se basan en hechos históricos aunque no se puedan determinar éstos con exactitud.

b) *Jehú y su dinastía en Israel. Atalía, Joás, Amasías y Azarías (Ozías) en Judá*

La dinastía de Jehú, que había subido al trono de Israel con la revolución del 843, pudo mantenerse en el poder un siglo, lo que constituye un caso extraordinario en Israel; durante este tiempo sucedió cinco veces un hijo a su padre: Joacaz (818-802) a Jehú, Joás (802-787) a Joacaz, Jeroboam II (787-747) a Joás y Zacarías (747) a Jeroboam II; todos ellos mantuvieron la paz como vimos, con Judá y sus reyes Ocozías (845), Atalía (845-840), Joás (840-801), Amasías (801-773) y Azarías u Ozías (773-735), en lo que seguramente influyó el peligro arameo que, como ahora veremos, amenazaba a ambos estados. Pero entre Joás de Israel (802-787) y Amasías de Judá (801-773) parece que surgieron graves conflictos provocados por la soberbia de Amasías. Después de su triunfo sobre Edom (II Re. 14, 7), Amasías hizo saber a Joás a través de emisarios, según 14, 8-14, que quería medir sus fuerzas con él. No desistió de su actitud beligerante a pesar de la invitación a que permaneciese tranquilo que le hizo Joás con sorna, y pagó un alto precio a su osadía.

El peligro arameo constituía una amenaza, tanto para el estado del norte, Israel, como para el del sur, Judá, bajo Jehú de Israel (845-818) y su hijo Joacaz (818-802) como bajo su contemporáneo el rey judío Joás (840-801) (II Re. 8, 7-15; 10, 32 s.; 12, 18-19; 13, 3; 13, 7 y 22). Según 10, 32-33, Hazael de Damasco arrebató a Jehú todas sus posesiones en la tierra del Jordán oriental, seguramente en venganza por haber prestado ayuda Jehú a Salmanasar III (858-824) en su ataque contra Damasco y haberse sometido al rey de los asirios pagándole tributo, acontecimiento que Salmanasar celebró no sólo en uno de sus relatos, sino también en una descripción plástica que representa, según una nota marginal, el tributo de Jehú de Bīt-Khumri, o sea, de la casa de Omri, de Israel[33]. 12, 18-19 da noticias de que Hazael había ocupado Judá hasta Gath y de que Joás sólo había podido evitar el asedio de Jerusalén con

el pago de un fuerte tributo. También Joacaz (818-802), hijo y sucesor de Jehú, estuvo expuesto a los ataques de Hazael y de su hijo Benhadad III (13, 22) y tuvo que soportar un riguroso desarme (13, 3 y 7). Entre ambos versículos, que relatan un terrible ataque de Damasco contra Israel, describen los versículos 4-5 que Yahvé mandó a su apurado pueblo un defensor que les liberó del poder de Aram permitiéndoles «volver a vivir en sus tiendas como antaño». Esto parece indicar que Israel recuperó entonces los territorios que le habían sido arrebatados por Hazael según II Re. 10, 32-33; 13, 22. Este triunfo se atribuye (14, 25) como ahora mismo veremos a Jeroboam II (787-747) y todo hace suponer que así fue en realidad. La noticia que aparece en los relatos sobre Joacaz de Israel (818-802) de que Yahvé envió un «defensor», que recuperó Jordania oriental para Israel, tiene que entenderse referida a los tiempos de Jeroboam II, varias décadas después de Joacaz[34]. De no ser así habría que ver en el «defensor» al rey israelita Joás (802-787), del que dice 13, 23-25 que arrebató a Benhadad las ciudades israelitas conquistadas por su padre Hazael a Israel.

Bajo Joás de Israel (802-787) y Amasías de Judá (801-773) disminuyó la presión de los arameos de Damasco sobre Israel y Judá, lo que puede atribuirse a que Damasco estaba expuesta a nuevos peligros por parte de los asirios. Según II Re. 13, 22-25 Joás pudo incluso arrebatar de nuevo a Benhadad III las ciudades que éste había tomado a su padre. En general puede decirse que hacia 780 comienza un medio siglo que trajo a Israel y Judá un gran auge político y económico. La presión que ejercía hasta entonces sobre ellos Damasco había desaparecido o por lo menos se había reducido, como acabamos de ver, y el peligro con que los amenazaba el poderío renaciente de los asirios sólo era advertido por unos cuantos, mientras que la mayoría no lo veía o no lo quería ver. Jeroboam II de Israel (787-747) y Azarías, su contemporáneo de Judá, pudieron de este modo ampliar notablemente sus estados a costa de sus vecinos. Jeroboam II pudo, según II Re. 14, 25-28, integrar en el área de influencia de Israel los territorios de Damasco y Ḥamath vinculados hasta entonces a otra gran potencia: la coalición dirigida por el estado de Ya'ūdi del noroeste de Siria y sureste de Asia Menor, de la que aún nos ocuparemos más adelante. El profeta Jonás, hijo de Amittai, le alentó, prometiéndole la bendición de Yahvé para esta empresa, mientras que el profeta Amós declaraba inprocedente el orgullo de su pueblo por los triunfos obtenidos, en clara oposición al optimismo de Jonás (II Re. 14, 25 y Amós 6, 14)[35], y amenazaba con la llegada de los asirios que convertirían en derrotas los triunfos

obtenidos por Israel. Azarías, al que, igual que sucede con Jeroboam II (14, 23-29), el Libro de los Reyes sólo dedica algunos versículos (15, 1-7) pero al que consagra II Par. 26, 1-23 un detallado relato, no sólo introdujo innovaciones económicas y militares (26, 9-15), sino que tuvo también grandes éxitos en política exterior; reconquistó Elath tras la eliminación del reino edomita, anexionó territorio filisteo y rechazó invasiones de vecinos nómadas.

Algunos creen ver en Azriya'u de Ya'ūdi [36], del que cuenta Tiglatpileser que formó parte de una gran coalición de estados sirios contra Asiria pero que fue vencido finalmente por Tiglatpileser, al rey judío Azarías, equiparando a Ya'ūdi con Judá. Pero este Azriya'u procedía en realidad de la región noroccidental siria de Ya'ūdi, que conocemos, con su capital Sam'al, gracias a las excavaciones alemanas realizadas a finales del siglo pasado en Zincirli y sus alrededores, y era el pretendiente al trono cuyo nombre, aunque no aparece en la inscripción de la segunda mitad del siglo VIII hallada en Zincirli, sí refleja el aciago papel que tuvo Ya'ūdi en Sam'al con su cruel exterminio de la dinastía allí reinante [37].

B) Los arameos

Sobre el período 880-745 disponemos de una relativa abundancia de datos acerca de los estados arameos de Ḥamath, Damasco, Arpad y Ya'ūdi-Sam'al. Ḥamath y Damasco estaban junto con Ajab de Israel a la cabeza de la gran coalición de estados sirio-palestinos contra los que luchó Salmanasar III (858-824) en 853 al pie de la fortaleza de Qarqar [38] perteneciente a Ḥamath. Aunque el rey asirio, que se refiere con frecuencia a ello en sus relatos, se adjudica la victoria, no pudo quebrar esta batalla la resistencia de la coalición. En todo caso tuvo Salmanasar que llevar a cabo aún múltiples campañas contra Ḥamath y Damasco. Posteriormente Ḥamath y Aram-Damasco, que habían luchado juntos contra Salmanasar, se hicieron enemigos. Parece ser que a la muerte de aquél, al reducirse la presión asiria sobre Siria, trató Aram-Damasco de ampliar su área de influencia a costa de Ḥamath. Esto parece demostrado con la estela encontrada hace un cuarto de siglo en Brēdsh, a siete kms. al norte de Alepo, que data del siglo IX [39] y cuya inscripción aramea; desgraciadamente algo defectuosa, nombra a «Bar(ha)dad, hijo del (?) rey de Aram» como donante y a «Melkart su señor» como destinatario de la ofrenda. Algunas décadas después, entre 800 y 780, nos relata Zakir [40] «rey de

Ḥamath y La'ash»[41], en una inscripción aramea, que fue atacado y asediado en su fortaleza de Hazrak por una gran coalición siria del norte dirigida por Barhadad, hijo de Hazael, rey de Aram (o sea, Aram-Damasco), de la que también formaba parte Sam'al, pero que fue salvado por su dios Be'elschamēn al que había pedido ayuda. Por lo demás, Ḥamath y Damasco tuvieron poco después que consentir, si es acertada la versión de II Re. 14, 28 s. propuesta en página 158, una limitación de su autonomía cuando Ya'ūdi-Ṣam'al integró a ambos estados en su área de influencia y cuando dos décadas más tarde Jeroboam II (787-747) de Israel adquirió por su parte un derecho de control sobre ellos llegando incluso a anexionárselos.

Arpad, cuyo impresionante tell, Tell Erfād, situado 30 kms. al norte de Alepo, es testigo de la larga y rica historia de estos lugares, aparece en el canon de los epónimos[42], en el año 805, como objetivo de una campaña de Adadnarāri III (811-781). Volvemos a tener noticias de esta ciudad y del estado del que fue capital cuando en 760 Mati'el se hace en ella con el poder. En 754 tuvo que someterse éste a un tratado bastante desventajoso para él con Ashshurnarāri V (754-745)[43] que tal vez respondía a los esfuerzos de Sardur II de Urarṭu por levantar los estados sirios contra Asiria y que debía ligar Mati'el a Asiria. Mati'el, sin embargo, no se atuvo durante mucho tiempo a este tratado y pasó al lado de Urarṭu, lo cual, como veremos, condujo a que Tiglatpileser III se dirigiese al principio de su reinado contra Arpad, que conquistó en 740 y destruyó totalmente después de tres años de asedio. Aparte de este acuerdo entre Ashshurnarāri V y Mati'el, conservado en gran parte en idioma asirio sobre una tablilla de barro, tenemos tres textos de estela arameos, hallados en 1930 en Sfire, 25 kms. al sudeste de Alepo, que contienen los «tratados de Barga'ya, rey de Katak», al parecer un poderoso estado arameo vecino de Arpad «con Mati'el, hijo de 'Atarsamak, rey de Arpad»[44] y que fueron concluidos —según los estudios provisionales que se han hecho sobre ellos— aproximadamente en las mismas fechas que el tratado con Asiria. También guardan alguna relación con la empresa de Sardur, ya sea que estuvieran dirigidos contra él o que significasen más bien una acción contra Asiria para la que trató de ganar o en la que obligó a tomar parte al rey de Arpad, el enérgico rey de Katak.

Sobre Ya'ūdi-Sam'al, estado del noroeste sirio o sureste de Asia Menor del que ya se hizo mención, disponemos de abundantes datos gracias a unas inscripciones halladas en su capital, la actual Zincirli, o cerca de ella. De estas inscripciones, la de Kilamuwa, aproximadamente del año 825, está en fenicio puro;

las dos siguientes, la de Panammuwa I, de mediados del siglo VIII, y la más moderna de Panammuwa II, están escritas en un dialecto fenicio-arameo[45] y en arameo las seis restantes, de la segunda mitad del siglo VIII. En su gran inscripción Kilamuwa nombra a sus antecesores en el trono, su bisabuelo Gabbar, su abuelo Bamah, su padre Chajan, también nombrado por Salmanasar III (858-824) entre sus tributarios, y su hermano Sha'ul. Relata que atacado por el rey de los danuna, fue salvado por el rey asirio al que había pedido ayuda y que después su pueblo pudo disfrutar de gran bienestar y prosperidad. También Panammuwa II, hijo de Qaral, habla de la felicidad y bienestar de su pueblo en la inscripción que figuraba en una estatua del dios Hadad de una altura original de cuatro metros, mandada construir por él hacia la mitad del siglo VIII, en la que, a pesar de los desperfectos, se distingue que el rey da en ella gracias a su dios Hadad y a los otros dioses de su casa por su bendición.

C) Los fenicios

Desde el principio del siglo IX Siria y Palestina empiezan a sentir el resurgir del imperio asirio y sus avances hacia el mar Mediterráneo; lo mismo sucede con las ciudades comerciales y los puertos fenicios, pese a que estas ciudades conservaron su autonomía entre el 880 y el 745. Entonces no se produjeron apenas anexiones de territorios fenicios, destronamientos de las dinastías reinantes y sustituciones de éstas por gobernadores asirios, cosa que antes de Tiglatpileser III había sucedido alguna que otra vez. Sin embargo, desde el resurgimiento de Asiria, las ciudades fenicias se vieron sometidas una y otra vez al pago de fuertes tributos. Se nombran en este sentido diversas ciudades sin que puedan determinarse los motivos de su sujeción en cada caso. Tiro y Sidón aparecen nombradas con mucha frecuencia.

Un claro símbolo de la supremacía que ejerció el imperio asirio en el siglo IX sobre la costa fenicia es el relieve que mandó erigir un rey asirio, probablemente Salmanasar III (858-824), en la margen meridional del Nahr el-Kelb, cerca de la desembocadura de este río en el Mediterráneo, junto a una inscripción que el faraón egipcio Ramsés II (1301-1234) había mandado grabar cuatro siglos antes[46].

III. SIRIA-PALESTINA COMO PARTE DE LOS IMPERIOS ASIRIO Y BABILONICO (745-538 A C.)

A) Israel y Judá

a) *Las dos últimas décadas del estado de Israel y su fin*

Si hasta pasada la mitad del siglo VIII Israel, Judá y con ellos los otros estados sirio-palestinos habían ignorado o subestimado el peligro que les amenazaba por parte de los asirios, todo cambia de golpe cuando Tiglatpileser III (745-727) reanuda con energía y violencia hasta entonces inauditas la política dirigida a someter Siria-Palestina, recurriendo sin escrúpulos al método de la deportación, ya utilizado por algunos de sus antecesores. En los primeros años del reinado de Tiglatpileser, formó el citado Azriya'u de Ya'-ūdi Sam'al una gran coalición prácticamente con todos los estados sirio-palestinos y dirigida contra Asiria, partiendo seguramente de una anterior coalición sirio-palestina dirigida por Ya'ūdi y de la que Jeroboam II había apartado a Ḥamath y Damasco para integrar estos países bajo su propio dominio. Tiglatpileser se vio ante la necesidad de destruir esta coalición, cosa que hizo concienzudamente. Grandes zonas de Siria fueron anexionadas a Asiria después de la deportación de su población, entre ellas 19 provincias de Ḥamath, quedando sometidos al pago de tributos muchos estados, ciudades, pueblos y tribus. Entre los tributarios figuran Rezin de Damasco, Menehem de Samaria, Hiram de Tiro, Sibittibi'ili de Biblos y Zabība, reina de Arabia. Es comprensible que los estados sirio-palestinos buscasen cualquier medio que pudiese asegurarles su independencia o al menos parte de ella. En este sentido se formaron coaliciones de múltiples estados como las que ya había conocido Siria-Palestina. Rezin de Damasco y Pekah de Israel siguieron el mismo ejemplo, y trataron de ganarse como tercer aliado a Acaz de Judá. Este, sin embargo, se negó a entrar a formar parte de la alianza de sus vecinos considerando seguramente que habría de ser el aliado más débil y que se vería forzado a sacrificar gran parte de su independencia. Ante la negativa de Acaz, Rezin y Pekah emplearon la violencia. Sitiaron a Acaz en Jerusalén y le amenazaron con sustituirle por un antirrey, probablemente arameo, llamado Tabeel. En esta situación crítica, que se vio agravada por la subida al trono en Edom de un rey indígena que expulsó de Elath a los judíos allí asentados, haciendo a la larga Elath independiente (II Re. 16, 6)[47], se dirigó a Acaz a pesar de las serias advertencias del

profeta Isaías a pedir auxilio a Tiglatpileser. El éxito fue inmediato; el rey de los asirios conquistó Damasco y anexionó al imperio asirio Aram-Damasco. También Israel sufrió un duro castigo. Tiglatpileser dejó que subsistiera el estado de Efraim, pero grandes zonas de la llanura costera de Galilea y Galaad se convirtieron en provincias asirias [48]. Pekah fue víctima de una conjuración, cuyo jefe Oseas, hijo de Ela y favorito de los asirios, fue proclamado rey. Tiglatpileser se refiere a estos acontecimientos en una inscripción: «Ya que habían destronado a su rey Pekah, nombré a Oseas soberano suyo» (AOT, página 348; ANET, pág. 284). En este punto se complementan satisfactoriamente las inscripciones asirias y los relatos bastante minuciosos de la Biblia (II Re. 15, 29-30; 16, 5-18; Is. 7, 1; 9, 6; AOT, págs. 346-348; ANET, págs. 282-284). Pero el estado de Efraim no había de tener una vida larga. A la muerte de Tiglatpileser en el año 727, Oseas, que había sido proclamado rey por aquél creyó llegado el momento de deshacerse del yugo asirio, recurriendo a la ayuda egipcia como otros príncipes sirio-palestinos rebeldes. II Re. 17, 4 dice de Salmanasar V (727-772): «El rey de Asur descubrió una conjuración de Oseas, pues éste había enviado emisarios a So [49], rey de Egipto, y no había realizado el pago anual de tributos al rey de Asur; le mandó detener y arrojar a la cárcel», y prosigue 17, 6: «En el sexto año de Oseas conquistó el rey de Asur», o sea Sargón II (722-705), sucesor de Salmanasar, «Samaria, se llevó prisioneros a los israelitas a Asur, asentándoles en Halah y a orillas del Khābūr, un río de Gosan, y en las ciudades de la Media.» El propio Sargón escribe: «Al principio de mi gobierno y en el primer año de mi reinado conquisté Samaria..., 17.290 personas que la habitaban fueron deportadas. 50 carros entre ellos recluté para mi ejército real. A las gentes de las tierras, botín de mis conquistas, dejé vivir allí. A los hombres de mi corte los nombré gobernadores sobre ellas. Les impuse el pago de tributos como a los sirios» (AOT, pág. 348; ANET, página 284; DOTT, pág. 59). Sin embargo, la resistencia del antiguo estado del norte de Israel contra el dominio extranjero aún no se había extinguido; incluso llegó a participar más tarde en levantamientos sirio-palestinos contra Asiria. Pero eran sólo manifestaciones esporádicas del deseo de libertad y tenían poca importancia. Por lo demás, Israel desaparece entonces de la historia; sólo Judá subsistiría, hasta caer también en 587, para volver a renacer en 538 en forma de estado eclesiástico.

b) *Ezequías, Manasés, Amón, Josías hasta Sedecías. Fin del estado de Judá. El exilio en Babilonia*

Al desaparecer en 722 con el estado de Efraim el resto de Israel, era Ezequías (725-697) rey de Judá. De él dicen II Re. 18-20 y II Par. 29-32 que podía separarse del rey de Asiria y que no necesitaba ser su vasallo, que obtuvo una victoria sobre los filisteos y que introdujo profundas innovaciones dirigidas a reformar el culto, sin que pueda decirse si estas medidas han de situarse antes o después de la integración del estado septentrional israelita en el reino asirio, que seguramente limitó también la independencia de Judá. Queda también la duda de si fueron históricas las medidas de reforma del culto y su expansión al territorio del antiguo estado septentrional a que se alude en II Re. 18, 3-6 y II Par. 30 y 31. Existe desacuerdo, en particular, en cuanto a si Ezequías eliminó los elementos adventicios del culto del templo y suprimió los santuarios de Jerusalén, excepción del templo, de manera tan radical que pueda considerarse precursor y ejemplo de Josías, que hizo lo mismo cien años más tarde, o si los méritos de Ezequías en cuanto reformador fueron exagerados en el deseo de resaltar al máximo, frente a generaciones posteriores, lo notable de sus medidas; también se discute si Ezequías disfrutó verdaderamente de tanta independencia respecto a los asirios que justifique el pasaje de 18, 7 que asegura que pudo abandonar al rey asirio y dejar de ser su vasallo. Por lo que se refiere a la primera cuestión, parece seguro que se exageró en nuestro relato el servicio prestado por Ezequías al culto de Yahvé, pero no cabe duda de que Ezequías llevó a cabo algo importante y de que por lo menos una de las medidas de este tipo que se le atribuyen es probablemente histórica. Se trata de la eliminación de la serpiente de bronce (II Re. 18, 4) que había introducido Moisés (Núm. 21, 4-9) y a la que se ofrecían sacrificios. Si la reforma de Ezequías no se detuvo siquiera ante la destrucción de tan venerable símbolo, cabe suponer que las restantes medidas fueran, al menos en parte, de gran importancia. Habrá que preguntarse incluso si no fue entonces cuando se retiró el Arca de Sancta-Sanctorum del templo, con lo que aquélla perdió su importancia, y si el relato de esta medida que figurara en un principio junto al de la destrucción de la serpiente, en los relatos sobre el reinado de Ezequías no desapareció porque el Arca conservó su rango incluso después de su supresión, al menos en teoría y de cara al pasado. Las últimas ocasiones en que se menciona el Arca son la huida de David ante Absalón, en la que participaron primero los sacerdotes

Sadoc y Abiathar, portadores del Arca, hasta que David les mandó volver con ella (II Sam. 15, 24-29) y la bendición del templo salomónico, en la que fue introducida solemnemente en el Sancta-Sanctorum (I Re. 8, 1-9). Cuando en 597 y 587 fue saqueado el templo por los babilonios al parecer ya no se encontraba allí el Arca. En todo caso no está mencionada en el botín ni en II Re. 25, 8-17 ni en Jer. 52, 12-23. En este sentido asegura Jeremías (3, 16-17) que no se echaría de menos en los tiempos venideros, lo que significa que el Arca había perdido entonces, por lo menos en algunos círculos, su importancia. Su desaparición sólo puede explicarse de dos maneras: robo por el enemigo en uno de los múltiples saqueos del templo o eliminación por los círculos que consideraban este antiguo símbolo tan superado como la serpiente de bronce. De estas posibilidades, parece más segura la segunda, es decir, la supresión del Arca por Ezequías, ya que éste podía permitirse un gesto semejante.

Respecto a la segunda cuestión, la relación de Ezequías con los asirios, parece que su política hacia ellos osciló entre la afirmación de independencia y el reconocimiento de su soberanía, según las muy diversas circunstancias políticas de su reinado. Su decidida voluntad de asegurarse la independencia le impulsó a preocuparse del abastecimiento de agua de la ciudad y fortaleza de Jerusalén, de la reconstrucción de sus murallas, la fabricación de armas y la creación de almacenes y del fortalecimiento de la moral de sus oficiales (II Re. 20, 20; II Par. 32, 1-8 y 27-30) medidas que aparecen en II Par. 32, 1-2 y 4 expresamente dirigidas contra los asirios. Las obras de Ezequías para el abastecimiento de agua a Jerusalén, descritas en la Biblia, se ven confirmadas e ilustradas una vez más por un oportuno hallazgo arqueológico: la inscripción de Siloé[50], descubierta en 1889 en el túnel que comunica la fuente de Gihón con el estanque de Siloé, la cual contiene un relato muy expresivo de la construcción del túnel, y las características del túnel mismo, construido seguramente por Ezequías, y que sigue cumpliendo su cometido como hace dos mil años.

Otro hecho que demuestra los deseos de Ezequías de conservar la independencia de su pueblo frente a los asirios es la rapidez con que aceptó, al menos al principio y a pesar de la advertencia de Isaías, la propuesta que le hizo Merodac-Baladán, pretendiente al trono babilónico (II Re. 20, 12-19; Is. 39, 1-8), de unirse a una coalición dirigida contra los asirios, mostrando al emisario babilónico su palacio entero, el arsenal y el tesoro, dándole a entender que se encontraba bien armado para la guerra y que constituía un valioso aliado.

Tampoco le faltaron otras ocasiones a Ezequías para sumarse a las conspiraciones dirigidas contra el dominio de Asiria. Disponemos sobre este aspecto de datos abundantes y detallados, gracias a que Isaías alzó su voz en todos los casos semejantes al de Merodac-Baladán y a que sus advertencias quedaron, al menos en parte, conservadas en el Libro de Isaías. Sin embargo no puede establecerse siempre con seguridad a cuál de las diferentes ocasiones que se presentaron a Ezequías para desertar de los asirios se refiere. La advertencia que hace Isaías en Is. 20, 1-6 a Judá, Edom, Moab y las ciudades filisteas, con Asdod a la cabeza, que según las inscripciones de Sargón participaron en un levantamiento contra Asiria, confiando en Egipto donde entonces reinaba una dinastía etíope, está fechada después del año «en que vino el general a Asdod, cuando le envió el rey Sargón de Asiria y sitió y conquistó aquella». Se refiere, por tanto, al levantamiento de una coalición siriopalestina que fracasó y condujo en 711 a la conquista de Asdod por los asirios, hechos que, como ya señalamos, están ampliamente descritos en inscripciones de Sargón (AOT, págs. 350-352; ANET, págs. 284-285; DOTT, págs. 58-63), y que ha venido a ilustrar una estela triunfal inédita de Sargón II, hallada en el curso de las excavaciones americano-israelíes realizadas en Asdod en 1962-63. También en Is. 30, 1-17; 31, 1-9 aparecen advertencias dirigidas contra los judíos que, confiando en la ayuda egipcia, prepararon un levantamiento contra Asiria, sin que pueda determinarse si pertenecen a la misma época que Is. 20, 1-6 o son posteriores al año 705 en que murió Sargón. La muerte de Sargón provocó levantamientos en Siria y Palestina, al igual que en otras partes del imperio asirio. Ezequías, que desempeñó un papel importante en estos acontecimientos, sufrió todo el rigor del tribunal de castigo de Senaquerib (705-681), sucesor de Sargón. Había tenido prisionero en Jerusalén a Padi, rey legítimo de Ecrón, que había permanecido fiel a Asiria; después de derrotar Senaquerib en Eltheke, en el suroeste de Palestina, al ejército egipcio que acudió en ayuda de los insurrectos, Ezequías, al igual que los ecronitas del bando antiasirio, sufrió un duro castigo mientras que Padi era entronizado de nuevo por Senaquerib en el trono de Ecrón. Judá, la tierra de Ezequías, fue completamente devastada y privada de una considerable parte de su población y de gran cantidad de ganado. El propio Ezequías fue encerrado en Jerusalén y obligado a consentir la cesión de grandes territorios a los reyes de Asdod, Ecrón y Gaza y el pago de un enorme tributo (AOT, págs. 352-354; ANET, págs. 287-288; DOTT, págs. 64-73, lám. IV). Los extensos relatos asirios sobre

este suceso coinciden con los más escuetos datos bíblicos (II Re. 18, 14-16), pues en éstos también se alude al pago del pesado tributo impuesto a Ezequías por Senaquerib, pero difieren de ellos en que no dicen ni una sola palabra acerca del fracasado sitio de Jerusalén por los asirios, mientras que los relatos bíblicos correspondientes insisten en destacarlo. Sin duda estos relatos bíblicos (II Re. 18,17-19,37 = Is. 36, 1-37, 38) son en gran parte leyendas no históricas. Sin embargo, parece ser que tienen un fondo de interpretación histórica; Isaías, que había prevenido siempre al rey y al pueblo de los peligros de un levantamiento contra el dominio asirio, cambió su actitud cuando el enemigo se atrevió a atacar Jerusalén y su templo de Yahvé, jactándose de sus anteriores conquistas (II Re. 19, 11-13); predijo la derrota del enemigo y triunfó cuando ésta se produjo, salvándose Jerusalén. Esto parece tanto más probable cuanto que existen unas frases, sin duda auténticas de Isaías (Is. 10, 5-15. 24-34) en las que él, que siempre había visto en los asirios un azote de Yahvé contra Israel, anuncia el castigo divino a Asiria por su soberbia. Al parecer Senaquerib no pudo llevar a cabo la conquista de Jerusalén. No sabemos, sin embargo, los motivos, ya que las dos diferentes razones que se alegan en II Reyes 19, 35 = Is. 37, 36 y en Reyes 19, 9 = Is. 37, 9 son poco probables.

Manasés que sucedió a su padre en el trono de Judá, llegando a ocuparlo más de medio siglo (696-642) es presentado en los pasajes bíblicos correspondientes (II Reyes 21, 1-18; II Par. 33, 1-20) como representante de una política de culto opuesta a la de su padre. Toleró y llegó incluso a introducir toda clase de elementos sincréticos en el culto de Yahvé, entre ellos la conjura de muertos y los sacrificios de niños. Se dice además de él (II Reyes 21, 16) que derramó mucha sangre inocente en Jerusalén, y, puesto que este dato está ligado a la protesta de los profetas de Yahvé contra la idolatría de Manasés, al que anunciaron el castigo divino (21, 10-15), se deduce que se refiere a sus medidas contra los profetas. El pseudoepigráfico «martirio de Isaías» asegura que Isaías sufrió martirio bajo Manasés, siendo destrozado con una sierra, a lo que parece aludir la epístola a los hebreos en 11, 37 cuando, entre las diferentes muertes de los héroes de la fe, nombra el ser aserrado. II. Par. 33, 10-13 y 18 s. abarca un período más extenso que el del Libro de los Reyes y cuenta que Manasés fue llevado prisionero por los asirios «a Babel», que hizo penitencia en su cautiverio, fue instaurado de nuevo en su reino y fortaleció su país renovando las murallas de Jerusalén y por medio de medidas militares que incluso purificó y promovió el culto de

Yahvé (II Par. 33, 14-17). 33, 18-19 hace también alusión a la oración que parece haber rezado Manasés en apuros. La «oración de Manasés», inspirada seguramente en esta crónica y escrita en época cristiana, se encuentra entre los apócrifos del Antiguo Testamento. Sin duda se basa en algún hecho histórico toda esta historia de la detención de Manasés por los asirios, su indulto y el consiguiente giro de su política religiosa, pero se carece de datos precisos al respecto. Por lo demás, la actitud inicial de Manasés contra el culto puro de Yahvé se explica también por el hecho de que durante su reinado (669-642) alcanzase el imperio asirio, bajo Asarhaddón (681-669) y Asurbanipal (669-627), su mayor extensión, incluyendo también a Egipto en su zona de influencia y cercando así a Judá completamente.

Amón (641-640), hijo y sucesor de Manasés, mantuvo la actitud hostil a Yahvé que había mostrado su padre algún tiempo, probablemente al principio de su reinado, y no se humilló ante Yahvé como su padre Manasés, según se afirma en II Par. 33, 23. Una conjuración de palacio dirigida contra Amón puso fin prematuramente a su reinado y a su vida. No existen datos sobre los motivos de esta conjuración; en todo caso, no parece haber encontrado mucho eco en el pueblo. Por el contrario, éste se dirigió contra los conspiradores, asesinó a todos ellos y proclamó rey al hijo de Amón, Josías (639-609). Este fue, según II Reyes 22,1; 23,30; II Par. 34,1; 35,27 —versión fidedigna al menos en lo esencial—, el rey que más impulsó la reforma del culto de Yahvé, liberándole de los elementos cananeos que venía arrastrando ya mucho tiempo y de influencias asirias de épocas más recientes, centralizándolo por completo en Jerusalén y suprimiendo todos los santuarios excepto el templo. Esta reforma del culto de Josías fue determinada por un supuesto Libro de la Ley de Moisés que anunciaba la gracia divina en el caso de su cumplimiento, pero terribles castigos de Yahvé en caso de desobediencia. Este libro fue encontrado —según II Reyes 22, 3-10 y II Par. 34, 8-18— por el sacerdote Hilcías en el décimooctavo año del reinado de Josías, o sea en 622, durante la revisión de las donaciones destinadas a la conservación del templo (II Par. 34, 14) llevada a cabo por el ministro Safán en nombre del rey. Según otra versión —probablemente II Reyes 22, 8— fue Hilcías el que descubrió el Libro a Safán durante la revisión: Safán se lo entregó al rey que, como ahora veremos, tomó inmediatamente las medidas necesarias para cumplir los preceptos del nuevo Libro de la Ley mosaica.

No cabe duda de que este libro no es en realidad un auténtico documento de Moisés. Pero no puede determinarse si se trata realmente de un hallazgo, y el libro era por tanto más

antiguo que los hechos que acaban de citarse del Libro de los Reyes y de los Paralipómenos o Crónicas, o si el relato hecho por Hilcías de su hallazgo del libro no es una ficción destinada a conceder mayor prestigio al libro, una *pia fraus* de las muchas que registra la historia de las religiones y las iglesias. En este caso habría que suponer que un grupo interesado en una reforma radical del culto de Yahvé, en el que habría que contar sobre todo con la participación de los profetas, esperaba lograr mejor su objetivo amparándose en un código atribuido a Moisés que en una obra que reconociese, en aquellos momentos, su auténtico origen. En el primer caso cabe pensar que, aproximadamente cien años antes, en la época de Ezequías tan llena de tendencias reformistas, un grupo deseoso de innovaciones hubiese depositado su programa en el templo, confiando en su futura realización, donde fue hallado un siglo más tarde provocando una amplia reforma. Pero también puede imaginarse, ya que se han aducido en favor de ello argumentos serios, que los proyectos que se atribuían a Moisés fueron trasladados a Jerusalén y guardados en un lugar del templo considerado seguro por algún movimiento reformista que operaba en el estado del norte, poco antes de su caída. Por otra parte, no tiene demasiada importancia histórica el que el Libro de la Ley, presentado en 622 como nuevo descubrimiento y obra de Moisés, tuviera entonces su origen o fuera escrito un siglo antes, ya que este libro no empezó a tener influencia hasta su supuesto o real descubrimiento en el año 622. Los escritos, en particular los de profetas como Amós, Oseas, Isaías y Miqueas, no revelan ninguna influencia del libro hallado entonces, mientras que posteriores libros del Antiguo Testamento, como los de los Jueces, Samuel, los Reyes y Jeremías, sí presentan claras huellas. Además no hay duda de que existe una evidente relación entre el código hallado, según II Reyes 22-23 y II Par. 34-35, en el décimooctavo año del rey Josías, y el Deuteronomio, «repetición de la ley», libro llamado así porque fue considerado sin razón como una «repetición» de las leyes contenidas en el Exodo, el Levítico y los Números; la centralización del culto de Jerusalén reclamada en el Deuteronomio tuvo que ser exigida por el libro de Josías, y la reforma que se basa en este libro realiza lo que se propugna en el Deuteronomio. El Código de Josías y el Deuteronomio, o, mejor dicho, la esencia de este último, coinciden perfectamente.

Josías se dedicó por completo a su reforma del culto, en la que al parecer concurrieron la religiosidad y el sentimiento nacional. Pero a la realización de sus planes contribuyeron fundamentalmente las circunstancias políticas de entonces, que per-

mitían a Judá y a los otros estados sirio-palestinos, aún relativamente independientes, una mayor libertad de acción que la que había existido antes. Si ya bajo Asurbanipal (669-627) había perdido el imperio asirio gran parte de su antiguo poder, prosigue esta decadencia bajo sus sucesores. Ya conquistada Asur, caen Nínive en 612 y Kharrán en 610 en manos de los babilonios y medos aliados que asumen la herencia de Asiria. Este desmoronamiento de la autoridad asiria, que se inicia ya al subir al trono Josías, provocó en Judá y en su joven rey, igual que en los otros estados sirios, deseos de libertad nacional y religiosa, como era característico de la antigüedad. Así como el reconocimiento de la supremacía política había significado para Judá concesiones al culto de los dioses asirios —por ejemplo, la instalación en la entrada del templo de Yahvé de un carro tirado por caballos dedicado al dios Shamash (II Reyes 23, 11)—, así Josías limpió después el templo de estos elementos. Pero además Josías pudo permitirse también una serie de intervenciones en la misma zona de influencia de los asirios. Según el relato de 23, 15-20, histórico al menos en sus rasgos esenciales, pasó en su lucha de exterminio de todos los centros religiosos, excepto el de Jerusalén, al territorio de la provincia asiria de Samaria, destruyendo y profanando sus santuarios y en especial los de Béthel.

La estrecha relación que para Josías guardaban el culto a Yahvé y el sentimiento nacional se demuestra también más adelante. Cuando el faraón Nekao trató de avanzar en 609 hacia el Eufrates para ayudar contra los aliados babilonios y medos a los asirios, antiguos enemigos de Egipto, considerados entonces dignos de apoyo ante el resurgimiento de los babilonios, le salió al encuentro Josías en Megiddo con un ejército, para impedir que Egipto se constituyese de nuevo en amo de Siria y Palestina, perdiendo así Judá la libertad obtenida inesperadamente gracias al desmoronamiento de Asiria. Sin embargo, Nekao salió victorioso de este encuentro, mientras que Josías encontró la muerte o fue herido mortalmente, siendo trasladado a Jerusalén donde fue enterrado. La derrota y la muerte del piadoso rey causaron honda y duradera impresión en su pueblo. Según II Par. 35, 25, Jeremías le dedicó un canto fúnebre y se dispuso oficialmente la recitación de cantos fúnebres a Josías, tradición que se conservó durante muchos siglos.

El fracaso de Josías en el intento de defender la libertad de su país frente a Nekao dio lugar a que éste se convirtiese en soberano de Palestina y Siria, aunque sólo durante algunos años. Sin embargo, en este corto lapso de tiempo Judá sufrió el rigor de la dependencia de Egipto. El hijo de Josías, Joacaz, que

había sido proclamado sucesor de su padre por el pueblo, fue destituido inmediatamente por Nekao. En su lugar nombró rey a su hermano Eliaquim, dándole el nombre de Joaquim para indicar que el nuevo monarca era un producto suyo, igual que, según II Reyes 24, 17, Nabucodonosor cambiaría diez años más tarde el nombre de Matanías, impuesto por él en el trono de Judá en lugar de Joaquim al que había deportado a Babilonia, por el de Sedecías.

En el año 605 se produce un cambio fundamental en la situación política del Próximo Oriente. Entre los dos pretendientes a la posesión de Siria y Palestina, los egipcios dirigidos por el faraón Nekao y los babilonios al mando del príncipe heredero Nabucodonosor, se libra en Karkemish, a orillas del Eufrates, una batalla que terminó con la derrota de los egipcios y decidió que los babilonios, en primer lugar el rey Nabucodonosor (605-562), fueran los amos de Siria y Palestina, como aparece escrito en II Reyes 24, 7 con clásico laconismo: «El rey de Egipto ya no salió más de su país, porque el rey de Babel le arrebató todo lo que le había pertenecido, desde el río de Egipto hasta el Eufrates», o sea, toda Siria-Palestina. Joaquim sobrevivió a este desplazamiento del poder en el espacio sirio-palestino, lo que significa que reconoció a tiempo y de manera adecuada al nuevo soberano, Nabucodonosor. Pero con el tiempo no pudo Joaquim resistir la tentación de ceder a las propuestas de sus vecinos filisteos y fenicios de aliarse con ellos para sacudirse el yugo babilónico. II Reyes 24, 1-6 relata que Joaquim fue leal a Nabucodonosor durante tres años, pero que luego lo abandonó, por lo que Nabucodonosor incitó a bandas arameas, moabitas y amonitas a realizar incursiones contra Judá. II Par. 36, 5-8 añade a los datos de II Reyes 24, 1-6, sin indicar en qué año aconteció, que Nabucodonosor se llevó prisionero a Joaquim a Babilonia, robando parte de los utensilios del templo para su palacio de Babilonia. Daniel escribe en 1, 1-2 que Nabucodonosor se dirigió en el tercer año del reinado de Joaquim contra Jerusalén, la asedió, hizo prisionero a Joaquim y robó una parte de los utensilios del templo, los trasladó a Babilonia y los depositó en el templo de su dios. Puede ser cierto que, en el tercer año de su reinado, Joaquim negase a su soberano la obediencia y que fuese llamado por éste a Babilonia a responder de sus culpas; pero puede tratarse en este caso, como en el de Manasés, sólo de una estancia temporal de Joaquim en Babilonia, pronto seguida del retorno a Jerusalén y a su trono. II Reyes 24, 6 nos hace saber que Joaquim tuvo una muerte tranquila en Jerusalén, que fue enterrado allí junto a sus padres y que su hijo Joaquín fue

su único sucesor. No existe razón para dudar de la autenticidad de estas noticias.

Según el principio del relato sobre Joaquín, hijo y sucesor de Joaquim que aparece en nuestro Libro de los Reyes (II Reyes 24, 8-17), Joaquín subió al trono con dieciocho años, su reinado duró tres meses y su madre se llamaba Nehusta (24, 8). Presenta luego el habitual juicio, negativo en este caso, sobre él y empieza diciendo: «En aquel tiempo subieron los siervos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, contra Jerusalén, y la ciudad fue sitiada»; narra con bastante detalle la conquista de Jerusalén por Nabucodonosor, el saqueo del palacio real y del templo, la deportación de miles de personas notables y capaces, así como de Joaquín, y la proclamación, con el nuevo nombre de Sedecías, de Matanías, tío de Joaquín, como sucesor de éste. No se da razón alguna para esta medida de Nabucodonosor. Como el relato de ésta aparece en el pasaje dedicado a Joaquín en el Libro de los Reyes, parece probable que éste negase vasallaje a Nabucodonosor poco después de subir al trono, provocando el castigo que cayó sobre él. Pero como Joaquín se rindió, al parecer, ya al principio del sitio, con su familia y su corte, y fueron tratados él y los suyos con bastante indulgencia, con menos rigor en todo caso que lo fue diez años más tarde Sedecías, su familia y su corte (II Reyes 25, 6-7 y 18-21 = Jer. 52, 9-11 y 24-27), parece que fue Joaquim quien provocó el levantamiento contra Nabucodonosor y que murió antes del contraataque de éste, quedando como responsable Joaquín, que no pudo o tal vez no quiso detener el levantamiento ya puesto en marcha. En todo caso las pérdidas materiales y humanas en la administración, el ejército y la economía fueron enormes. La catástrofe de Jerusalén de 597 fue considerada durante largo tiempo como una desgracia nacional, como demuestra, por un lado, el que el profeta Ezequiel, que entonces formó parte de los deportados, fechase sus revelaciones después de la era de 597 (Ezequiel 1, 2; 8, 1, etc.), y, por otro, la circunstancia de que nuestro Libro de los Reyes concluya con la amnistía de Joaquín dictada en el 562 por el sucesor de Nabucodonosor, Evilmerodac (562-560), con lo que trata de dar una visión esperanzadora del futuro de la dinastía de David y, con ella, de todo el pueblo de Israel. Por otra parte, parece que también durante su cautiverio era reconocido Joaquín como rey de Judá. Al menos, aparece como tal en el 593 en las listas de racionamiento de aceite y cebada para los residentes en la corte babilónica (prisioneros de guerra, artesanos, exiliados, etc., de los más diversos países y pueblos)[51]. Ezequiel no fue, pues,

el único en conservar la era de Joaquín, sin reconocer por consiguiente a Sedecías.

La década que siguió a la deportación de Joaquín (597-587) estuvo entre los judíos llena de explosiones de pasión política; un partido incitaba a una decidida resistencia contra Babilonia, el otro, viendo la ineficacia de tal resistencia, aconsejaba la moderación. Pero no eran sólo los habitantes de Judá los que estaban divididos de esta manera, sino incluso los exiliados de 597, que sumaban muchos miles. Entre éstos y los que habían quedado en el país existía a pesar de la gran distancia que los separaba, una activa relación, de tal manera que los unos estaban bien informados acerca de los otros y trataban de influirse mutuamente. Sobre todo fueron los profetas quienes en ambos lados se observaban unos a otros, apoyándose o combatiéndose a pesar del espacio que los separaba. Tenemos acerca de esto bastante datos, gracias a que se ha conservado gran parte de la proclamación hecha en la década 597-587 por Jeremías, que vivió estos difíciles años en Jerusalén o cerca de allí, y porque Ezequiel deportado en 597 con Joaquín a Babilonia, conocía tan a fondo, a juzgar por sus numerosos testimonios, la situación de los que habían quedado en su tierra que sin duda es injusto juzgar falso, como se ha hecho, el que estuvieran en el exilio, situando en Judá su actividad o por lo menos los comienzos de ésta.

En cuanto a Jeremías, baste recordar sus controversias con los que habían quedado en Judá y con los profetas deportados a Babilonia que anunciaban al pueblo la próxima intervención de Yahvé en su favor, con lo que conscientemente o no fortalecían la voluntad de rebelión contra el dominio babilónico. Según Jer. 27, 1-22, Jeremías, en el quinto año de Sedecías, o sea hacia 593 [52], cargando simbólicamente un yugo sobre sus hombros, advirtió a los emisarios de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón que habían acudido a Jerusalén con Sedecías para preparar una conjuración contra Babilonia, que se sometieran a la soberanía de Nabucodonosor y no se dejaran inducir a la rebeldía confiando en las palabras imprudentes de falsos profetas, e hizo la misma advertencia al rey de Judá, Sedecías, así como a los sacerdotes y a todo el pueblo. Esta predicción de Jeremías, según Jer. 28, 1-17, impulsó al profeta Ananías a quitar el yugo de los hombros de Jeremías y a romperlo, anunciando que Yahvé destruiría pronto el poder de Nabucodonosor. Después de ello Jeremías repitió su advertencia y anunció a Ananías una muerte cercana que, según 28, 17, no tardó en llegar. Jer. 29, 1-23 reproduce el texto de una carta que Jeremías dirigió a los deportados de 597 y en la que les exhortaba a estar preparados

para un exilio más largo y a no prestar oídos a otras profecías, y predice dos de estos falsos profetas, en nombre de Yahvé, que serán ajusticiados por Nabucodonosor. 29, 24-32 da noticia de una carta del profeta Semaías, que se encontraba en exilio, a Sofonías, sacerdote encargado de la vigilancia del templo, en la que se queja de que éste no hubiese tomado medidas enérgicas contra el traidor Jeremías y no le hubiese puesto «en el calabozo y en el cepo», y del castigo con que amenazó Jeremías a Semaías en nombre de Yahvé, afirmando que quedaría sin sucesores y que no llegaría a vivir la inminente salvación. Ezequiel, que formaba parte de los deportados en 597, coincide con Jeremías en condenar las esperanzas abrigadas por grandes sectores de los deportados y de los que habían quedado en Judá, esperanzas que se basaban en la próxima caída de la supremacía de Babilonia y en la anunciación de un juicio que superase al del año 597. En la grandiosa visión de Ezequiel 8, 1; 11,25 describe cómo fueron muertos los habitantes de Jerusalén caídos en la idolatría y cómo, sin embargo, Yahvé salió de Jerusalén sobre una carroza real abandonando a la ciudad y el templo a la destrucción. El día en que comenzó el asedio de Jerusalén le encomendó Yahvé que simbolizase la necesidad del fin de Jerusalén en la suerte de una olla inservible (Ezequiel 24, 1-14). Se tratará de la vida de los deportados en 587 cuando se relate la conquista de Jerusalén y la deportación que siguió.

Al igual que Joaquín, Sedecías no pudo resistir a la larga las propuestas seductoras de los egipcios y de otros vecinos de Judá para que abandonara a Nabucodonosor, aunque en el fondo, instrumento dócil del partido belicista, instigador de la defección de Babilonia, recurriese repetidas veces en secreto al consejo de Jeremías y éste le previniera con insistencia contra un levantamiento frente a Nabucodonosor. El destino siguió su curso. En enero de 588 comenzó el sitio de Jerusalén por los babilonios, que duró año y medio. Al fracasar el intento que hizo el faraón Hofra (Apries), siguiendo sus compromisos de aliado, de romper el cerco de Jerusalén (Jer. 37, 6-16) y al agotarse los víveres, se hizo insostenible la situación de la ciudad. Cuando en julio de 587 fue abierta una brecha en sus murallas, trataron Sedecías y los suyos de ponerse a salvo huyendo, pero fueron apresados cerca de Jericó y transportados a Ribla, cuartel general babilónico, a orillas del Orontes. Allí Nabucodonosor mandó matar ante los ojos de Sedecías a sus hijos, luego, tras cegarlo, lo mandó esposado a Babilonia. Un mes más tarde, en agosto del 587, Nebuzardan, jefe de la guardia personal de Nabucodonosor, provisto de amplios pode-

res, destruyó completamente Jerusalén, derribó las murallas, redujo a cenizas el templo, el palacio y otros edificios, saqueó el templo, deportó a muchos ciudadanos destacados de Jerusalén y Judá y mandó a Ribla a sesenta y siete notables, entre ellos a cinco distinguidos sacerdotes, para ser ajusticiados. Todavía no se llevó entonces a cabo la anexión de Judá al reino babilónico. Nebuzardan dejó un resto de estado de Judá que no tenía ya su capital en Jerusalén (por lo visto enteramente en manos de los babilonios) sino en Mizpa, a 10 km. al norte de aquélla y lo puso bajo Godolías que, como sabían los babilonios, había prevenido a Nabucodonosor del levantamiento. Pero este estado había de durar poco tiempo. En octubre de 587 Godolías fue asesinado por Ismael, miembro de la casa de David, instigado por los amonitas. Los dirigentes del pequeño grupo judío que se había formado en torno a Godolías temieron entonces que los babilonios tomaran una terrible venganza por el asesinato de su colaborador y emigraron a Egipto, llevándose consigo, en contra de su voluntad, a Jeremías y a su secretario y amigo Baruc, que se habían puesto a disposición de Godolías. Nada sabemos acerca de la suerte de estos emigrados en Egipto y con ello se pierde también el rastro de Jeremías y Baruc. De aquí en adelante no existen noticias sobre el estado de Judá; probablemente su territorio quedó anexionado a Samaria, provincia fronteriza del norte, y siguió así sin duda hasta el retorno de los judíos del exilio o hasta 445, fecha en que Nehemías fue nombrado gobernador de Judá por Artajerjes I (465-424), tal vez con una corta interrupción debida a tentativas judías de emancipación.

De los deportados del año 597 ya vimos que siguieron en estrecho contacto con los que habían quedado en el país, compartiendo los mismos problemas, viviendo en realidad más en la patria que en el exilio y añorando la vuelta a Judá. Sin duda conservaron esta actitud muchos de los deportados de 587. Pero, inevitablemente, la catástrofe del año 587 significaba un serio golpe para estas esperanzas. De esta manera se difundieron entre los exiliados proverbios como éste (Ezequiel 18, 2): «Los padres comieron el agraz y los hijos tienen la dentera», que contribuían a socavar la esperanza en un nuevo futuro del pueblo. Entonces Ezequiel, que había anunciado implacablemente la fatalidad de la catástrofe hasta que ésta se produjo, infundió nuevos ánimos a los exiliados, preparando el camino al Deutero-Isaías, autor de Is. 40-55, gran profeta del consuelo que, como veremos, apareció hacia el final del exilio. En la grandiosa visión de la resurrección de los muertos (Eze. 37, 1-14) Ezequiel anuncia en nombre de su dios un nuevo futuro a Israel,

en el que, según 37, 15-28, las partes divididas del reino único de David se unirían de nuevo bajo éste. En el año 573 describía, visionario, como Yahvé volvía a entrar solemnemente sobre el trono de su carroza en su templo completamente reconstruido (40,1-43,12).

Poco sabemos de la vida exterior de los exiliados. De todos modos parece que no eran propiamente prisioneros sino que podían ejercer libremente sus profesiones, naturalmente limitadas a determinados sectores: el comercio, la industria y la agricultura. También sabemos que tenían una cierta autonomía administrativa y que eran dirigidos o representados por los «ancianos». Al menos una de las zonas a donde fueron destinados se puede determinar geográficamente: se trata de Tel Abib, cerca de Nippur (Eze 3, 15), a orillas del gran canal (río Quebar, Eze. 1, 1 y 3; 3, 23; 10, 15, 20 y 22; 43, 3) donde residía el profeta Ezequiel. Otras colonias aparecen en Ezra 2, 59; Neh. 7, 61; 3. Ezra 5, 36. Disfrutaban al parecer de plena libertad de movimiento y podían visitarse mutuamente. En Eze. 8, 1; 14, 1; 20, 1, se hace mención de las visitas de los «ancianos» (al parecer jefes de las colonias destinadas a los judíos) a Ezequiel, que se destinaban a la discusión de cuestiones importantes, en su mayoría seguramente de carácter ético-religioso, lo que hace suponer que Ezequiel disfrutaba de amplia admiración de sus compatriotas aunque les hiciera reproches con frecuencia (como en 12, 1-11) o rechazase severamente los planes que le expusieran (como en 20, 1-44). De hecho Ezequiel tuvo gran importancia en la historia del judaísmo. Influyó decisivamente en la conservación de una religiosidad ética independiente del templo y de los sacrificios y en la reorganización del culto para la deseada nueva era.

Hacia finales de la primera mitad del siglo VI se multiplicaron los síntomas que anunciaban un cambio en la situación política del Próximo Oriente debido a la derrota de los asirios ante los medos y babilonios aliados (612), que había reportado a éstos la supremacía sobre Siria y Palestina, y sobre todo a la intervención de Ciro II (559-529). Este se rebeló en 522 contra su soberano medo Astiages (585-550), ocupó grandes zonas del reino medo, derrotó en 546 a Creso de Lidia y conquistó su capital Sardes. Estos triunfos del rey persa obligaron a las potencias que se veían amenazadas por él a una alianza y a la defensa, sobre todo al faraón Amasis y al rey de Babilonia Nabónido, mientras que los judíos exiliados y los sacerdotes de Marduk, sometidos por Nabónido, esperaban obtener la libertad de Ciro. Entre los judíos exiliados el ya mencionado Deutero-Isaías dio forma poética a las esperanzas que había provocado

la aparición de Ciro. Anunció que Ciro destruiría Babilonia y sus dioses y que permitiría, como enviado de Yahvé, el retorno triunfal de los exiliados judíos a su patria. Al grupo de los exiliados que vivían en apática resignación le dio nuevos ánimos, como hicieron aquellos que habían difundido el proverbio de los agraces interpretando una parte de la desgracia que había caído sobre Israel, no como castigo por sus culpas, sino como una pena llevada en nombre de otros, y empieza así su anunciación.

«¡Consolad, consolad a mi pueblo,
dice vuestro Dios.
Hablad al corazón de Jerusalén
y anunciadle
que se ha acabado su servidumbre,
que están expiados sus pecados,
que ha recibido de la mano de Yahvé
el doble por todos sus pecados!»

Con sus palabras de consuelo contribuyó Deutero-Isaías en el mismo grado que Ezequiel a la historia del judaísmo. Su influencia llega incluso hasta el cristianismo, que siguiendo con ello el propio ejemplo de Jesús reconoció en éste al siervo de Dios del Deutero-Isaías, citado en Is. 52, 13 y 53, 12 «él llevó nuestra enfermedad y cargó con nuestros dolores» relacionándole con la pasión y muerte de Jesús en nombre de la humanidad. Al anunciar que Ciro devolvería la libertad a los judíos exiliados tuvo razón Deutero-Isaías. Ciro permitió realmente a los judíos el retorno a su país y la reconstrucción de su templo, devolviendo además los tesoros robados por Nabucodonosor del templo de Jerusalén (Esdras 1, 1-11; II Par. 36, 22-23).

B) Los arameos

En los comienzos del período de la historia de Aram que ahora nos ocupa (745-538), que coincide con los primeros años del reinado de Ṭiglatpileser III, auténtico fundador del imperio universal asirio, se sitúa el aplastamiento de la gran rebelión antiasiria promovida por Sardur III, rey de Urarṭu (hacia 765-733) y, relacionada con este acontecimiento, la destrucción de Arpad, a la que ya nos referimos, así como la ya mencionada aparición del usurpador Azriya'u de Ya'ūdi. No obstante, existen discrepancias en algunos aspectos en la interpretación de las fuentes disponibles, que son por un lado los relatos de Ti-

glatpileser y por otro la inscripción aramea (KAI, n.º 215) que figura sobre una estatua levantada en 730 por Barrākib, rey de Ya'-ūdi, a su padre Panammuwa II, hijo de Barṣur. En la inscripción de Barrākib no aparece en absoluto el nombre de Azriya'u. Sólo se alude, y de manera poco precisa, a un usurpador que destronó a Barṣur y organizó una terrible matanza de miembros de su familia, pero que luego fue eliminado por Tiglatpileser y sustituido por el legítimo heredero del trono, Panammuwa II. En cuanto al jefe de la gran coalición siria[53] dirigida contra Tiglapileser, que no tardaría en ser derrotada por éste, quien según Tiglapileser fue Azriya'u de Ya'-ūdi, se discute desde hace más de un siglo si se trata del rey judío Azarías u Ozías (773-735) o del usurpador procedente del estado de Ya'-ūdi-Sam'al, en Siria del Norte. Los argumentos en favor de cada una de las teorías no caben aquí. Nos limitaremos a señalar que lo más probable es que el personaje de Azriya'u mencionado por Tiglatpileser fuera el usurpador que se hizo con el poder en la ciudad de Ya'ūdi y que las frases que aquí nos interesan de la inscripción de la estatua erigida por Barrākib a su padre Panammuwa II adquieren mayor significado si las referimos a la revolución brutal del aventurero Azriya'u.

La derrota de la gran coalición de estados sirios dirigida por Azriya'u contra la dominación de Asiria tuvo como consecuencia el que algunos de ellos quedasen integrados en el reino asirio como provincias y que numerosos estados conservaran una cierta independencia, pero tuvieran que pagar un fuerte tributo. Entonces fueron integrados en Asiria diecinueve territorios dependientes de Ḥamath, después de haber sido deportada una gran parte de su población, mientras que el propio Ḥamath seguía independiente bajo el rey Eniel hasta ser destruido definitivamente en 720, como ahora veremos, por Sargón II (722-705), como represalia por un nuevo intento de levantamiento. Entre los reyes que pagaron tributo entonces a Tiglatpileser figuran entre otros Rezin de Damasco, Pisiris de Karkemish y Panammuwa II de Sam'al.

Sin embargo, estos reyes, igual que otros muchos, sólo pudieron disfrutar poco tiempo de su relativa independencia. De Damasco ya vimos (pág. 163) que fue anexionada en 734 por los asirios, y también queda dicho que en aquella ocasión Israel perdió la mitad de su territorio, convertida en cuatro provincias asirias, y que doce años más tarde sufrió la misma suerte lo que había quedado del estado. Karkemish perdió su independencia con la muerte de su último rey, Pisiris (745-717). En Ḥamath un usurpador llamado Ilubi'di o Yaubi'di movilizó en 720 una coalición antiasiria, aprovechando el resurgir de

movimientos de independencia en algunos estados ya anexionados hacía tiempo a Asiria, entre ellos Arpad, Damasco y Samaria, que confiaban en la ayuda prometida por Egipto. No pudo mantenerse, sin embargo, en su fortaleza de Qarqar y cayó en manos de Sargón II (722 y 705), sufriendo toda clase de humillaciones. También Sam'al, cuyos dos últimos reyes, Panammuwa II (743-732) y Barrākib (732-720), se habían mantenido fieles a Asiria, parecen haber perdido hacia 720 su independencia, convirtiéndose en provincia asiria. Cabe suponer que tampoco Sam'al pudiera resistir a la tentación de abandonar a Asiria y que ésta reaccionase con la anexión de este estado. Un símbolo impresionante del dominio asirio sobre Sam'al lo constituye la estela de *dolerita*[54] (basalto) de 3,22 metros, erigida allí medio siglo más tarde por Asarhaddón (681-669) que le representa a él y a dos de sus enemigos vencidos, Abdimilkutti de Sidón o Ba'al de Tiro y el hijo de Taharqa de Etiopía (pág. 180); en ella Asarhaddón, representado en un tamaño gigantesco, sujeta a sus diminutos contrarios por dos cuerdas que atraviesan sus narices. También Azitawaddiya (Karatepe) parece haber perdido su independencia hacia 710, sin que sepamos la causa.

C) Los fenicios

Con Tiglatpileser, que sin duda empleó unos métodos más drásticos y brutales que sus predecesores para la consolidación de su reino, las ciudades fenicias también sufrieron el peso del yugo asirio con mayor fuerza que antes. Junto con otras partes de Siria, convirtió el valle del Eleutheros (Nahr el-Kebīr) y la franja costera situada al norte de éste en provincia asiria; solamente Arvad conservó al menos su relativa libertad. Las ciudades situadas al sur del Eleutheros, en particular Biblos y Tiro, recibieron igual trato que Arvad, teniendo que pagar únicamente un tributo. Sargón II (722-705) arrebató a Tiro sus colonias de Chipre, entre ellas Kition, y erigió en Chipre, hacia 707, una estela de basalto con su imagen, cuya inscripción conmemora con orgullo su conquista de Chipre (AOB, n.º 135; AOT, pág. 350, ANET, pág. 284). Senaquerib (705-681), pese a fracasar en su intento de apoderarse de Tiro, logró arrebatarle una parte de sus posesiones en el continente, debilitándola considerablemente, lo que provocó que Cartago se deshiciera cada vez más de la tutela de su metrópoli y asumiese un papel de capital de las ciudades fenicio-púnicas. Senaquerib pudo asimismo someter a las restantes ciudades fenicias. En

Sidón, cuyo rey Luli o Eluleo había huido ante el avance de los asirios a una isla del Mediterráneo, probablemente a Chipre, impuso Senaquerib a un rey llamado Ethba'al. Para Asarhaddón (681-669) y Asurbanipal (669-626), que habían extendido su reino hasta Egipto, tenía capital importancia que se mantuvieran tranquilas las ciudades fenicias situadas en la ruta de Asiria a Egipto. Por esta razón tenían que tomar medidas draconianas cuando se rebelaban. Así, Asarhaddón hizo pagar un intento de levantamiento de Abdimilkutti de Sidón en 677 con la muerte de éste y la destrucción total de la ciudad, construyendo en su lugar una nueva ciudad asiria llamada «fortaleza de Asarhaddón». Tiro, cuyo rey Ba'al no tardó en rendir pleitesía al victorioso rey asirio, se aprovechó de la catástrofe de Sidón para quedarse con partes de su territorio. Unos años más tarde (671) Ba'al cedió a la tentación de participar en una coalición de príncipes sirio-palestinos, apoyada por Taharqa (pág. 179), contra Asiria y tuvo que permitir, al ser sofocado el levantamiento, que se convirtieran todas sus posesiones del continente en provincia asiria, comprometiéndose en un pacto a reconocer la autoridad de un gobernador asirio que se le impuso como adjunto. Ba'al se rebeló, a pesar de este tratado[55], contra el sucesor de Asarhaddón, Asurbanipal, y tuvo que pagar un alto precio. También logró Asurbanipal quebrar la resistencia de la fortaleza isleña de Arvad.

Las últimas décadas del siglo VII, que vieron la decadencia y la caída de Asiria, deben haber supuesto un cierto alivio para las ciudades fenicias y haberles permitido la recuperación de una u otra posición importante. Pero cuando Nabucodonosor fue proclamado en 605 rey del imperio babilónico, surgido en lugar del asirio, y empezó a reclamar derechos sobre Siria-Palestina, se vieron las ciudades fenicias amenazadas de nuevo en su autonomía, lo que reavivó sus tendencias a unirse con otros estados sirio-palestinos también amenazados. Ya vimos que entre éstos destacaba Judá y que los profetas Jeremías y Ezequiel desaconsejaban a los reyes judíos la participación en estas coaliciones y dirigían amenazas contra ciudades fenicias, sobre todo contra Tiro. La resistencia contra Nabucodonosor estaba animada entonces por Tiro y su rey Ethba'al II; por lo tanto, poco después de la toma de Jerusalén (587) inició Nabucodonosor el sitio de Tiro, pero tuvo que desistir después de trece años infructuosos[56] (Ezequiel 29, 17-21) y llegó a un acuerdo con la ciudad por el cual Ethba'al y su casa renunciaban al trono, pero Tiro seguía siendo un reino. Como se han conservado para los dos primeros tercios del siglo VI los anales de Tiro, de los que ya tratamos en la pág. 150, conocemos a los

reyes y regentes que reinaron allí entre 590 y 530. Como sucesor de Ethba'al figura Ba'al. Por lo demás hay que mencionar aún dos noticias sobre la historia de Fenicia en el siglo VI. La primera es la enumeración de 565 de los reyes de Tiro, Gaza, Sidón, Arvad, Asdod y Mir que apareció en una lista de la corte de Nabucodonosor (605-562)[57] descubierta en unas excavaciones alemanas en Babilonia y que demuestra que, como en alguna que otra ciudad filistea reinaban también monarcas en diversas ciudades fenicias. La segunda es un dato de los anales conservado por Josefo (*Contra Apionem*, I, 21, §§ 154 a 158) según el cual los tirios recogieron en el año 562 o más tarde a un deportado llamado Merbalo, miembro de una dinastía anterior, probablemente la de Ethba'al II, al que proclamaron rey. Ello sólo era posible con el acuerdo del sucesor de Nabucodonosor, Evilmerodac, y puede por tanto situarse junto al perdón que otorgó este rey a Joaquín, según vimos en la pág. 172. Del último cuarto de siglo de la dominación babilónica en Siria-Palestina no existen casi noticias que se refieran a Fenicia. El paso del poder de los babilonios a los persas fue aceptado al parecer tranquilamente por las ciudades fenicias, entonces integradas en la quinta satrapia del reino persa. Con esto coincide la proclamación de Hiram, hermano de Merbalo, como rey de Tiro en el 552; ocupó el trono hasta el 532, debido sin duda a que reconoció la soberanía de los persas, que a su vez le toleraron.

5. El Tercer Período Intermedio y el Imperio Etíope.

Hacia el año 1100 y durante el reinado de Ramsés XI, había entrado en su fase final la agonía política del Imperio Nuevo egipcio. La impotencia del rey en su lucha contra la crisis económica en la que había caído el país desde el reinado de Ramsés III, su falta de energía para dominar las intrigas políticas y su tendencia a cargar a los altos funcionarios con la responsabilidad de la administración del estado, abrió en el interior las puertas a graves luchas. En el norte del país se llegó al extremo de tener que abandonar la residencia real de Pi-Ramsés. Innumerables tribus libias se infiltraron en el Medio Egipto. En la segunda mitad del reinado de Ramsés XI se sucedieron en Tebas los acontecimientos uno tras otro, aunque diversos aspectos de la cronología están aún sin aclarar. En un momento que no puede precisarse con exactitud —probablemente en el doceavo año del reinado de Ramsés XI— estalló una revolución social. Esta se conoce como la «rebelión contra el sumo sacerdote Amenhotep» [1]. Su sucesor debió ser un *homo novus* llamado Herihor. Parece que había concluido una carrera militar, por lo demás, nada se sabe sobre su pasado. Probablemente no llegó a ocupar su puesto hasta el decimoséptimo año del reinado de Ramsés XI, cuando ya era «general» y «regente de Nubia». En el año diecinueve del reinado de Ramsés XI —el primer año de una era que aparece en ciertos documentos con el nombre de «renovación del nacimiento»— desempeñaba Herihor al mismo tiempo la función de visir o de ministro de estado. Controlaba a su albedrío los principales factores de poder, tanto políticos como religiosos, del país: clero, administración y ejército. Desde ese momento el rey quedaba relegado cada vez más a segundo término. Su nombre se mencionaba aún en las inscripciones oficiales, pero Herihor ya se estaba imponiendo poco a poco, hasta arrogarse finalmente la mayor parte de los derechos reales. En la práctica, sin embargo, quedó limitado su poder al sur del país y a Nubia. En Tanis —en el norte del reino— Smendes, que era probablemente también antiguo ministro de estado, había ignorado de la misma manera la administración real, y había llevado a cabo reformas por propia iniciativa. Cuando en 1085 desapareció Ramsés XI

—no sabemos de qué manera— en la oscuridad de la Historia, Egipto estaba dividido de hecho en dos reinos completamente independientes [2].

1. LA DINASTIA XXI

a) *Tanis y Tebas*

Durante mucho tiempo se ha supuesto equivocadamente que Herihor subió al trono en edad avanzada al morir Ramsés XI. Nuevas fuentes parecen indicar que el soberano le sobrevivió [3]. En el séptimo año de la «renovación del nacimiento», o sea, en el veinticinco año del reinado de Ramsés XI ocupó Piânkhi, hijo mayor de Herihor, el cargo de sumo sacerdote de Amón. Sea como fuere, parece ser que tras la muerte de Ramsés XI se consideró a Smendes y su esposa Tentamón como auténticos soberanos de Egipto. También el monarca tanita llevaba el título de «sumo sacerdote de Amón, rey de los dioses», fundando así su reinado sobre el mismo principio dogmático que su contemporáneo tebano Herihor. El hijo de éste, Piânkhi, se sometió voluntariamente a la soberanía de Smendes y no pretendió asumir el título de rey. De esta manera pudo el monarca ejercer su influencia también en el sur del país y arrebatar —al menos exteriormente— todo el poder político a Tebas. Se puede hablar incluso de un acercamiento entre ambas capitales, ya que bajo Psusennes I, sucesor de Smendes, se casó su hija Makare' con el sumo sacerdote tebano Pinedjem, que entre tanto había heredado de su padre Piânkhi la soberanía espiritual y que, como su abuelo Herihor, reunía en sus manos todo el poder terrenal y espiritual. Este nuevo vínculo favoreció sobre todo a Tebas. Durante su largo reinado se conformó Psusennes I en Tanis con una monarquía teórica y se distinguió en la construcción y restauración de templos [4]. Lo cierto es que unió a su cuñado al trono como corregente después de que éste se hubiera dedicado, con total independencia y en razón de su cargo de sumo sacerdote, al embellecimiento de los templos de Kárnak y Medinet Habu y a la conservación de las momias de las tumbas de los reyes del Imperio Nuevo, que habían sido profanadas repetidamente bajo los últimos ramésidas [5]. Mientras que el nombre de Psusennes no se menciona casi fuera de Tanis el nombre de Pinedjem está relacionado con el anillo real, lo que plantea la pregunta de si no llegó por fin a tener una corte propia durante algún tiempo. Sus sucesores reinaron en Tebas más de medio siglo, sobre un territorio que se extendía desde la primera catarata del Nilo hasta la ciudad fortaleza de

Teudjoi (el-Hiba), en el Medio Egipto. En la frontera norte de su reino, los soberanos tebanos de la XXI Dinastía, que eran sumos sacerdotes de Amón y jefes supremos del ejército, mandaron construir una serie de fortificaciones para hacer frente a los libios que ejercían en esta zona cada vez más presión sobre el país. Masaharte, hijo de Pinedjem, murió poco después de subir al trono, después de haber empleado también su pontificado en defender las momias reales de los profanadores. Mientras tanto, en Tebas y en las provincias hacía tiempo que numerosos miembros de la dinastía reinante —hombres y mujeres— iban ocupando los altos cargos sacerdotales. Tarde o temprano este monopolio real tenía que provocar el disgusto de la clase sacerdotal perjudicada. Al morir Masaharte estallaron desórdenes en el interior del país, que obligaron por fin a su hermano y sucesor Menkheperre' a dirigirse a Tebas para restablecer la tranquilidad, probablemente desde su residencia en Teudjoi. Cerca de cincuenta años permaneció Menkheperre' en el cargo de sumo sacerdote de Tebas. Junto con su mujer Esemakhbit pretendió la dignidad real y, al igual que sus antecesores, se ocupó de las momias de los reyes y los sacerdotes de Amón, que fueron restauradas bajo su dirección. En Kárnak llevó a cabo diversas construcciones y trabajos de restauración, mandó levantar una muralla en el lado norte del templo «para proteger el templo de su padre Amón Ré y limpiarlo de seres humanos» después de haber averiguado que «los egipcios habían construido habitaciones y se habían instalado en los patios de los dominios de Amón»[6]. Le sucedieron en el cargo de sumo sacerdote sus hijos Smendes y Pinedjem II. Psusennes concluye la serie de reyes-sacerdotes tebanos. Ninguno de ellos llegó a desempeñar un papel capital. Fue Pinedjem II quien escogió un escondite en el valle de Deir el-Bahari para depositar las momias de las tumbas de los reyes del Imperio Nuevo[7], que fue utilizado hasta el reinado de Sheshonq I. La ironía de la historia quiso que también este escondite fuera descubierto por saqueadores de tumbas, para ser salvado finalmente para la ciencia.

Si bien en aquel tiempo el auténtico rey de Egipto residía en Tanis, no parece que su poder se extendiera mucho más allá de las murallas de su palacio. El que en Tebas se contara el tiempo según el año del reinado del monarca del norte se debe interpretar más como el reconocimiento benévolo de una potencia soberana que como señal de auténtica sumisión. A Psusennes I le suceden Amenemope, Siamón y Psusennes II, que tuvo un reinado efímero. Sus reinados hubieran carecido de toda importancia si no hubiesen arrojado luz sobre ellos las

excavaciones de P. Montets, en Tanis[8]. La tumba intacta de Psusennes I y Amenemope contenía sobre todo valiosas joyas de plata, que atestiguan una activa política comercial, y fue hallada dentro del amplio recinto del templo cerca de los otros grandes edificios. Para poder embellecer y decorar sus templos, palacios y mausoleos, los soberanos tanitas se vieron obligados, a falta de medios apropiados, a emplear los materiales de construcción de sus antecesores y a saquear antiguas necrópolis. Este hecho pone de manifiesto la impotencia de esta dinastía, que, para conservar su modesta posición, se conformó de buen grado con la decadencia de Tebas y se negó a enfrentarse al peligro que suponía la subida de los *mashawash* libios. En estas circunstancias no puede hablarse de una política exterior enérgica. Por el momento, no está establecido que fuera Siamón el faraón egipcio que, según el Libro de los Reyes (I, 9, 16 ss.), derrotó a los filisteos y conquistó la ciudad de Gazer. El descubrimiento de un escarabajo con el nombre de Siamón en Tell el-Fara, en el desierto del Negev occidental, y las huellas de una destrucción llevada a cabo en la primera mitad del siglo x halladas en las excavaciones de Tell Mor, cerca de Asdod, son los únicos indicios que respaldan en Asia la posibilidad de esta campaña. No se explica uno las razones que indujeron a Siamón y luego a Sheshonq I a luchar en Palestina[9]. Durante todo el Tercer Período Intermedio asombra la pasividad de Egipto en su política exterior. Cuando se formó en 853 una poderosa coalición para librar en Qarqar, a orillas del Orontes, una batalla contra el conquistador asirio Salmanasar III, Egipto fue incapaz de apoyar eficazmente la coalición.

b) *El Estado divino de Amón*

No hay duda de que el creciente poder de Amón Re' y de su clero tebano a finales del Imperio Nuevo fue la causa de la división de Egipto en dos reinos durante la XXI Dinastía. Esta revolución, que trasladó a Tanis la sede del poder político del faraón dejando a Tebas en manos de una dinastía de sumos sacerdotes de Amón, estuvo acompañada de consecuencias trascendentales en la administración que todavía no han podido ser valoradas en su totalidad. A grandes rasgos, hay que imaginar una situación en la que dominara, en todas las manifestaciones de la vida pública, la influencia del dios y del clero. Puede hablarse, pues, con razón de un estado divino regido cada vez más por Amón Re' y los otros dos miembros de la trinidad tebana —la diosa Mut y el dios Khonsu—. En el fondo esta nueva forma de gobierno sólo aparentemente era una teocracia:

en realidad dominaba el principio de la dictadura militar, cuya fachada religiosa trataba de ocultar la incapacidad y debilidad del gobierno. Sometiendo al ejército y al clero al mismo poder se pudo alejar de momento el peligro de una colisión entre los dos grandes poderes del país; el tesoro del templo podía contribuir a cubrir las necesidades de la organización militar y permitía que los cargos de responsabilidad fuesen ocupados exclusivamente por los adictos al régimen. El abismo social entre la casa dirigente y el pueblo se hizo así más profundo aún.

Como las fuentes son escasas es difícil determinar si el estado divino tuvo en Tanis las mismas características que en la capital del sur. Sólo sabemos que tanto Smendes como Psusennes I actuaron como sumos sacerdotes de Amón y que Amenemope tuvo también este título antes de subir al trono. La trinidad tebana también era venerada en Tanis, y el nombre de Seth, que había gozado del favor de los monarcas ramésidas, ya no era tolerado. Ideológicamente, el rey-dios del norte se hallaba en la misma línea que el dios-rey del sur.

En este tiempo de inseguridad política el oráculo se había de convertir en el elemento más adecuado para justificar toda clase de decisiones ante la gran masa. La costumbre de pedir consejo a un dios y de averiguar su opinión ya existía en Egipto desde el Imperio Nuevo, pero bajo la XXI Dinastía llegó a alcanzar tan amplia difusión que prácticamente se sometía cada cuestión importante a la decisión del oráculo [10], sobre todo en cambios de tipo político o administrativo. De Herihor, fundador de la dinastía, se ha conservado un fragmento de estela en el que aparecen Khonsu y Amón Re' como dioses del oráculo [11]. Cuando Menkheperre', hijo de Pinedjem I, llegó a Tebas procedente del norte, se hizo confirmar como sumo sacerdote por Amón Re'. Después —como nuevo sumo sacerdote y apoyándose siempre en el oráculo— mandó que volviesen los rebeldes de su destierro en el oasis de Kharga y a cambio de esta amnistía castigó con la muerte a los peores de ellos [12]. De esta manera se llegó a atribuir al juicio divino un importante papel en la jurisdicción. En los acuerdos jurídicos dentro de la familia de los sumos sacerdotes se invocaba el consentimiento de Amón Re' para las medidas adoptadas. La manera como se manifestaba en uno de esos casos el dios mediante decreto ha quedado recogida en un pasaje de la inscripción en la que Makare', hija de Psusennes II pide a través del sumo sacerdote una confirmación soberana de su derecho de propiedad [13]:

«De nuevo (habló él —es decir el sacerdote— a Amón Re', rey de los dioses) a este gran dios, el poderoso, que era en un principio, y a Mut y Khonsu los grandes dioses: matad a todas

las personas, cualesquiera que fueren, en todo el país, hombres o mujeres, que disputaran sobre cualquier cosa del tipo que fuere que Makare', hija del rey Psusennes, amada de Amón, adquiriera por compra de tierras en el sur, así como sobre (cualquier) cosa (del tipo que fuere que el) pueblo del país (le vendiera ella) o (?) que recibiera de su propiedad siendo niña. Contra aquellos que trataran estas cosas con engaño, mañana o pasado mañana lanzaremos nuestra inmensa y terrible venganza y no les perdonaremos en ningún caso.

Gran aprobación por parte de este gran dios y por parte de Mut y Khonsu, los grandes dioses.

Amón Re', rey de los dioses, ese gran dios, el poderoso, que era en un principio, y Mut y Khonsu los grandes dioses hablaron: Mataremos a todas las personas, cualesquiera que fueren, en todo el país, hombres o mujeres, que disputaren sobre cualquier cosa del tipo que fuere (que Makare', hija de Psusennes, adquiriera) por compra de tierras en el sur, así como sobre todas las cosas del tipo que fueren que el pueblo del país le hubiere vendido o (?) que recibiera de su propiedad siendo niña. (Aquellos que trataran estas cosas con fraude), hombres o mujeres, sufrirán nuestra inmensa y terrible venganza; en ningún caso les perdonaremos, dirigiremos sus narices contra la tierra y serán sometidos (a la cólera [?] de este gran dios), a la de Mut (y la de Khonsu) los grandes dioses.»

Incluso en asuntos de la vida cotidiana se buscaba la ayuda del oráculo. Un grupo de papiros que se encuentran dispersos en diversas colecciones muestra claramente cómo Amón Re', Mut, Khonsu e incluso Montu eran invocados para proteger a niños y otras personas de desgracias, epidemias, demonios malignos, mordeduras de serpiente y otros males [14]. Al parecer se creía que también en la otra vida era absolutamente necesaria la benéfica influencia de los oráculos. El traslado de las momias de Sethi I, Ramsés I y Ramsés II al escondite en el que fueron encontradas más tarde se realizó después de que hubiera aprobado la diosa Mut esta medida extraordinaria. Para asegurar a la distinguida dama Neskhonsu, en el más allá, deificación y otras gracias póstumas dictó Amón Re' un decreto del cual se depositaron dos copias en la tumba [15]. Característico de esta atmósfera de religiosidad supersticiosa y de auténtica impotencia del gobierno es, por ejemplo, que hacia el final de la dinastía un rey tanita —probablemente Psusennes II— solicitase personalmente el consejo de Amón Re' cuando un «gran príncipe de los mashawash» de Heracleópolis llamado Sheshonq quiso erigir en el templo de Osiris de Abidos una estatua de su difunto padre Nemrod, ofreciendo siervos y tierras como regalo para el

templo[16]. A cambio Sheshonq exigía del rey el derecho a ocupar como sucesor el importante cargo de su padre. Aquí tenemos una prueba evidente de la creciente influencia de las colonias libias en Egipto central y el delta. Su expansión significaba un peligro inevitable, al que el reino faraónico ya no podía hacer frente.

II. EL TERCER PERIODO INTERMEDIO

a) *Grandeza y decadencia*

Con este Sheshonq, cuyos antepasados habían ostentado en Heracleópolis el título de «profeta de Harsafes» durante varias generaciones, comienza la dinastía XXII. Existen indicios de que el paso de una dinastía a otra se llevó a cabo sin graves conflictos militares. Es verdad que una estela del oasis de Dakhla que data del quinto año del reinado de Sheshonq I da noticia de ciertos desórdenes en esta lejana provincia[17]; en cambio, el hijo y sucesor de aquél, Osorkon I, contrajo matrimonio con Makare', hija de Psusennes II. Sheshonq I se vio en situación difícil cuando trató de imponer su dominio al estado teocrático tebano. Los sacerdotes de Amón no parecían dispuestos a aceptar en el acto la soberanía de los príncipes libios; para ellos continuó siendo —por lo menos hasta el segundo año de su reinado— nada más que el «gran príncipe de los mashawash»[18]. Se puede suponer que Sheshonq I impuso su poder a Tebas. Paulatinamente, después de haber sometido primero las fortificaciones tebanas de Egipto central, y en particular la guarnición principal de el-Hiba. Cuando, finalmente, los sacerdotes no pudieron resistir más a esta presión, llegaron en su capitulación al extremo de elevar al trono del sumo sacerdote de Amón a Iuput, uno de los hijos del rey, y permitir a los dignatarios de la corte el acceso a los más altos cargos del templo. Quedaba de esta manera acentuado más que nunca el carácter militar del estado teocrático. Sheshonq I trasladó la frontera norte del estado teocrático tebano a Siut y puso a otro de sus hijos al frente del Egipto central como «general de Heracleópolis». El mismo se mantuvo alejado de Tebas y residió con preferencia en el norte del país.

Después de haber sido restablecida —por lo menos de cara al exterior— la unidad del reino, Sheshonq I creyó llegado el momento de intervenir en la política interior de Palestina, donde Jeroboam y Roboam habían dividido el reino de Salomón. En 930, el quinto año de su reinado, se dirigió contra Jerusalén

y saqueó los tesoros de la ciudad (I Re. 14, 25-26). La finalidad de esta campaña —que ha quedado bajo una luz más real gracias al hallazgo de un fragmento con el nombre de Sheshonq I [19]— es difícil de averiguar. La ventaja que de ella obtuvo Egipto fue sobre todo de tipo económico, pues el comercio exterior experimentó un fuerte impulso. Las hazañas de Sheshonq I en Palestina fueron glorificadas en Tebas en un gigantesco relieve del templo de Kárnak, sobre el que fueron grabados los nombres de las ciudades sometidas por el rey. Por otra parte, se han conservado en Kárnak más vestigios de las construcciones llevadas a cabo por el soberano que en el-Hiba, donde Sheshonq I erigió un templo a Amón. Probablemente tuvo la intención de realizar aún las obras del primer patio interior del templo con la gran puerta de entrada. En una inscripción de las canteras de Jebel Silsile se puede leer: «Fue su majestad quien dio la orden de erigir un enorme pilono, para hacer brillar a Tebas por sus puertas, para que quedase un millón de varas más alta, y la de construir un magnífico patio delante de la casa de su padre, Amón Re', rey de los dioses, y la de rodear éste con estatuas y columnas.» Su reinado fue, sin embargo, demasiado breve para la realización de este magno proyecto. Sólo las columnatas del lado norte y sur del patio pudieron ser terminadas y presentan en parte relieves. También quedó inacabado el gran relieve de las victorias de Sheshonq en Asia [20].

Después de la muerte de Sheshonq I la historia de Egipto se sume en una oscuridad casi impenetrable. Una de las causas de este hecho es el traslado del centro de gravedad político y militar al norte del país, donde los hallazgos arqueológicos son menos numerosos a causa de la humedad del suelo. Tebas pasó a segundo plano. Parece ser que la estructura del estado teocrático siguió siendo, hasta cierto punto, la misma, aunque ya no tratase de unir en una sola persona —como bajo Herihor— la monarquía, el mando supremo militar y el título de sumo sacerdote. El Alto y el Bajo Egipto habrían de seguir en el futuro un desarrollo paralelo: Tanis como capital política y Tebas como capital religiosa. De la historia de los sucesores de Sheshonq I —Osorkon I y Takelot I— existen pocas fuentes fidedignas. Al parecer Egipto atravesaba en ese tiempo un período de cierto bienestar, ya que Osorkon I hizo a los templos importantes donaciones, sobre todo en metales preciosos [21]. Indirectamente contribuyó también al prestigio de su gobierno en Tebas, donde impuso a su hijo Sheshonq como sucesor de Iuput, sumo sacerdote de Amón. Al arrogarse amplios poderes

militares estos príncipes actuaban prácticamente como gobernadores independientes de los tebanos. Sheshonq resaltó su soberanía mandando inscribir su nombre en el anillo real. Lo mismo hizo su hijo Harsiese quien, junto a Osorkon II, que mientras tanto había subido al trono, se dejó reconocer como rey en Tebas y cuya tumba en Medinet Habu conservaba aun su propio clero a principios de la dinastía XXVI. Sin embargo, es difícil saber qué sentimientos invadían al verdadero soberano cuando desde su palacio de Tanis observaba este deseo de independencia. Las escasas fuentes epigráficas no dan ninguna aclaración pues, al faltar inscripciones de los reyes, las escasas biografías de altos funcionarios tebanos con su tradicional estilo de vagas alusiones y triviales himnos en alabanza del faraón ni proporcionan una visión del curso histórico de los acontecimientos ni dejan averiguar las tensiones internas.

Solamente con la subida al trono de Osorkon II, que sucedió en 870 a su padre Takelot I, se hace algo de luz en esta oscuridad. Su reinado y el de sus sucesores, hasta aproximadamente 760, se pueden considerar como el período de máximo apogeo de la dominación libia. El nuevo soberano trataba sobre todo de establecer un equilibrio sano entre las rivalidades políticas que amenazaban socavar la unidad de su reino. Como sumo sacerdote de Amón llegó al trono de Tebas su hijo Nemrod, que había sido hasta entonces «general de Heracleópolis», cargo en el que siguió también después de su subida al trono [22]. De esta manera Osorkon II pudo confiar plenamente en la guarnición libia de Heracleópolis, que se encontraba dispuesta a mantener el orden en el sur del país. Con motivo de las ceremonias de XXII aniversario de su reinado, declaró en Bubastis con visible satisfacción, en una solemne oración a Amón, que Tebas «estaba en manos de su señor Amón Re'», y prohibió a los representantes de la corona mezclarse en los asuntos internos del estado teocrático [23]. En Menfis dio comienzo, con el príncipe heredero Sheshonq cuya madre Karomama era la gran esposa del rey, una serie de sumos sacerdotes de Ptah que se mantuvo durante varias generaciones. Probablemente murió antes que su padre, ya que no llegó a proclamarse rey. Su tumba fue descubierta en 1942 en Mitrahine, junto a las tumbas de otros miembros de su dinastía [24]. En Tanis, donde en 1929 fue descubierta de nuevo la tumba saqueada de Osorkon II, apareció también el sarcófago de su hijo Hornekht, que lleva en él el título de «sumo sacerdote de Amón» [25] aunque murió siendo niño. Al parecer este soberano sometía indirectamente a su control el ejercicio del poder religioso.

En este estado aparentemente estable Tebas, sin embargo,

siguió siendo un centro de agitación política. Cuando murió Osorkon II le siguió su hijo y corregente Takelot II cuya madre era una concubina. El joven rey tuvo como esposa a Karomama, hija de Osorkon, sumo sacerdote de Amón, que ha narrado la movida historia de su vida en una larga inscripción de las murallas del templo de Kárnak[26]. Si no tuviéramos este texto no sabríamos casi nada sobre el reinado de Takelot II, que duró por lo menos un cuarto de siglo. Parece que el monarca hubo de enfrentarse a una guerra civil en la que Tebas trató de separarse del norte, por lo cual el país cayó durante muchos años en la anarquía. En el onceavo año del reinado de Takelot II ya había alcanzado Osorkon la edad necesaria para ocupar los cargos de sumo sacerdote de Amón, el de jefe supremo del ejército y el de gobernador del Alto Egipto. Permaneció en su cuartel general de el-Hiba en Egipto central hasta que se produjo un levantamiento general en el sur. Se dirigió al frente de un ejército contra los rebeldes, los derrotó en su camino hacia Tebas e hizo una entrada triunfal en la capital, donde fue recibido con entusiasmo por los dioses y sus sacerdotes que le aclamaron como su salvador y le denunciaron el indigno comportamiento de los funcionarios rebeldes. Osorkon castigó a éstos sin piedad a morir por el fuego. Para restablecer la tranquilidad y asumir enérgicamente la restauración, nombró el sumo sacerdote nuevos funcionarios y dictó cinco decretos en los que colmaba de favores a los templos tebanos y a sus sacerdotes.

Sin embargo, Tebas sólo había sido dominada aparentemente. Durante algún tiempo Osorkon pudo volver a su residencia, pero cuatro años más tarde los enemigos del rey ya habían urdido nuevos planes. Todo el país se alzó en armas. Reinaba la anarquía general. La crónica no nos describe los pormenores de esta lucha que duró varios años y en la que Osorkon defendió de nuevo los intereses de su padre. Probablemente ambas partes desistieron del empleo de la violencia cuando vislumbraron la inutilidad de la guerra y firmaron un armisticio. En todo caso Osorkon hizo una entrada triunfal en Tebas entre el entusiasmo general y reanudó sus funciones de sumo sacerdote.

Cuando murió Takelot II no le sucedió Osorkon, como se había esperado, sino Sheshonq III. Osorkon fue desposeído por entonces de su cargo de sumo sacerdote ya que en el sexto año del reinado de Sheshonq III era Harsiese el que desempeñaba esta función. Sin embargo, algunos años más tarde fue llamado de nuevo a Tebas; lo más tarde en el año 22 del reinado de Sheshonq III. Al parecer, como muestra de agra-

decimiento, Osorkon colmó de obsequios a los dioses tebanos y a sus sacerdotes, beneficiándose también de su generosidad otros templos en el Medio y Alto Egipto. Los últimos años de su pontificado transcurrieron al parecer en calma. Todavía ocupaba su alto cargo en el año 29 del reinado de Sheshonq III. Poco después se retiraba, probablemente por razones de edad, y su cargo pasaba de nuevo al mismo Harsiese, que ya había ocupado el trono de sumo sacerdote en los primeros años del reinado de Sheshonq.

Sheshonq III reinó no menos de cincuenta y dos años sobre Egipto. Como sus antecesores residió en Tanis, donde dan fe de su estancia las inscripciones de una puerta monumental y su tumba, redescubierta en 1940[27]. También se ha encontrado su nombre en monumentos de diversos lugares del delta. Es probable que ya algunos años antes de su muerte tuviese un rival en la persona de Pedubast, fundador de la dinastía XXIII, procedente (según Manetón) de Tanis, pero que probablemente nació de una familia de la nobleza de Bubastis. Pedubast se dejó reconocer como rey primero en el delta y más tarde también en Tebas. La legitimidad de su poder, sin embargo, no fue generalmente reconocida, pues el sumo sacerdote Osorkon seguía fechando su crónica según los años del reinado de Sheshonq III y los sacerdotes del Serapeum de Menfis ignoraron también al principio su existencia.

b) *La anarquía libia*

El último rey de la dinastía XXII que aún había mantenido unido a todo el país bajo su poder fue derrocado finalmente por un señor local que se había ido imponiendo poco a poco como soberano. Con él la historia de Egipto entró en una fase lúgubre, durante la cual se puso de manifiesto en toda su amplitud la debilidad del verdadero poder estatal. En este período dominaba la rivalidad de generales prominentes o de sumos sacerdotes, lo que condujo a la fragmentación del país en estados feudales que se hallaban constantemente en estado de guerra para conservar su independencia. Un eco de este tiempo de anarquía y de envidias políticas, que no desaparecerían hasta el comienzo de la dinastía XXVI, nos llega a través de un conjunto de relatos populares que juntos constituyen la leyenda de Pedubast. Hasta ahora sólo se conocen tres grandes relatos, con fondo histórico, conservados en fragmentos: «La lucha por el trono de Amón», «La lucha por la armadura de Inaros» y «La campaña de Asia en Petukhon, aliado de Inaros». El tema de la primera historia es la guerra entre Pedubast, rey de

Tanis, al que apoyaba una serie de dinastías locales, y el sacerdote de Horus de Buto, que había conducido a sus vasallos a Tebas para apoderarse del trono de Amón [28]. La segunda historia relata en un contexto parecido la lucha por la armadura de Inaros que había estallado entre diversas provincias del delta y sus jefes militares. También aquí aparece el rey Pedubast de Tanis como personaje central [29]. En el tercer relato vuelve a surgir de nuevo la rivalidad entre Pedubast e Inaros, pero en el centro figura una expedición egipcia a Asia bajo el mando de Petukhon, que desea luchar con Sepet, reina de las amazonas y con la que lleva a cabo una campaña contra la tierra de Hentu [30].

De esta manera podemos averiguar, al menos, cómo y cuándo se dejó proclamar rey Pedubast. Con él llegan en Egipto al poder dos dinastías al mismo tiempo, pues habrá que considerar como contemporáneas las dinastías XXIII y XXII. Pedubast fue reconocido también en Tebas, donde Harsiese (II) ocupó bajo su reinado el pontificado y donde actuó como gran jefe del ejército el hijo de un rey llamado Sheshonq, al que no se alude con más detalle [31]. Este Harsiese hizo sucesor del trono de sumo sacerdote a Takelot, en el que algunos historiadores ven al futuro Takelot III. Fue contemporáneo de Sheshonq IV, un rey por lo demás casi desconocido. Subió al trono probablemente después de Pedubast. En Tebas sucedió a Sheshonq IV Osorkon III, cuya madre era la esposa del rey Karomama y que por esta razón fue identificado a menudo con el sumo sacerdote Osorkon, aunque pueden aducirse en contra serias objeciones cronológicas [32]. Bajo su reinado se produjo una grave inundación que causó grandes daños en el templo de Lúxor. Permaneció por lo menos veintiocho años al frente del gobierno [33] y compartió desde el año veinticuatro el poder con su hijo y corregente Takelot III, que fue más tarde su sucesor. Antes de subir éste al trono ocupó el doble cargo de sumo sacerdote de Tebas y Heracleópolis, que estaba unido al título de gobernador del Alto Egipto. Osorkon III también tuvo una hija, Shapenupet (I), «esposa divina de Amón», que fue la madre adoptiva de Amenirdis I, «esposa divina», etíope. Takelot III reinó por lo menos durante veintitrés años y murió probablemente sin haber tenido hijos, pues a su muerte heredó el trono, por poco tiempo, su hermano Amonrud.

Lo poco que sabemos acerca del reinado de este monarca lo debemos en su mayor parte a los monumentos de Kárnak, Lúxor y Medinet Habu. Por eso la dinastía XXIII se llama con razón dinastía tebana. Por el norte no parece que llegase su influencia más allá de la región de Heracleópolis. Paralelamente a esta

familia real, cuyos miembros se llamaban «hijos de Isis», reinó en el Bajo Egipto una dinastía de «hijos de Bastet», a la que pertenecían Pami y su sucesor Sheshonq V. De su reinado, sin embargo, sólo se sabe que residieron en Tanis al igual que sus antecesores y que se supieron mantener al mismo tiempo también en Bubastis. La debilidad de su gobierno queda manifiesta por el hecho de que no pudieron hacer frente en las restantes regiones del Bajo y Medio Egipto al desarrollo de las ciudades-estado autónomas. Esta situación confusa fue denominada certeramente por el historiador griego Heródoto dodegarquía (II, 147). Como las fuentes son escasas no se puede reconstruir por ahora el origen, el desarrollo y la decadencia de las dinastías locales que se habían asegurado hacia el 730 a. C. un poder independiente en Heracleópolis, Hermópolis y Leontópolis. Mucho más fácil resulta en el caso de la mayoría de las ciudades del delta, donde ciertos representantes de la aristocracia militar libia, que se consideraban soberanos independientes, socavaron aún más los fundamentos de la monarquía unitaria. Gracias a los últimos estudios se ha llegado a obtener tanta claridad que hoy es posible reconstruir pieza por pieza el conglomerado de estadículos independientes del delta, que fue de capital importancia para el futuro desarrollo político de Egipto en el siglo VII a. C.[34] Mientras que en Bubastis, Tanis y Leontópolis los faraones dirigían, incluso en los tiempos de la mayor anarquía, el gobierno oficialmente, el sureste del delta, con Atribis y Heliópolis, pasó en parte a manos de príncipes de la dinastía real. En las restantes ciudades reinaron «grandes jefes de los mashawash» que estaban emparentados en mayor o menor grado con las familias reinantes. En las comarcas de Sebenito-Dióspolis, Busiris y Mendes-Hermópolis, y en la provincia oriental (que rodeaba en el centro y el este del delta el cinturón de las provincias reales), eran los jefes personajes enérgicos que supieron conservar durante algún tiempo su soberanía. En el oeste sólo se daba este caso en Sais, mientras que las auténticas regiones fronterizas cayeron bajo la tutela de un «jefe supremo de los libu», que residía en Kôm el-Hisn. Estos príncipes locales eran a la vez jefes supremos de sus ejércitos y sacerdotes de los dioses locales.

Entre estos soberanos hubo seguramente hombres que no se resignaban sin más a la división y al debilitamiento de su patria, tan poderosa en otros tiempos, sino que soñaban con llevar a cabo la reunificación lo más pronto posible. En todo caso, constatamos que un «jefe de los mashawash» llamado Osorkon tuvo en sus manos el gobierno de todo el oeste hacia 750, cuando el centro y el este del delta estaban divi-

didos en una serie de pequeñas ciudades-estado; los centros más importantes eran Kôn el-Hisn, Sais y Buto[35]. No cabe duda que Tefnakht de Sais, que fundaría más tarde la XXIV Dinastía, heredó este reino de Osorkon o de uno de sus sucesores. Las inscripciones de una estela que data del año 38 del reinado de un rey no nombrado, identificable probablemente con Sheshonq V, indican implícitamente que Tefnakht había integrado mientras tanto también a Menfis en sus posesiones territoriales, con lo que su reino llegaba por el sur hasta la región de Heracleópolis y por el este hasta el reino de Sebenito[36]. De hecho este Tefnakht fue, a pesar del tradicional título de «jefe supremo de los mashawash», un monarca más auténtico que el faraón tanita o bubástico.

c) *Vuelta a la unidad*

En su camino hacia la unificación del Bajo y Medio Egipto, Tefnakht se encontró de manera bastante inesperada con un enemigo; Piânkhi, entonces rey de Kush (la actual Nubia) y del Sudán. Su poder se extendía hasta el Alto Egipto, y ejercía incluso alguna influencia en Heracleópolis y Hermópolis. Después de lograr ganarse para aliado a Nemrod de Hermópolis (lo que no logró Pefnefdubast de Heracleópolis, que siguió siendo leal a Piânkhi) trató Tefnakht de forzar a éste sitiando su capital; pero entonces el rey de Etiopía envió, en el año 21 de su reinado (730), un ejército contra el soberano del delta. Se conserva un relato de estos acontecimientos en una gran estela que halló Mariette al pie del Jebel Barkal. Se trata de uno de los monumentos históricos más importantes de la Edad Antigua egipcia[37]. Antes de describir esta campaña conviene retroceder brevemente en la historia para seguir el origen y el desarrollo del gran reino de Kush.

En Napata, no lejos de la cuarta catarata del Nilo, se había instalado durante la XVIII Dinastía una colonia egipcia, que se encontraba bajo la jurisdicción del «virrey de Kush». La cultura importada del norte se conservó claramente diferenciada también cuando, bajo los ramésidas, quedó este territorio más sustraído a la influencia de Egipto, produciéndose probablemente una mayor fusión con la población indígena. Constituye un hecho especialmente característico la gran veneración de que disfrutaba Amón Re', dios del reino, en Napata. Hacia el 800 el reino de Napata se extendía por el norte al menos hasta la tercera catarata. En el-Kurru (Sudán) se encontró la necrópolis de los antepasados de los faraones kushitas[38]. El aumento progresivo de su poder queda patente en la evolución de sus tum-

bas. Los primitivos túmulos se desarrollan hasta alcanzar las proporciones de auténticas pirámides. También llama la atención la decoración interior de las tumbas, que se hizo cada vez más elegante a medida que la dinastía iba adquiriendo fama. El primer soberano de Napata que penetró finalmente en territorio egipcio fue con toda probabilidad Kashta, padre de Piânkhi [39]. Tal vez consiguiera extender su soberanía sobre toda la Tebaida, donde en aquel momento el débil Osorkon III era incapaz de contener la invasión kushita. En todo caso Piânkhi obligó a la hija de Osorkon III, Shapenupet (I), «esposa divina», a adoptar como sucesora a Amenirdis (I), hija de Kashta, hermana suya.

Este Piânkhi, cuyo nombre revela su pertenencia a una estirpe que mantenía estrechas relaciones con Egipto, fue el primer rey de la dinastía de Napata que intervino decididamente en la política interior de la tierra del Nilo. Se hallaba precisamente en Napata cuando recibió la noticia de que Tefnakht, habiéndose adueñado de todo el delta occidental, había forjado una alianza con los restantes príncipes del delta y había ocupado Menfis, disponiéndose a sitiar Heracleópolis que no se había unido a la coalición. Primero Piânkhi esperó prudentemente la evolución de los acontecimientos. Con ello pretendía al parecer llevar al enemigo lo más lejos posible de su base. Cuando una nueva petición de ayuda de sus tropas de ocupación del Alto Egipto le trajo la noticia de que Nemrod de Hermópolis se había pasado a las filas de Tefnakht, mandó Piânkhi a sus soldados que conquistaran Hermópolis. Al mismo tiempo envió desde Nubia un ejército auxiliar, al que dirigió antes de partir la original alocución siguiente:

«No ataquéis al enemigo de noche en un juego de azar, sino prestaos a la batalla cuando podáis ser vistos. ¡Pedid lucha desde lejos! ¡Cuando os pida que esperéis a la infantería y a la caballería de otra ciudad, sentaos hasta que llegue su ejército. Luchad sólo cuando os lo pida. Más aún: si se hallaran aliados suyos en alguna otra ciudad esperadles. Sean quienes fueren los príncipes que pueda traer en su ayuda o tropas libias de confianza, anunciadle antes las siguientes palabras: 'Vosotros todos (nosotros no sabemos a quién hemos de dirigirnos a la vista del ejército), uncid los mejores caballos de vuestras cuadras y formad en línea de combate. ¡Pero no olvidéis que Amón es el dios que nos ha enviado!'

«Cuando hayáis alcanzado Tebas, situada frente a Kárnak, limpiaos en el río, vestíos con el mejor lino, destensad el arco y dejad descansar la flecha. No presumáis de ser hombres de fuerza porque sin él (Amón) ningún valiente tiene fuerzas. El

hace fuertes a los débiles y consigue que muchos huyan ante pocos y que uno sólo sea capaz de vencer a mil hombres. Tomad el agua de su altar. Besad la tierra ante su presencia. Habladle así: '¡Danos una ocasión, déjanos luchar a la sombra de tu brazo!' La victoria pertenece al joven ejército que tú has mandado y muchos habrán de temblar ante él» (Z. 9-14)[40].

Después de algunos días de estancia en Tebas, el ejército de Piânkhi se encontró con las tropas de Tefnakht cuando éstas subían por el Nilo; las derrotó y capturó sus barcos. A continuación el ejército avanzó hacia Heracleópolis. En la orilla occidental del Bahr Yusef dio con el enemigo al que obligó a cruzar el río y en la otra orilla se produjo un nuevo encuentro que terminó con la victoria de los nubios. Pero en vez de proseguir la persecución de Tefnakht, los soldados de Piânkhi volvieron al sur para sitiar Hermópolis, donde mientras tanto se había hecho fuerte Nemrod.

A pesar de estas victorias Piânkhi no estaba satisfecho. Como se le habían escapado Tefnakht y su aliado, se dirigió él mismo inflamado de ira a Tebas, tomó parte allí en la fiesta de Opet y se apresuró hacia Hermópolis para dirigir personalmente las operaciones de asedio. Mientras tanto el ejército había sometido, para aplacar al soberano, otras tres ciudades del Medio Egipto. Sin embargo, Piânkhi siguió mostrándose implacable. A su llegada a Hermópolis el rey llevó a cabo algunas mejoras en la línea del cerco y en los dispositivos de asedio y obligó a la fortaleza, completamente aislada, a rendirse después de algún tiempo. Nemrod envió emisarios al soberano etíope para tratar de las condiciones de capitulación y dejó que su mujer Nestent pidiera perdón a las mujeres de Piânkhi para él y su familia. El vencedor se mostró generoso, aceptó los regalos de Nemrod e hizo una entrada triunfal en la ciudad. En una visita al palacio real y a las cuadras, impresionó a Piânkhi sobre todo el hambre que habían padecido los caballos de Nemrod durante el asedio. Mandó trasladar las posesiones de su rival a la caja del estado y las reservas de trigo al templo de Amón de Kárnak.

Quedaba así prácticamente abierto para Piânkhi el camino al Bajo Egipto. Como muestra de agradecimiento por la liberación de la ciudad le hizo regalos Pefnefdubast de Heracleópolis. Fueron tomadas sin ninguna resistencia las fortalezas de Per-Sekhemkheperre', Meidum e Ittaui, que aceptaron ser vasallas de Piânkhi. Así llegó sin dificultad alguna hasta Menfis. Aunque el rey prometió solemnemente respetar la ciudad y a sus habitantes y honrar a sus dioses con sacrificios, no pudo convencer a los defensores de las murallas de la inutilidad de su resistencia. Por el contrario: con una salida trataron en vano

de rechazar el ejército de Piânkhi. Cuando los sitiados se habían hecho de nuevo fuertes en la ciudad obtuvieron inesperadamente ayuda de Tefnakht, que consiguió en el último instante penetrar con 8.000 guerreros en la ciudad. Después de reorganizar la defensa y de advertir a sus soldados que la ciudad podía resistir, en vista de las abundantes provisiones, un prolongado asedio, se dirigió de nuevo al norte para reunir aún otras tropas auxiliares. Mientras tanto Piânkhi había llegado hasta la capital y convocaba un consejo de guerra:

«Cuando amaneció y con las primeras luces del nuevo día, llegó Su Majestad a Menfis. Después de haber desembarcado en su lado norte comprobó que el agua llegaba hasta la muralla, de modo que los barcos atracaban en (las murallas de) Menfis. Luego vio Su Majestad que era una ciudad fortificada; con murallas altas de reciente construcción y almenas bien defendidas. No era posible atacarla. En el ejército de Su Majestad cada cual expresó su opinión sobre todos los posibles medios estratégicos de (acercamiento)» (Z. 89-90). Entre todos los planes de combate que le fueron presentados a Piânkhi por sus generales, optó por el de una ofensiva en el lado oriental de Menfis, donde se hallaban anclados los barcos de sus enemigos. Le costó poco esfuerzo conquistar el puerto y tomar posesión de la flota. Dispuso los barcos en línea de combate a lo largo de la muralla y mandó proceder al asalto de la ciudad. Menfis no pudo resistir mucho tiempo este ataque y sufrió enormes pérdidas. Fiel a su habitual actitud, Piânkhi ordenó la protección de los templos de los dioses y se dirigió al templo de Ptah donde celebró las abluciones rituales y un sacrificio impresionante.

Con la conquista de Menfis prosiguió el quebrantamiento de la coalición del Bajo Egipto. Primero se sometieron los monarcas de la región de Menfis; después acudieron diversos príncipes del delta a colmar de regalos al rey etíope. Piânkhi visitó al dios Atum de Kheraha para testimoniarle su devoción y se dirigió luego al templo de Re' de Heliópolis, donde le fueron tributados toda clase de honores:

«Llegó y fue a la casa de Re' y entró en el templo bajo continuos himnos de alabanza. El sumo sacerdote recitador alabó al dios que había derrotado a aquellos que se habían levantado contra el rey. Se llevó a cabo el ritual del Per-djet [41]; le colocó el *sdb*-pañuelo de cabeza (?) y lo purificó con incienso y agua. Le trajo ramos de flores de Het-benben [42] y le ofreció panes de ofrenda. El (el rey) subió la escalinata hasta la gran ventana de aparición para contemplar a Re' en el Het-benben. El rey mismo estuvo allí completamente solo. Rompió el cierre,

abrió la puerta y contempló a su padre Re' en el maravilloso Het-benben, la barca de la mañana de Re' y la barca del atardecer de Atum. Cerró la puerta y después de poner barro la selló con su propio sello. Luego anunció a los sacerdotes: 'YO mismo he sellado la puerta para que de todos los reyes que nazcan (después de mí) ninguno entre aquí.' Se arrojaron ante Su Majestad al suelo y dijeron: 'Que así sea ahora y en la eternidad, oh Horus que amas Heliópolis'» (Z. 103-105)[43].

Después de esta ceremonia Piânkhi visitó a Atum de Heliópolis en su templo y recibió al rey Osorkon de Bubastis que acudió a someterse. Seguidamente acampó cerca de Atribis y recibió allí al príncipe Pediese, que vino por iniciativa propia a ofrecerle la entrega de su ciudad. Como en las otras ciudades, también en Atribis rindió Piânki homenaje a los dioses del lugar y aceptó los regalos tradicionales. Mientras tanto se habían reunido a su alrededor sumisamente la mayor parte de los príncipes del delta. Lejos de castigarlos, los envió como vencedores a sus ciudades. Pero Tefnakht, el principal enemigo, aún no había sido derrotado, y trataba ahora de promover en la ciudad de Mesed un levantamiento. Pero Piânkhi actuó rápida y enérgicamente. Tefnakht tuvo que resignarse finalmente a reconocer como amo y señor al soberano etíope. Desde la ciudad a la que se había retirado —probablemente fuera de su capital Sais— terminó por capitular también él y llegó incluso a prestar un juramento de fidelidad en presencia de los emisarios de Piânkhi. A partir de este instante se podía considerar al etíope como soberano legítimo de todo Egipto. Antes de volver triunfal a Napata se dejó rendir homenaje por los faraones de Leontópolis y Bubastis así como por los príncipes de Crocodilópolis y Afroditópolis.

«*Vincere scis, Hannibal, victoria uti nescis!*» («Sabes vencer, Aníbal, pero no aprovechar tu victoria!») Estas palabras del historiador romano Livio se pueden aplicar —*mutatis mutandis*— a Piânkhi, cuya campaña quedó de facto sin consecuencias para el desarrollo de la historia egipcia. ¿Por qué el vencedor no aprovechó la ocasión de unir firmemente a la corona etíope un Egipto unificado? Aunque Piânkhi se jactaba de poner y deponer reyes[44] según su voluntad, nada hace pensar que hubiese intentado llevar a cabo reformas en interés de la unidad del país o de otros objetivos trascendentales. Por el contrario: parece que no cambió nada en absoluto en las relaciones existentes sino que se contentó con volver con su rico botín a su capital. La benevolencia que mostró frente a sus enemigos y la prisa con que testimoniaba, en las ciudades conquistadas, su respeto a los dioses locales, da la impresión de que el rey

etíope consideraba su campaña como una especie de guerra santa en la cual las consideraciones imperialistas eran todo, menos decisivas. Sea como fuera, la lenta fusión de la «dodegarquía» del Bajo Egipto en un estado unitario no fue detenida por ello, sino a lo sumo retrasada.

De los relatos de Piânkhi no se desprende por qué razón tenía tanta prisa en volver a su tierra sin haber siquiera intentado enfrentarse a su adversario Tefnakth. Este dispuso de tanto poder a los pocos años de la vuelta del etíope a su patria que se pudo proclamar faraón hacia el 725. Los dos únicos documentos en los que se habla de él como rey no bastan para poder juzgar hasta dónde se extendía su poder territorial ni si tuvo parte alguna en la caída de las dinastías de Leontópolis y Bubastis. Lo que se puede asegurar es que Manetón menciona, como único rey de la Dinastía XXIV e inmediato sucesor de la XXIII, a Bokhkhoris, hijo de Tefnakht, por lo que con toda seguridad el último sucesor de Sheshonq I desapareció bajo su reinado del escenario histórico.

Según Manetón, Bokhkhoris reinó durante seis años. Su nombre llegó hasta nosotros por las estelas del Serapeum (una de ellas data del sexto año de su reinado) y por un fragmento hallado en Tanis. Además apareció en 1895, en una tumba etrusca, un vaso que presenta los sellos ovales del faraón y que ilustra su lucha contra los pueblos negros. Según cuenta Manetón, Bokhkhoris fue hecho prisionero de guerra por el rey etíope Shabaka y quemado vivo. De un texto literario en escritura demótica atribuido a su reinado y conocido con el nombre de *Profecía del cordero,* se desprende que el príncipe saíta se había convertido para los egipcios, en los últimos tiempos del imperio, en una figura legendaria. Toda una serie de autores clásicos le consideran como el principal legislador del valle del Nilo, famoso por sus sabias sentencias [45].

III. LA DINASTIA XXV

a) *Los etíopes en Egipto*

A la muerte de Piânkhi pasa el poder de Napata a manos de su hermano menor Shabaka. Su tumba también se volvió a encontrar en el-Kurru. En cuanto a la duración de su reinado, no conocemos en las fuentes egipcias ningún año posterior al quince. Con cierta seguridad se puede fechar en el año 701 aunque la cronología de este período no ha sido establecida aún definitivamente [46]. Shabaka es el primer príncipe etíope de cuya

presencia se hallaron testimonios en diversos lugares de Egipto. Del relato de Manetón, que atribuye la muerte de Bokhkhoris a la invasión de Shabaka, hay que concluir que el etíope dejó avanzar sus ejércitos hasta el norte del país. Si pudimos seguir a Piânkhi casi paso a paso en su triunfal campaña de Egipto, no ocurre lo mismo con Shabaka. No poseemos ni un solo relato contemporáneo de la guerra del etíope contra los príncipes del delta, ni de cómo consiguió que le reconocieran por faraón único y legítimo. Asimismo podemos deducir, basándonos en fuentes contemporáneas asirias, que la conquista del Bajo Egipto tuvo lugar después de 715, lo más tarde en 711. A partir de ese instante dejó el Bajo Egipto de ser un territorio independiente. Los príncipes de las diversas regiones no renunciaron, sin embargo, inmediatamente a todo el poder político; algunos continuaron en una actitud tan independiente que los soberanos etíopes se vieron obligados a intervenir militarmente para romper su resistencia. Pero el príncipe de la monarquía unitaria fue restaurado por Shabaka de manera que, por lo menos hacia afuera, sólo reinaba un monarca en Egipto. El etíope aparece como rey en los monumentos que fueron hallados en Bubastis, Farbeto e incluso Buto, en el corazón de la región saíta. Su poder parece haberse consolidado particularmente en Menfis, pues se le atribuye el descubrimiento de un famoso texto sobre la mitología de aquella región[47].

Como su antecesor Piânkhi, también Shabaka se preocupó especialmente por Tebas, la capital del Alto Egipto. La casa real etíope tenía firmemente en sus manos el estado teocrático desde la proclamación de Amenirdis (I), hija de Kashta, como corregente y heredera de la esposa divina Shapenupet. En calidad de sumo sacerdote de Amón, Shabaka puso a su lado a su hijo Harmaquis, nacido del matrimonio con la reina Mesbata[48]. En el templo de Amón de Kárnak restauró y decoró la puerta del cuarto pilono según los planos de Thutmosis IV, de la XVIII Dinastía[49]. Merecen especial mención su «sala del oro» y su «casa del tesoro» —situadas ambas al norte del templo principal— pues son dos de las escasas construcciones que mandó erigir por propia iniciativa en suelo egipcio. También promovió la restauración del pequeño templo de Ptah y la construcción en Medinet Habu de una muralla y de un nuevo torreón. Testimonios de su intensa actividad constructora en el famoso templo de Hathor de Denderah es una estela que menciona su nombre[50]. La religiosidad de los soberanos etíopes y su vivo deseo de restaurar los templos egipcios y de fomentar la adoración por medio de sacrificios quedan patentes en todos estos monumentos.

De los escasos datos que conservamos sobre las guerras de Shabaka no se puede deducir con seguridad hasta dónde llegaba su soberanía más allá de las fronteras del país. Por la inscripción de un escarabajo procedente probablemente de Asia se podría concluir que ya bajo su reinado existieron relaciones con Palestina, aunque éstas tuvieran un carácter puramente comercial y diplomático[51]. Unos bloques de piedra con el nombre de Shabaka que aparecieron en el oasis de Bahria permiten en todo caso suponer que el monarca mantuvo también en este territorio una guarnición militar.

Sucedió a Shabaka Shabataka, hijo a su vez de Piânkhi y que no subió al trono antes de 710. Ya al principio de su reinado transfirió el cuidado de los intereses del país del Nilo a su hermano, el futuro rey Taharqa, bajo el que la influencia etíope alcanzaría en Egipto su punto culminante. Una inscripción de Kawa hace suponer que emprendió con Taharqa, que entonces tenía veinte años, una expedición al Bajo Egipto donde al parecer no se habían sometido aún completamente a la soberanía etíope todos los monarcas locales. Por lo demás sólo se encuentran en suelo egipcio algunos testimonios aislados de su reinado, lo que hace suponer que careció de gran interés. Según Manetón, Shabataka fue asesinado por Taharqa, al parecer cuando éste era ya regente. La tumba de Shabataka fue hallada en el-Kurru.

La subida al trono de Taharqa, hijo del conquistador Piânkhi y su esposa Abar, se sitúa generalmente en el año 689; pero también es posible que tuviera lugar ya en el 690. Los documentos egipcios relativos al reinado de Taharqa están bajo el signo de las inscripciones que aparecieron en cinco grandes estelas en las excavaciones de Kawa[52]. Son ejemplos típicos de textos de propaganda política cuya interpretación se ve dificultada más de una vez por alusiones y expresiones confusas. Cuatro de estas estelas sólo tienen importancia para la historia local. Dan noticia de la construcción de un templo de Amón en Gempaaton (Kawa) donde se celebraban múltiples sacrificios. La quinta estela tiene, sin embargo, un carácter especial. Existía en diversas versiones, de las que han aparecido fragmentos en Coptos, Maatana y Tanis. Como están fechadas en el sexto año del reinado del soberano se las suele llamar «la gran inscripción del año seis». La traducción del pasaje más importante de esta estela, prescindiendo de la fecha y las habituales alabanzas a las buenas obras que el rey tributa a su país día a día, dice así[53]: «Maravillas se han producido en la época de Su Majestad, en el sexto año de su reinado —nada parecido se llegó a ver en los tiempos de sus antecesores— por lo mucho

que le quiere su padre Amón Re'. Su Majestad pidió a su padre Amón Re', señor de Kárnak, una inundación para impedir que se muriera la gente en su tiempo. Todas las peticiones que surgen ahora de los labios de Su Majestad son satisfechas por su padre inmediatamente. (Cuando) llegó el tiempo de las inundaciones se mostraron éstas diariamente en grandes proporciones y duraron muchos días, subiendo cada día una vara. Penetraron en los montes del Alto Egipto y rebasaron los diques del Bajo Egipto.»

«La tierra se convirtió de nuevo en agua, agua de inundaciones, y ya no se podían distinguir las islas del río. Este alcanzó en los muelles de Tebas una anchura de veintiuna varas, un palmo y dos dedos y medio. Su Majestad mandó que le trajeran las crónicas de sus antecesores para comprobar las inundaciones que hubieran tenido lugar en su tiempo. Pero nada parecido pudo encontrarse. El cielo había llovido en Nubia y había hecho brillar todas las montañas. Cada cual tenía abundancia de todo en Nubia. Egipto estaba en gran alegría de fiesta y se bendecía a Su Majestad. Su Majestad estaba muy satisfecho por lo que su padre Amón había hecho por él y mandó por ello que se hicieran sacrificios a todos los dioses. Porque estaba contento de lo que había hecho su padre por él.»

Y su Majestad dijo: «Mi padre Amón Re', el señor de los tronos de ambos países, ha hecho para mí cuatro bellos milagros en el curso del año, el sexto de mi reinado. (Algo) parecido no se ha visto desde los más remotos antecesores. Llegó una inundación tan grande que arrastró el ganado y puso a todo el país bajo agua. Nada parecido pudo hallarse escrito en tiempos de los antepasados y no hubo nadie que dijera: 'Yo he oído (algo parecido) de mi padre.' El (Amón) hizo espléndidos los campos para mí en toda su extensión, él mató las ratas (?) y las culebras que allí se encontraban; él impidió que las langostas ocasionaran daños y no permitió que el viento del sur las abatiese sobre la tierra. Yo he obtenido (de esta manera) una cosecha para doble número de graneros, que no pudo ser calculada, de cebada del Alto y Bajo Egipto y de todo tipo de grano que crece sobre la tierra.»

«Vine de Nubia en medio de los hermanos reales que Su Majestad (Shabataka) había hecho venir. Cuando me hallé junto a él me eligió por encima de todos sus hermanos e hijos siendo ensalzado por Su Majestad delante de ellos. Conquisté los corazones de (mis) súbditos y planté amor en cada uno. Fui coronado en Menfis después de que el halcón (Shabataka) hubiese volado hacia el cielo. Mi padre Amón me ordenó que todos los pueblos extranjeros fueran puestos bajo mis pies al sur

hasta Rotehukabet y al norte hasta Kebehuhor, al este hasta la salida del sol y al oeste hasta donde se pone.»

«Mi madre estaba en Nubia, o sea la hermana del rey, dulce de amor, madre reina Abar, bienaventurada. Yo me había despedido de ella cuando era un joven de veinte años, cuando me fui con Su Majestad al Bajo Egipto y ahora ella había venido al norte para verme después de (muchos) años. Ella me halló coronado sobre el trono de Horus después de haber recibido la corona y de haber unido ambas Uräen mientras que todos los dioses protegían mi cuerpo.»

No necesitamos detenernos demasiado en la interpretación de estos datos; el texto habla por sí solo. Se ha querido deducir de él que Taharqa fue coronado por segunda vez como rey en el sexto año de su reinado, pero no existen pruebas suficientes. Lo que sí se deduce del texto es que el reinado de Taharqa fue para Egipto un período de gran bienestar. Al parecer había surgido en los años anteriores un peligro de grave escasez de alimentos a causa de la extrema sequía. Una extraordinaria inundación en el sexto año del reinado de Taharqa no trajo consigo las habituales consecuencias catastróficas sino que se convirtió en la base de un bienestar general. En el delta quedó entonces restablecida la tranquilidad. Por todas partes el piadoso rey hizo mucho bien a los templos y a los dioses, siguiendo el ejemplo de sus antecesores. Existen huellas del afán constructor de Taharqa desde Tanis en el extremo norte hasta el Jebel Barkal en el Sudán. Al parecer fue también reconocida su soberanía en los oasis libios y debe haber mantenido, a juzgar por la importación de productos extranjeros, intensas relaciones comerciales con Asia.

Durante sus estancias en Egipto parece haber residido preferentemente en Tanis y en Menfis. Precisamente en esta última ciudad, donde numerosos monumentos llevan su nombre, se hizo coronar rey de Egipto y del Sudán. Sin embargo, es en Tebas donde se han conservado los más importantes testimonios de la dominación etíope. Incitados por su devoción hacia Amón los príncipes kushitas convirtieron a Kárnak en el centro de su actividad constructora Aunque en el Tercer Período Intermedio el inmenso recinto del dios tebano del reino no estaba en ruinas, sí había sido hasta cierto punto descuidado a causa de las menguadas ganancias y del traslado del centro político al norte del país. Los reyes etíopes se propusieron hacer resurgir Egipto a su antiguo esplendor. Sus esfuerzos se dirigieron sobre todo al embellecimiento y ornamentación de determinados edificios y a la construcción de pequeños santuarios dentro y cerca del inmenso recinto del templo. El gran templo,

sin embargo, había sufrido menos en el curso de los años. En la explanada situada delante de la segunda entrada actual erigió Taharqa un templete sobre una columnata impresionante. Otras columnatas del mismo tipo pero de menores dimensiones fueron construidas bajo su reinado delante del templo de Amón, «que oye las oraciones de los suplicantes», al este del gran templo, delante del de Khonsu del ángulo sureste de las murallas y ante el templo de Amón-Re'-Montu en la esquina opuesta. De esta manera el recinto del templo quedó dotado de entradas suntuosas en sus cuatro puntos cardinales. Los reyes etíopes contribuyeron a terminar los templos de otros dos dioses tebanos que compartían la residencia de Amón: Mut y Ptah. A su iniciativa se debe además la construcción de una serie de templos menores. De sus arquitectos son también probablemente los planos del templo de la diosa hipopótamo Opet que limita con el de Khonsu. Entre el templo principal y la parte norte de la muralla erigieron, o, si no ellos, las esposas divinas por encargo suyo, una serie de capillas en las que se adoraba al dios Osiris bajo diferentes advocaciones. De esta manera hace su aparición oficial en Kárnak el culto de Osiris, que bajo las siguientes dinastías iba a ganar aún mayor fuerza. La rápida propagación del culto de Montu-Re' debe tal vez atribuirse a la creación de varias capillas en el sector norte de Kárnak. Finalmente hay que añadir que Taharqa construyó, entre el gran templo y el estanque santo, un típico templo de Re'-Harakhte, en cuya proximidad se encuentra un fluviómetro del Nilo que probablemente también deba atribuírsele.

b) *Las invasiones asirias*

No fue sólo la dominación etíope lo que por entonces sofocó la independencia egipcia. Los príncipes kushitas hallaron en el resurgiente imperio asirio un rival que aspiraba decididamente al imperio mundial. Hacía ya algún tiempo que se tenía en Egipto conciencia del peligro que amenazaba, como se demostró en la batalla de Qarqar (853), donde había luchado un contingente egipcio, junto a aliados de Asia occidental, contra Salmanasar III (Shulmānuasharēd). Después de este fallido intento de detener el empuje asirio se interrumpieron las relaciones egipcio-asiáticas. Esta situación duró aproximadamente hasta el año 730, en que se produjo un nuevo acercamiento al antiguo aliado. Oseas, rey de Israel, buscó apoyo en Egipto para sacudirse el yugo de la soberanía asiria. A raíz de ello Salmanasar V sitió durante tres años Samaria, hasta que ésta se entregó por fin en 722 a su sucesor Sargón II. Egipto al parecer

siguió este episodio de las guerras asirio-asiáticas como espectador neutral, ya que ni la Biblia ni los anales de los reyes asirios aluden a una intervención armada procedente de la tierra del Nilo. Sin embargo, cuando dos años más tarde Sargón II se tuvo que enfrentar de nuevo a un levantamiento sirio, el egipcio Sibu, probablemente un general de Bokhkhoris, libró al lado del rey de Gaza una batalla en Rafia de la que salió derrotado. El rey asirio pasó entonces a contar a Egipto entre los países que le rendían tributo en el séptimo año de su reinado (715).

No está aún del todo claro el tipo de política que siguió frente a Asiria Shabaka, que se dejó reconocer rey legítimo en el Bajo Egipto a la muerte de Bokhkhoris. El hecho de que hubiese entregado atado, a Sargón II, al rey de Askhod que le había solicitado asilo, hace suponer que intentó ganarse la benevolencia de los soberanos asirios. Por otro lado es casi seguro que aprobase secretamente el levantamiento asirio de 711. Pero, sea como fuere, Shabaka sabía perfectamente que no lograría hacer caer el imperio asirio por las armas; naturalmente se puede suponer que en secreto apoyaba cualquier intento que tratase de frenar la expansión del poder asirio, aunque él sabía evitar el peligro de un conflicto abierto.

A Sargón II sigue en 705 su hijo Senaquerib (Sanherib). Este derrota en su tercera campaña, cerca de Altaku, a un poderoso ejército constituido por «reyes egipcios, arqueros, carros de combate y caballos del rey de Etiopía» y que había acudido en auxilio de las ciudades rebeldes de Asia occidental. Después acampó Senaquerib cerca de Laquis y mandó sitiar Jerusalén. El rey Ezequías, sin embargo, se negó a rendir su ciudad. Mientras tanto se acercaba ya desde Egipto un nuevo ejército auxiliar bajo el mando del joven Taharqa. Senaquerib abandonó su campamento y se dirigió al encuentro del etíope. Es probable que no tuviera lugar la batalla y que Taharqa, al igual que Jerusalén, se salvara gracias a una epidemia de peste que se declaró en el ejército asirio y que es interpretada, por la Biblia y por los egipcios, como un milagro. Quien sabe si fue así. En todo caso, Senaquerib abandonó rápidamente Palestina y ya no volvió allí hasta su muerte.

En la época del reinado de Asarhaddón (681-669) trató de nuevo Taharqa, proclamado rey, de provocar disturbios en Palestina. Es incluso más que probable que tuviera parte en el levantamiento de Sidón, que el soberano asirio reprimió sangrientamente en 677. Después de su intento fallido del año 674, en el 671 mandó Asarhaddón a sus tropas penetrar de nuevo en Egipto. El mismo describió el curso de esta campaña con

las siguientes palabras: «(Entre las tropas de) Taharqa, el rey de Egipto y Kush, objeto de la maldición de su gran dios, organicé desde Ishupri hasta su residencia de Menfis, día tras día, sin tregua, un tremendo baño de sangre, en una franja de tierra de quince días. A él mismo le hice cinco veces una herida incurable con la punta de mi flecha. Sitié y conquisté su residencia de Menfis en medio día por medio de galerías, brechas y escalas; la arrasé y destruí y la dejé consumirse por las llamas. A su mujer, a sus segundas mujeres, a su príncipe sucesor Uskhanahuru y a sus restantes hijos e hijas, su propiedad, su finca, sus caballos, sus bueyes y todo su ganado conduje en innumerables cantidades a Asiria. Arranqué de Egipto las raíces de Kush. No he dejado allí a nadie para rendirme homenaje. En todo Egipto he impuesto nuevos gobernadores, administradores, inspectores de puerto, interventores y directores»[54]. Asurbanipal añade al relato de la campaña de su padre algunos detalles interesantes. Un número determinado de ciudades egipcias reciben nombres asirios. Veinte de los príncipes instituidos en las ciudades por Asarhaddón figuran con su nombre. Entre ellos encontramos a Nekao (I), señor de Menfis y Sais, y también a Montuemhat, príncipe de Tebas. Aunque Asarhaddón sólo había sometido el delta, al parecer se presentaron también representantes de las ciudades del Alto Egipto a testimoniarle vasallaje. Sin embargo, sería aventurado querer deducir de ello que se hubieran sometido voluntariamente al asirio y especulado con su apoyo para echar al etíope del país. Apenas dos años después se vio Asarhaddón obligado a emprender una nueva campaña contra Egipto en el curso de la cual murió. Le sucedió en el trono su hijo Asurbanipal (669-629).

Las campañas egipcias de éste, como las de su antecesor, nos son conocidas casi en su totalidad por fuentes asirias. Sobre su fecha, sin embargo, existe aún cierta inseguridad. En general se sitúa la primera campaña en el año 666. El rey sabía que Taharqa se había apoderado de nuevo de la ciudad de Menfis y que se disponía a enfrentarse contra los príncipes locales (que había impuesto su padre Asarhaddón en Egipto). Asurbanipal dio entonces la orden de acudir en ayuda de las guarniciones asirias. Ambos ejércitos se enfrentaron en Karbaniti y los egipcios fueron derrotados. Taharqa huyó hacia el sur y abandonó su flota a los vencedores. El asirio concentró sus tropas, las reforzó con contingentes sirios y egipcios y rechazó finalmente al etíope hasta Tebas. Las fuentes, en su mayor parte, silencian lo que sucedió después. Nada parece indicar que la capital del Alto Egipto hubiese caído en aquel momento en las manos de los vencedores. Sólo puede aceptarse con seguridad que, tras

la retirada del ejército asirio de Tebas o de todo Egipto, estalló un levantamiento cuyos jefes fueron Nekao de Sais, Sharru-lū-dāri de Tanis y Pekrur de Persopdu. Estos se hallaban precisamente negociando con Taharqa sobre una alianza, cuando fueron sorprendidos por Asurbanipal. Mandó castigar cruelmente las ciudades rebeldes y que Nekao y Pekrur fueran llevados encadenados a Nínive. Entonces el asirio parece haber comprendido que era mejor ganarse de alguna manera la confianza de los egipcios, para poder conservar en el lejano país del Nilo sus intereses. Por ello se mostró generoso y dejó volver a Nekao cargado de regalos y de honores, le devolvió su antigua posición y nombró a su hijo Nabū-shēzibanni (probablemente el futuro Psammetiq o Psamético I) señor de Atribis. De esta manera quiso subrayar y restaurar definitivamente el carácter unitario de la monarquía egipcia. La fecha de la segunda campaña de Asurbanipal se deja establecer con bastante seguridad, pues de las fuentes egipcias se deduce, sin lugar a dudas, que el fundador de la Dinastía XXVI, Psamético I fechó el año 664 como primero de su reinado [55]. De ello se puede concluir que asumió en dicho año la sucesión de su padre Nekao. El historiador griego Heródoto, que pasa completamente por alto las campañas de conquista asirias en Egipto, cuenta en cambio que Nekao (I) fue muerto por el etíope Sabakoos, nombre bajo el que Heródoto resume toda la dinastía etíope. Es poco probable que se trate aquí de Taharqa, ya que éste no se detuvo en el delta en el año 664; antes podría tratarse de su sobrino y sucesor Tanutamón, que emprendió en el primer año de su reinado, poco después de la muerte de su antecesor, una campaña contra los príncipes del delta. Un relato de ello se conserva en la llamada «estela del sueño» que fue hallada junto con la estela de Piânkhi en Napata [56]. Al enterarse Tanutamón de la muerte de Taharqa acudió rápidamente a la capital etíope y se hizo coronar rey. Inmediatamente después se dirigió con un ejército al norte, pasó por Elefantina y Tebas, donde ofreció sacrificios a los dioses y llegó finalmente a Menfis. Ante las murallas de la capital del Bajo Egipto tuvo lugar una batalla de la que salió victorioso el etíope. Aunque Tanutamón no ofrece los nombres de los innumerables enemigos que cayeron en este combate, se puede asegurar que Nekao, que sin duda había permanecido leal a su soberano asirio, perdió en él la vida. Según Heródoto, Psamético huyó entonces a Asiria, probablemente para inducir a Asurbanipal a que interviniese con las armas en Egipto. Mientras tanto Tanutamón había llegado hasta el delta. Esperaba obligar a los príncipes de aquellas ciudades a una batalla, pero como éstos no abandonaban sus

fortalezas no tuvo el rey más remedio que retirarse de momento a su palacio de Menfis. Al poco tiempo aparecieron allí los príncipes del delta presididos por Pekrur de Persopdu para someterse voluntariamente y ofrecerle tributos. El rey se mostró satisfecho con estos honores y dejó partir a los príncipes a sus residencias. Aquí finaliza el relato de la estela.

Todo esto tuvo que ocurrir en la primera mitad del año 664. Taharqa murió probablemente al principio del año. La segunda campaña de Asurbanipal tuvo lugar inmediatamente después. En los anales del rey se describe de la siguiente manera: «En el comienzo de mi reinado, en los días de mi primera campaña me dirigí directamente a Makan y Melukhkha. Tanutamón, rey de Egipto y Kush, que había tenido noticia de la llegada de mi ejército en el instante que pasaba la frontera egipcia, abandonó Menfis y se refugió en el corazón de Tebas para salvar su vida. Los reyes, gobernadores e inspectores que había nombrado en Egipto Asarhaddón, rey de la tierra de Asur, el padre que me engendró, se me acercaron y abrazaron mis pies. Persiguiendo a Tanutamón llegué hasta Tebas, su fortaleza. Cuando vio el ímpetu de mi ataque abandonó Tebas y huyó a Kipkipi.» Asurbanipal relata a continuación que conquistó Tebas y Heliópolis y que llevó consigo a Asiria un rico botín de «plata, oro, piedras preciosas, toda clase de bienes y tesoros de estas ciudades, vestidos bordados de lino, hombres y mujeres, grandes caballos (y) dos altas columnas de electrón puro cuyo peso era de 2.500 talentos y que estaban colocados a la entrada del templo» [57].

Esta destrucción de Tebas que al parecer tuvo lugar en otoño de 664, no aparece mencionada en los textos egipcios. Ante los numerosos restos de la dominación etíope en Kárnak parece justificado preguntarse si la destrucción fue tan completa como pretende Asurbanipal. En todo caso la vida siguió en Egipto tras la retirada del asirio sin que se notase cambio alguno en el gobierno del estado o en la administración de los bienes de los templos. Cuando ya Psamético I tenía en sus manos el gobierno del delta se continuó en Tebas reconociendo a Tanutamón como rey durante algún tiempo. En el noveno año de su reinado (655) el príncipe del delta unió el Alto Egipto a la corona saíta definitivamente.

c) *El estado teocrático de Tebas bajo los etíopes*

Después de este resumen de los conflictos políticos entre Etiopía y Asiria, de los que al fin y al cabo sólo se benefició Egipto con la obtención de su independencia, conviene examinar

las bases en que fundaron su poder en Egipto los reyes etíopes, y cómo consiguieron mantenerlo. En primer lugar, salta a la vista que lejos de imponer su cultura a los vencidos, se adaptaron por completo a las circunstancias egipcias e incluso hicieron suya la lengua de sus enemigos en las inscripciones oficiales. En su propio país mandaron construir templos y tumbas de puro estilo egipcio. En Tebas, donde se mostraron seguidores fervientes del culto de Amón, no rompió Piânkhi en absoluto con la tradición cuando hizo adoptar como heredera a Amenirdis, hija de Kashta, por la esposa divina Shapenupet (I). Así parece que procedió también Psamético I cuando impuso en 655 su gobierno a la Tebaida. Por lo visto se temía limitar la independencia de este estado teocrático, cuya firme organización había permanecido inmutable incluso en épocas de violentos conflictos políticos. Si Piânkhi había esperado que la influencia etíope fuese aumentando en Tebas, le demostraron los acontecimientos en cierto modo lo contrario, pues esta medida no resultó por sí sola suficiente. Bajo la dinastía etíope no renunció el estado teocrático a un solo privilegio de su soberanía. Ni su poder quedó limitado ni su influencia contenida. Unicamente se nombraron nuevos órganos de administración.

Desde la adopción de Amenirdis, la esposa o adoratriz divina asume cada vez más poder terrenal. Si bajo la XVIII Dinastía las esposas divinas eran en su mayoría madres o esposas de reyes, las esposas divinas de la era libia, etíope y saíta eran hijas de reyes, que pasaban su vida sin casarse, dedicadas al servicio de Amón y cuya sucesión quedaba asegurada por la adopción. A Amenirdis (I) sucedió Shapenupet (II), hermana de Piânkhi. Después de ella vino Amenirdis (II) hija de Taharqa. Con los soberanos saítas se llega a acentuar esto aún más. Bajo las Dinastías XXV y XXVI la esposa divina alcanza su máxima dignidad como encarnación del estado teocrático, consagrado a Amón. Disponía de una corte propia que se componía de dignatarios de diferente categoría presididos por un mayordomo: emisarios, guardias de palacio, ayudas de cámara, criados, discípulos, escribas, artesanos etc. Estaba rodeada de un harén divino compuesto de cantantes no casadas, procedentes de todas las clases de la sociedad que designaban a sus sucesoras también por adopción [58]. Su poder terrenal, como única representante permanente de la casa real, se veía acentuado por el hecho de que su título oficial imitaba el del rey, de que llevaba su nombre inscrito en un anillo real y podía erigir monumentos según su voluntad. Su reino, del que era única soberana, dependía sólo del faraón que, con su ayuda, ampliaba desde la metrópoli su control sobre el aparato estatal.

Sus vasallos, sin embargo, la consideraban menos como portadora de poder político que como gran sacerdotisa del dios real Amón, cuyos deseos seguía de buen grado a pesar de su origen extranjero.

Está claro que esta situación no se puede definir como una vuelta a la forma de gobierno teocrático de las Dinastías XXI y XXII. Sobre todo, no se hallaba concentrado todo el poder en el sumo sacerdote de Amón. Este asume a partir de entonces únicamente el primer lugar del servicio de honor, pero incluso en este aspecto dominaba la esposa divina. Además carecía del derecho de voz y voto en cuestiones militares. Es característica la escasez de datos sobre la composición y organización del ejército de ocupación que aparece en las fuentes de la época etíope. Entre los soberanos tebanos cuyos nombres nos son conocidos por papiros e inscripciones no aparecen auténticos militares. Sin embargo, la función del sumo sacerdote de Amón continúa siendo tan importante que Shabaka le quiso poner bajo su control. Confió ésta a su hijo mayor Harmaquis y se atuvo así a la tradición de la dinastía libia. Sucedió a Harmaquis su hijo Harkhēbis, que ocupaba aún este cargo en el año catorce del reinado de Psamético I [59].

Bajo las dinastías libias también había sido siempre un pariente de la casa real el segundo profeta de Amón. Durante el período de Shabaka ocupó este cargo Neshordehdet, de cuya familia se sabe poco. Bajo Taharqa vemos aparecer a su hijo Nesshutefnut como segundo profeta. A lo sumo permaneció en este puesto hasta los primeros años del reinado de Psamético I, ya que no se hace mención de él en los documentos saítas. Probablemente le sucedió, a su muerte o dimisión, Montuemhat, el cuarto profeta de Amón. Este cumplía realmente las condiciones necesarias para poder aspirar a tal cargo, gracias a su matrimonio con la nieta del rey kushita Udjarenes. El tercer profeta de Amón que ejerció el cargo en Tebas, al final de la XXV Dinastía fue muy probablemente Petamunnebnesuttaui, conocido como contemporáneo de Psamético I. Procedía de una familia muy sencilla [60], pero uno de sus sucesores, que tenía el mismo nombre, se casó con Diisethebsed, hija del rey, reanudando así la tradición de las casas reinantes libias, que habían confiado este cargo a los parientes de los cónyuges.

La ocupación de estos tres importantes cargos sacerdotales por hombres que no ejercían prácticamente el supremo poder religioso, sino que a lo sumo lo representaban simbólicamente, hizo pasar a primer plano en la administración del estado teocrático a un hombre que había ocupado en el culto de Amón solamente el cargo de cuarto profeta: Montuemhat [61]. Proce-

dente de una familia que contaba entre sus miembros con una serie de ministros de estado y alcaldes de Tebas, fue acogido como *homo novus* en la suprema comunidad de Amón. Ya en la época de Asarhaddón fue tan considerable su autoridad en asuntos puramente políticos que el asirio lo reconoció como príncipe *(sharru)* del estado teocrático. Como durante la ocupación etíope supo maniobrar hábilmente y reforzar constantemente su posición en el gobierno, se reveló indiscutiblemente bajo Psamético I como una de las personalidades más fuertes de su tiempo y como el auténtico gobernador de Tebaida. En una de sus inscripciones autobiográficas dice de sí mismo: «Yo fui príncipe de la región de la Tebaida y todo el Alto Egipto se hallaba bajo mi gobierno (desde) Elefantina como región fronteriza al sur (hasta) Hermópolis al norte.» Cuando en el noveno año de su reinado (655) Psamético I hizo que la esposa divina adoptara como heredera a Shapenupet, ocupó el nombre de Montuemhat un lugar destacado en la lista de los notables tebanos que ayudaron a la joven princesa a afianzarse en su nueva dignidad. Cinco años más tarde el mismo Montuemhat inauguraba una procesión de altos dignatarios religiosos que rendían homenaje a la sagrada barca de Amón, que aún llevaba las insignias de Taharqa[62]. Poco después debió morir. Su impresionante mausoleo se encuentra junto a otros en el Asasif, donde hallaron su última morada algunos de sus más famosos contemporáneos.

Aunque los títulos que preceden al nombre de Montuemhat en sus numerosos monumentos son de muy diversa índole, no cabe duda de que bajo Taharqa, y más aún en los primeros años del reinado de Psamético I, llegó a gobernar a su albedrío sobre el Alto Egipto. El estilo de sus inscripciones es muy característico en este sentido. Mientras que las esposas divinas permanecían conscientes de su dependencia del rey reinante, sus dignatarios se mostraban fieles siervos y los más altos funcionarios de los templos y de la administración del estado veían oscurecida su autoridad, se alzó Montuemhat hasta el rango de soberano: «Yo soy alguien que hace celebrar en Tebas una fiesta (porque hace) más (por la ciudad) de cuanto hicieron reyes anteriores.» También se preciaba de haber erigido y restaurado monumentos en Tebas y en otros sitios, ignorando al rey que únicamente podía dar el permiso necesario. «Mi corazón no se cansó, y no dejé caer los brazos hasta haber reconstruido (todo) lo que había encontrado en ruinas.» La concentración de tanto poder en una sola mano creó en Tebas una situación inestable a la muerte de Montuemhat. Psamético I no necesitó emplear la violencia para integrarla a su reino del Bajo Egipto.

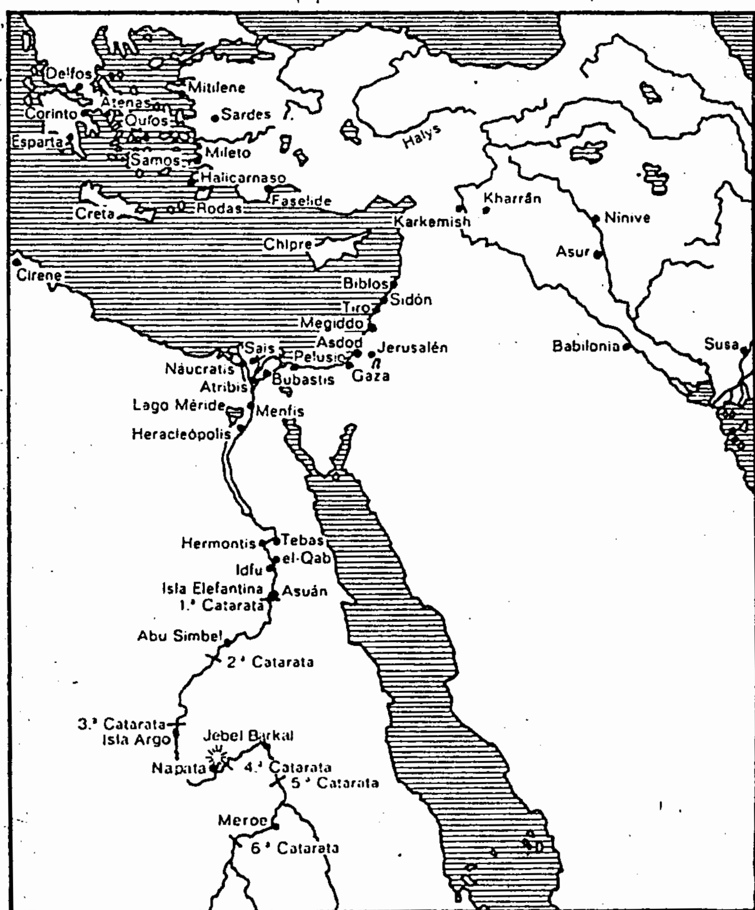


Fig. 7. Egipto y Asia Menor.

Se rindió voluntariamente y se dejó someter poco a poco. Si bien es cierto que los sacerdotes de Amón continuaron siendo bajo los soberanos etíopes el grupo más considerado, influyente y mejor situado del clero tebano, no es menos cierto que en estos años también los sacerdotes de Montu hicieron una rápida evolución. Gracias al descubrimiento del llamado escondite de Kárnak, en que el arqueólogo francés C. Legrain halló docenas de ilustraciones con inscripciones[63], se presentaron muchas posibilidades para el estudio de la formación de las tribus de grandes familias de sacerdotes. Aunque aún no se ha publicado la mayor parte de estos textos, se puede suponer que su importancia prosopográfica también es considerable para la

época de la dominación etíope. Con la publicación de este material se verá sin duda con mayor claridad la organización del culto de Amón. Además existe la esperanza de obtener una visión más clara de las funciones sacerdotales y de los cargos subordinados del templo. Por el momento, nuestros conocimientos sobre los sacerdotes de Montu dependen de los múltiples sarcófagos u otros objetos funerarios hallados en la región de Deir el-Bahari. Parece que el clero del dios de la guerra tebano convirtió, a finales de la XXV Dinastía y a principios de la XXVI, el famoso templo de los muertos de Hatshepsut y sus inmediatos alrededores en una gigantesca necrópolis. Ya hacia mediados del siglo pasado fueron hallados numerosos sarcófagos de sacerdotes de Montu en excavaciones clandestinas. Las excavaciones posteriores, llevadas a cabo por expediciones inglesas, americanas y francesas, han aumentado considerablemente este número. Es de lamentar, sin embargo, que estos hallazgos estén ahora esparcidos por muy diversos museos y colecciones; había que rectificar esta situación para poder obtener una imagen clara del orden cronológico de las generaciones y de las relaciones de parentesco de esta extensa comunidad de sacerdotes. Por el momento sólo existe suficiente documentación acerca de dos familias: la de Besenmu-Ankhefenkhonsu y sobre la de Khonsumes-Djedisetiufankh, que proceden —cada una a través de una rama diferente— de Uenennefer, tercer profeta de Amón, uno de los antecesores de Petamunnebnesuttaui.

Comparada con los escasos datos que existen sobre el aparato administrativo de Tebas, esta enorme cantidad de información sobre el clero, hace suponer que la capital del Alto Egipto fue convertida bajo los etíopes en un auténtico estado sacerdotal, en el que únicamente destacaba Montuemhat como auténtico soberano político. No se puede uno sustraer a la idea de que bajo la XXV Dinastía se creó una situación que condujo a una desvalorización general de la función del estado. Al parecer, las consecuencias de este hecho se hicieron sentir particularmente en la antes tan influyente institución del visirato, primer órgano administrativo del estado. Es poco probable que sólo un visir sustituyese a otro; ya que para eso eran demasiados. El título tenía casi siempre, al parecer, un carácter simbólico y era heredado del padre al hijo. Una sola familia de visires parece haberse apartado finalmente de esta confusión general de términos para reconquistar sus derechos: la de Nespamedu-Nespakashuti, que probablemente procedía de Abidos[64].

6. El Renacimiento Saíta.

I. PSAMETICO I Y LA FUNDACION DEL ESTADO FARAONICO DE SAIS

Desde que, hacia el año 950 a. C., subió al trono de los faraones un oficial de ascendencia libia llamado Sheshonq, pasaron también para siempre los tiempos en que monarcas de sangre egipcia dirigían los destinos del valle inferior del Nilo. Sin embargo, la antiquísima cultura egipcia había de ser aún durante siglos lo bastante poderosa como para dominar a los nuevos detentadores del poder político no egipcios, cuya serie había iniciado Sheshonq I. Libios y nubios asimilados se convirtieron así en los principales defensores de la cultura egipcia frente a los imperios de Asia Anterior que, desde que el estado asirio se convirtió en poder mundial, hacia la mitad del siglo VIII a. C., dominaban el escenario político del Oriente.

Hacia el año 663 a. C. llegó, sin embargo, un momento en el que el imperio asirio había alcanzado frente a estas fuerzas el máximo auge de su poder exterior. Entonces había fracasado el último intento de un rey de Napata —la capital del país llamado en la Antigüedad Etiopía (que no se debe confundir con la actual Etiopía, equiparable a Abisinia) situada al pie de la cuarta catarata del Nilo— de disputar a los asirios la posesión de Egipto.

Incitado, al parecer, por una visión que tuvo en sueños, Tanutamón, rey de Etiopía, había remontado el Nilo y había derrotado en Menfis a los vasallos de los asirios del Bajo Egipto. Ante la llegada del ejército del soberano asirio Asurbanipal tuvo que emprender la retirada. Ni siquiera pudo evitar que los asirios tomasen y saqueasen Tebas, ciudad sagrada de Amón, dios tan venerado por los etíopes. Con la retirada a Nubia de Tanutamón finaliza, sesenta años después de la campaña triunfal del rey Piânkhi de Napata por Egipto (hacia el 725 a. C. o poco antes), la época de la dominación etíope sobre el valle inferior del Nilo. Desde Nubia habían reinado los etíopes sobre Egipto como fieles servidores del dios egipcio Amón, conservando todas las formas faraónicas Ante el poder militar del rígidamente organizado estado asirio, al que se habían enfrentado los etíopes primero en Palestina y luego en el mismo Egipto, el reino faraónico de estos nubios demostró su inferioridad.

En las luchas entre etíopes y asirios por la posesión de Egipto, un grupo de pequeños príncipes establecidos allí habían

tratado de conservar por medio de una política de equilibrio una cierta independencia entre ambas partes. Un relato del rey asirio Asurbanipal habla de veinte príncipes, de los cuales la mayoría se encontraba en el Bajo Delta. Entre ellos figuraba un cierto Nekao (Nekho) —así pronunciamos su nombre siguiendo la costumbre griega— que hacia el año 667 había estado comprometido en un fracasado levantamiento contra los asirios. Llevado prisionero a Nínive, había sido perdonado por el rey Asurbanipal, que le restituyó sus antiguos dominios. A éstos pertenecía Sais, la ciudad natal de Nekao, situada en el delta noroccidental, así como Menfis. El hijo de Nekao, llamado Nabū-shēzibanni por los asirios (que muy probablemente sea Psammetiq, su sucesor), obtuvo además de Asurbanipal la ciudad de Atribis situada cerca de la actual Benha. No cabe duda de que el rey asirio le había concedido esta gracia por razones políticas. De hecho esta actitud se vio recompensada, pues Nekao y Psamético lucharon a favor de los asirios ante el avance del rey etíope Tanutamón. Nekao halló la muerte y su hijo Psamético tuvo que huir con los asirios que le reinstauraron después de la expulsión de Tanutamón. Junto con varios pequeños príncipes, que habían adoptado una actitud parecida, Psamético gobernó Egipto desde entonces como vasallo del rey Asurbanipal. Estos acontecimientos (la caída del príncipe Nekao, la huida y la restauración de su hijo) pertenecen a los años 664 y 663 a. C.[1].

¿Cuál es el origen de la familia de Nekao y de Psamético? Se ha pensado que era de origen etíope y que su poder egipcio procedía de un rey etíope anterior, pero esto es poco probable. Por el contrario, todo parece indicar que Nekao y Psamético procedían del círculo de los príncipes cuyo poder se había extendido algunas generaciones antes sobre el mismo territorio. El príncipe Tefnakht de Sais era, hacia 725, el principal enemigo del etíope Piânkhi y había sido vencido por él pero no eliminado. Bokhkhoris, hijo de Tefnakht, que sucedió a su padre en el poder, había encontrado la muerte en 715 en lucha contra Shabaka, sucesor de Piânkhi. Tefnakth aparece en las inscripciones de su enemigo Piânkhi bajo el título de «príncipe de Ma», abreviatura de Mashawash. Era, por tanto, como todos los soberanos de entonces en el Bajo Egipto, jefe de los sucesores de los mercenarios libios de los faraones del Imperio Nuevo, que se había convertido en una casta hereditaria de guerreros. Los griegos llamaban *mákhimoi* a los miembros de esta casta de guerreros egipcios de origen libio. También en Nekao y Psamético hemos de ver príncipes *mákhimoi*. No se puede determinar si procedían de la familia de Tefnakht y de

Bokhkhoris o de sus cercanías. En todo caso no eran en modo alguno egipcios en el sentido estricto de la palabra.

Entre los príncipes vasallos de los asirios que tras la expulsión de los etíopes gobernaron Egipto para el emperador de Nínive, fue Psamético sin duda el más poderoso desde el principio. Decisivo para su posterior subida fue que el rey de Asiria, Asurbanipal, se viera obligado, poco después de su definitiva victoria sobre los etíopes, a emplear casi todo su ejército en el sureste de su reino contra la tierra de Elam y la provincia rebelde de Babilonia. Casi dos décadas, hasta la caída de Babilonia (648) y la toma de Susa, capital tenazmente defendida de los elamitas (hacia 640), estuvo empeñado en este escenario de la guerra el principal ejército asirio. Mientras tanto Psamético logró la supremacía sobre todos los demás soberanos de Egipto, que estaba abandonado casi por completo a su suerte. Eliminó violentamente a la mayor parte de los príncipes que le rodeaban. A otros se los pudo ganar: está demostrado que lo consiguió con los llamados «maestros de barco» de Heracleópolis (situada a dieciséis km. al oeste de la actual Beni Suef), lo cual constituía un triunfo importante porque estos príncipes de Heracleópolis no sólo eran la familia más poderosa del Medio Egipto, sino que además desempeñaban un papel muy importante en la navegación fluvial hacia el Alto Egipto. También algunos de los pequeños príncipes del delta pudieron someterse voluntariamente a Psamético. Así se convirtió el saíta en pocos años en el amo de todo el Bajo y Medio Egipto sin que lo pudiera impedir su soberano asirio.

En el noveno año de su reinado (656 a. C.) consigue finalmente Psamético la anexión de Tebas, ciudad del Alto Egipto, a sus dominios. En el Alto Egipto se había producido un cierto vacío de poder con la retirada de Tanutamón a Nubia y el saqueo de Tebas por los asirios. La máxima autoridad residía en una sacerdotisa, la «esposa divina de Amón», una princesa soltera que heredaba su alto cargo por adopción. Junto a esta «esposa divina de Amón» llamada Shapenupet, hija del rey etíope, se hallaba como consejero y gobernante terrenal el príncipe Montuemhat. Este había demostrado ser un fiel partidario de los etíopes a través de todas las vicisitudes. Psamético ordenó a la esposa divina reinante que adoptase a su joven hija Nitocris como sucesora, lo que tuvo lugar en marzo del 656, en una solemne ceremonia en la que Shapenupet también hacía entrega a su hija adoptiva, la princesa saíta, de la gran fortuna vinculada a su rango de princesa espiritual. Estos acontecimientos de 656 no significaron cambio externo alguno en las formas de la teocracia que regía en Tebas la esposa divina

de Amón, pero en realidad Psamético pasó a ejercer el poder también en el Alto Egipto y, por consiguiente, en todo el país.

Probablemente fue entonces cuando Psamético se decidió a hacer algo que el rey asirio Asurbanipal narra sucintamente. Giges, rey del reino lidio de Asia Menor, había dejado de enviarle emisarios. A cambio había enviado sus tropas en ayuda de «Pisamilki», el rey de Egipto que había sacudido «el yugo de mi dominación». Al parecer, Psamético, cuando hubo triunfado sobre sus rivales, dejó sencillamente de mandar tributos a Nínive. Ante estos hechos los asirios tuvieron que admitir que había concluido su supremacía sobre el valle inferior del Nilo que tanto esfuerzo les había costado.

La historia griega, sobre todo el famoso historiador Heródoto, que viajó por el valle del Nilo doscientos años después de la subida al poder de Psamético no dice nada de la dominación asiria sobre Egipto, pero sí sabe que «hombres de bronce», griegos, jonios y carios, habían desembarcado en Egipto y entrado al servicio de Psamético. Con su ayuda había triunfado éste sobre sus adversarios egipcios. Los primeros que iniciaron la carrera ascendente de los griegos sobre suelo egipcio, aun antes de que llegasen las tropas de auxilio de Giges, fueron, al parecer, los piratas que desembarcaron en el delta y que fueron reclutados por Psamético para su ejército.

La sumisión de los diferentes soberanos locales, la nueva unificación de Egipto en un estado armónico y al mismo tiempo la independización de la tierra del Nilo del imperio de los asirios, es una de las caras de la obra realizada por el saíta Psamético. Gracias sobre todo a los datos de Asurbanipal y a los relatos griegos, aunque sean breves los primeros y llenos de leyendas los segundos, nos podemos hacer de todo ello una idea bastante completa. De los textos contemporáneos egipcios que contienen datos biográficos podemos extraer la otra cara de esta obra: la reorganización interna del estado faraónico. Cuando en la segunda mitad del siglo IX y en el siglo VIII se descompone el estado de los «faraones-soldados» de origen libio en un conglomerado de pequeñas formas de poder, se producen situaciones feudales en el país que en los tiempos de su viejo esplendor había sido un estado de funcionarios con un rey en el poder central. Ni la época de los etíopes ni la dominación asiria habían de producir cambio alguno. Psamético organizó un estado nuevo y disciplinado. El funcionario real vuelve a ocupar el sitio del señor feudal. Podemos seguir incluso el proceso por el cual la casa de los «constructores de barcos» de Heracleópolis, que desde el principio estuvo unida a Psamético, fue perdiendo, aún en vida de éste, la influencia que había

ejercido antes sobre todo el Medio y el Alto Egipto. Continuó existiendo, sin embargo, la estirpe y nos encontramos con uno de sus miembros en la época de Alejandro Magno. Pero ya no había sitio en el estado de Psamético para su antigua posición independiente, ni siquiera para una semiindependencia. Del mismo modo podemos comprobar que quedó muy limitada la libertad de acción de los personajes rectores del Estado divino de Amón de Tebas, como, por ejemplo, el príncipe Montuemhat. En cambio, en el Alto Egipto aparecen los nuevos funcionarios nombrados por Psamético en las posiciones clave. Es sintomático que hallemos en lugares situados tan al sur como Tebas, el-Kab y Edfu a un hombre que fue tal vez una especie de gobernador general de todo Egipto, pero que en realidad procedía del Bajo Egipto. El y otros muchos funcionarios importantes de este tiempo procedían sin duda del estrecho círculo que rodeaba a Psamético. Es muy probable que estos hombres, lo mismo que la dinastía, fueron más a menudo de origen libio que auténticos egipcios. La cabeza del nuevo aparato estatal estaba en Menfis, en el centro geográfico del territorio del estado, «la balanza de los dos países, Alto y Bajo Egipto». Sais, la ciudad de origen de la dinastía, fue a su vez la auténtica ciudad real, donde se situaron las tumbas de Psamético y de sus sucesores.

La reorganización del ejército tampoco habría de constituir un problema para Psamético. Con energía y habilidad supo resolverlo este faraón. Como ya dijimos, Psamético mismo procedía con toda probabilidad de la estirpe de guerreros de origen libio que los griegos llamaban *mákhimoi*. Estos estaban, naturalmente, estrechamente vinculados al sistema feudal de los siglos anteriores, abolido por Psamético. Parte de los *mákhimoi* podrían pasar como partidarios de Psamético; otros, sin embargo, eran vasallos de los pequeños príncipes que él había eliminado. Psamético dio una nueva orientación al ejército al conservar en el país a los griegos y carios reclutados aún después de vencer a sus adversarios. Era entonces la época de la gran coalición griega. El motivo que llevaba a muchos griegos y carios al extranjero era la necesidad de hallar en alguna parte, fuera del mundo superpoblado del Egeo, una nueva patria. Esta se la ofreció Psamético en Egipto creando auténticas colonias de guerreros para sus soldados extranjeros. Sus mercenarios griegos y carios no eran aventureros que cambiaban de amo con frecuencia, sino colonos que obtenían tierras y se comprometían a cambio a prestar sus servicios al faraón.

No sólo griegos o carios se establecieron de esa manera en Egipto. También nubios, libios, fenicios, sirios y sobre todo

judíos desempeñaron un papel parecido. Los últimos tenían su guarnición principal en el extremo meridional de Egipto, en la isla Elefantina, cerca de Asuán. Allí pudieron erigir los soldados-colonos judíos un templo a su dios Yahvé.

Los puestos de alto mando quedaron reservados a los oficiales del país procedentes de los círculos de Psamético. Estos tenían el cometido nada fácil de hacer de estos guerreros afincados en Egipto, de lenguas tan dispares, un instrumento militar eficaz, y de mantenerlo preparado. Esta misión se veía dificultada por el natural resentimiento que reinaba entre los antiguos *mákhimoi* contra los colonos extranjeros. Un relato de Heródoto, algo fantástico en sus detalles, pero histórico en su esencia, deja entrever que una parte de los *mákhimoi* se separó de Psamético pasándose al rey etíope del sur. Este acontecimiento refleja las tensiones que existían inevitablemente en el seno del ejército saíta.

Trayendo Psamético al país soldados-colonos de «ultramar», abrió el camino de Egipto, automáticamente, a un torrente humano aún mucho más caudaloso. Fue sobre todo el comerciante griego el que siguió al Nilo a sus paisanos militares. Pronto surgió un nuevo oficio: el de intérprete. La presencia en Egipto de los hombres del mundo egeo traería pronto consigo las más diversas relaciones con sus países de origen, al otro lado del Mediterráneo oriental.

Durante cuarenta y cinco años dirigió Psamético I de Sais el estado faraónico que había reorganizado (664-610 a. C.). Indicó a sus sucesores el camino por el que éstos guiaron a Egipto hasta la conquista por los persas. La creación del estado de Psamético es una de las obras personales e individuales que registra la Historia. El reino saíta no nació para revivir el antiguo Egipto de cara a una nueva actividad histórica, sino por obra y gracia de un hombre que se propuso aprovechar una constelación muy peculiar de fuerzas internas egipcias y, sobre todo, extranjeras. A él, el libio Psamético, que no era un egipcio en el sentido estricto de la palabra, y a su casa debe el nuevo estado, que habría de ser durante ciento treinta años una de las primeras potencias del mundo de entonces, algo más que su existencia. Tampoco el apogeo económico que acompañó en Egipto al nuevo impulso político fue el único fruto de esta obra. Antes bien, la obra de Psamético hizo posible un nuevo despertar de la antigua cultura egipcia, sumida durante siglos en el letargo, que podemos calificar de «renacimiento saíta».

II. LA CABEZA BIFRONTE DEL EGIPTO SAITA

El Egipto de la época saíta tiene una doble faz característica. El estado creado por Psamético había nacido en un campo de tensiones de ámbito mundial que se extendía desde el sur de Nubia hasta las potencias del norte y el este del reino asirio, pero también hasta las islas y costas del mar Egeo. Después de su consolidación, el estado faraónico de los saítas quedó ligado definitivamente a las mudanzas de fortuna que irían haciendo la historia del viejo mundo. Si tribus nómadas de bárbaros del Cáucaso invadían el reino asirio, si en Babilonia se libraban los caldeos de la dominación asiria, si en Mesopotamia luchaban el reino decadente de los asirios con los caldeos y los medos, o en Asia Menor los medos contra los libios, o si en el Irán destronaba el aqueménida Ciro al rey medo Astiages, tales acontecimientos repercutían en el Egipto de los saítas. Más aún: todos estos sucesos provocaban una y otra vez acciones y reacciones políticas por parte de los faraones de Sais. A esto se añadió que los saítas fomentaban conscientemente la participación de los elementos extranjeros en el país del Nilo, a través de los soldados colonos o de los comerciantes. Las relaciones con Grecia, sobre todo, se hicieron cada vez más intensas. El sistema político que mantuvo todas estas relaciones con tan diversos países, abierto al mundo y en cierto modo «moderno», representa una de las caras del Egipto saíta. Una imagen completamente diferente nos ofrecen en cambio las formas de expresión de la cultura y el arte, las corrientes intelectuales dominantes en el Egipto de aquel tiempo. Todas nacían del mismo sentimiento: la realización de un ideal que se orientaba hacia el propio pasado remoto. Lo que se quería era nada menos que una vuelta al Imperio Antiguo y Medio de los faraones, tal y como se imaginaba a aquél. Lo que se rechazaba, con plena conciencia, era la evolución que inició Egipto poco después de la constitución del Imperio Nuevo, la evolución de un milenio entero. Se hubiera deseado que no hubiera existido. En todos los diversos aspectos de la vida siguió el Egipto saíta esta tendencia. En las artes plásticas el estilo se ciñe lo más estrechamente posible a las obras del Imperio Antiguo y Medio. La manera de vestir y los peinados se representaban como había sido costumbre en aquellos remotos tiempos. Los cargos públicos de los dignatarios se nombraban con títulos muy antiguos. En las inscripciones se trataba de imitar la lengua clásica ya en desuso y la correspondiente forma de escritura. Incluso textos enteros, por ejemplo, textos fúnebres, se adoptaban literalmente. Las pirámides y las tum-

bas de los reyes de la época antigua eran restauradas cuidadosamente, el culto religioso de los faraones muertos milenios antes era mantenido con profundo respeto.

También en otros aspectos era el Egipto de la época saíta un país de marcada religiosidad. La gran admiración por el pasado hizo que se diese la mayor importancia a las formalidades y fórmulas del culto. Un catálogo dedicado por completo a los preceptos rituales, prescripciones de comida y temas semejantes alcanzó una importancia que nunca hubiera tenido antes. El «cumplimiento de la ley», o sea, de la rígida ley religiosa, era, según los sacerdotes exponentes de esta religiosidad egipcia, el criterio supremo al que se tenía que someter tanto la vida del estado como la del individuo.

Se unía a todo esto un exclusivismo cada vez más acentuado. El que no se atenía a las innumerables normas formalistas de la religión egipcia era considerado «impuro». Naturalmente, esto afectaba sobre todo a los extranjeros que no observaban los preceptos rituales y las precripciones de comida de la religión egipcia. «No les está permitido a los egipcios comer con los hebreos, y lo juzgan pecaminoso», dice el Antiguo Testamento (Gén. 43, 32). El rechazo tajante de la época del Imperio Nuevo, en que Egipto era potencia mundial y estaba, precisamente por ello, en íntimo contacto con el exterior, era también una consecuencia de esta actitud. Es significativo que las divinidades extranjeras que se habían introducido en aquel tiempo en Egipto quedasen proscritas y fueran retiradas del panteón. Incluso el antiguo dios egipcio Seth, que había sido especialmente venerado durante la segunda mitad del Imperio Nuevo y que había llegado a dar su nombre a varios faraones, sufrió la misma suerte, y ello no sólo porque en la mitología desempeñase el papel del asesino de Osiris, sino sobre todo porque era el «dios del extranjero».

Esta actitud tenía que conducir forzosamente al fanatismo. Las masas en la época egipcia tardía mantenían un acusado primitivismo y más de una vez el fanatismo tenía que producir descargas sangrientas.

Todas estas tendencias (el afán de resucitar un pasado lejano, la exacerbación de la religiosidad, el aislamiento frente a los extranjeros «impuros») ya se habían manifestado antes de la época saíta, sobre todo bajo la dominación etíope. Pero fue entonces cuando alcanzaron su máxima expresión.

Un estado como el saíta, inmerso en el mundo de los siglos VII y VI, y un Egipto apartado de las tendencias culturales y religiosas de su época se hallaban por su naturaleza misma en contradicción. Ambos desarrollaron poderosas fuerzas. Su

simultaneidad, las tensiones entre uno y otro, pero también los compromisos entre la casa reinante y los sacerdotes como principales exponentes de ambas tendencias, determinaron la imagen histórica del Egipto de la época de los saítas.

III. EL REINO SAITA, LOS ESTADOS DE ASIA ANTERIOR Y EL MUNDO GRIEGO

Tras la quiebra de la supremacía asiria sobre Egipto con Psamético, hacia el año 655, no volvieron los asirios a tratar de someter las tierras del Nilo. Tampoco después de la toma de Susa y de Babilonia estuvieron en condiciones de intentarlo. Por el contrario, el rey asirio se vio pronto, en todos los frentes, reducido a la defensiva. El peligro más grave lo constituían las tribus del norte y del nordeste, los cimerios, los escitas que les seguían procedentes del Cáucaso y, finalmente, los medos del noroeste del Irán. Los escitas llegaron sembrando la destrucción por los países de Asia Anterior (630-625 a. C.) incluso hasta el sur de Palestina, acercándose a las fronteras de Egipto. Sin embargo, Psamético, cuyas tropas ya habían penetrado en Palestina meridional en los años inmediatos a la supresión de la dominación asiria sobre Egipto, pudo rechazar a los escitas. Probablemente durante su persecución pudo conquistar la ciudad de Asdod de la que nos habla Heródoto (hacia 625 a. C. o poco después). En aquel tiempo había dejado de constituir un peligro para Egipto el ya debilitado imperio asirio. Desde la nueva insurrección de Babilonia en el año 626, cuando se había hecho independiente el príncipe caldeo Nabūaplauṣur (Nabopolasar) y la casi simultánea subida al trono del rey medo Ciaxares, que por primera vez en la historia había sabido reunir en un poderoso estado las tribus de las montañas del noroeste del Irán, Asiria se veía amenazada en su propia existencia.

Una crónica babilónica nos deja ver los acontecimientos que tuvieron lugar a partir del año 616 a. C. en Mesopotamia. En aquel tiempo se hallaban en lucha los asirios y los caldeos de Babilonia. En estas luchas intervino Psamético, faraón de Egipto. Mas no lo hizo para participar en la desmembración del imperio asirio. Al contrario, un ejército auxiliar enviado por él obligó al rey caldeo Nabopolasar a retroceder hasta Babilonia (616 a. C.). ¿Qué es lo que pudo haber movido al faraón a intervenir en favor de su antiguo soberano, al que había expulsado de Egipto, en un escenario tan lejano?

Existe una sola explicación plausible: Psamético tuvo que

haber comprendido que Asiria había dejado de ser un peligro para Egipto, pero que un nuevo gran imperio de Asia Anterior, construido sobre las ruinas de Asiria, tal vez no se detuviera en las fronteras de Egipto. Su actitud sólo se puede comprender como resultado de una visión profunda de la situación política del Asia Anterior de entonces y, sobre todo, de su trasfondo espiritual. Allí existía ya desde hacía bastante tiempo la idea del imperio universal. En tales circunstancias el interés por la superviviencia egipcia requería una intervención activa en favor de la potencia más débil para mantener en Asia un equilibrio de fuerzas. Si esto no se lograba el peligro para Egipto era inmenso.

La ayuda de Psamético significó para los asirios un alivio, aunque pasajero. En el año 614 conquistaron y destruyeron los medos y los caldeos aliados la antigua capital asiria de Asur. Dos años después sufría Nínive la misma suerte: en el verano de 612 fue asaltada y arrasada. Con grandes esfuerzos pudo mantenerse, al oeste de las principales tierras asirias perdidas, un príncipe llamado Ashshuruballiṭ. En Kharrān (al sur de la ciudad de Urfa, situada hoy en territorio turco no lejos de la frontera siria) se hizo proclamar rey de los asirios en lugar de Sinsharishkun, que había muerto en la destrucción de Nínive. Sin embargo, ya en el año 610 perdió también esta ciudad y tuvo que retirarse más allá del Eufrates. Ese año moría en Egipto el viejo faraón Psamético después de cincuenta y cuatro años de reinado.

No menos que en Asia Anterior desarrolló Psamético en los jóvenes estados griegos una activa política exterior. No existían problemas políticos que pudieran afectar a Egipto como los conflictos entre los reinos del Próximo Oriente. Pero de Grecia provenían los mejores soldados de Psamético y las buenas relaciones entre la corte del faraón y los estados de Grecia estaban llamadas sin duda a seguir aumentando el caudal de colonos militares griegos que llegaba a Egipto. También tenían importancia estas relaciones en el aspecto económico, ya que Egipto podía exportar a Grecia trigo y también algo de papiro y velamen que los griegos pagaban con plata, muy apreciada a orillas del Nilo. Probablemente también existieron auténticas aduanas para controlar el comercio exterior. Los griegos sentían gran admiración hacia el faraón de Sais. El grado que llegó a alcanzar su prestigio lo demuestra el hecho de que el sobrino y más tarde sucesor del tirano de Corinto, Periandro, el hombre más poderoso del continente griego a finales del siglo VII, recibiese el nombre de Psamético.

Por último, también mantuvo Psamético relaciones con el

rey etíope de Napata Entre este estado y el Egipto de Psamético, reinó una paz que tampoco se vio enturbiada por la marcha a Etiopía de una parte de los *mákhimoi*. Psamético renunció a cualquier intento de reanudar la antigua dominación egipcia en Nubia mientras los etíopes no avanzasen más hacia Egipto. Elefantina, en el territorio de la primera catarata, donde se hallaban los soldados judíos de Psamético, siguió siendo la base fronteriza meridional del reino faraónico.

Sucedió a Psamético su hijo Nekao II (610-595 a. C.). El estado estaba tan consolidado que este cambio de gobierno no significó ninguna perturbación. Tampoco la política exterior del difunto rey sufrió ruptura alguna. La crónica babilónica ya mencionada da noticia de que en el verano del año 609 un ejército egipcio-asirio cruzó el Eufrates y derrotó a una división babilónica. No se pudo, sin embargo, reconquistar la ciudad de Kharrān. Por ello, el año siguiente (608) el faraón Nekao se puso personalmente al frente de sus ejércitos. Cuando se dirigía al Eufrates se vio detenido cerca de Megiddo, en la llanura de Jezrael, por un ataque del rey Josías de Judá que creía puesta en peligro su independencia por el faraón. Josías fue derrotado completamente y halló la muerte en el campo de batalla. Los egipcios prosiguieron su marcha hacia el norte. Acerca de las posteriores luchas entre el faraón y los caldeos de Babilonia no tenemos noticias hasta el año 606.

La intervención política y militar de Psamético y Nekao en Asia no obedecía al deseo de llevar a cabo conquistas[2]. Análogamente, el encuentro con Josías de Judá se debió a un ataque de los judíos contra el ejército que acudía en ayuda de los asirios, y que ya había pasado al oeste de Jerusalén sin llegar apenas a tocar el territorio del estado de Judá. No cabe duda de que el ataque de Josías resultó en extremo inoportuno para el faraón. El pasaje del Antiguo Testamento que narra cómo Nekao había advertido a Josías de que no tenía intenciones hostiles contra él ni contra Judá está en todo caso en lo cierto. Ante la actitud de Josías se vio Nekao forzado a intervenir en Judá; mandó meter en prisión, después de tres meses de reinado, al nuevo rey de Judá e impuso tributos al sucesor y hermano de éste, Joaquín. Pero también más al norte, en Siria, tuvo pronto que hacerse Nekao con el gobierno del país, ya que entre 608 y 605 habían sucumbido Ashshuruballiṭ y lo que quedaba de su estado asirio. No volvemos a oír nada de ellos. El fin de su aliado asirio dejó al faraón sólo la alternativa de defender sus antiguas posesiones en Siria o de cedérselas a la nueva gran potencia caldea, con la que se encontraba desde hacía años en estado de guerra. Fragmentos de una inscripción

jeroglífica de Nekao procedentes de Sidón hacen suponer que en aquellos años se encontraban también bajo la supremacía del faraón las ciudades costeras fenicias.

A partir del año 606 volvemos a tener una visión de las luchas entre los egipcios y los caldeos, que tuvieron lugar en el territorio del Eufrates medio, aproximadamente donde cruza el río la actual frontera entre Siria y Turquía. En el año 606 recuperaron los egipcios la ciudad de Kimukhu, a orillas del Eufrates, después de un asedio de cuatro meses. A principios de 605 alcanzaron una nueva victoria. Pero el mismo año se volvió la suerte contra ellos en una gran batalla; Nabucodonosor (Nabūkudurriuṣur), el sucesor caldeo, infligió en Karkemish una grave derrota a los egipcios y persiguió los restos de sus tropas hasta Ḥamath, la actual Ḥama. Poco después la muerte de su padre Nabopolasar obligaba al vencedor a volver a Babilonia, donde a principios de septiembre fue proclamado solemnemente rey. En los años siguientes volvemos a encontrar a Nabucodonosor repetidamente en Siria, cuyos monarcas sometió a su poder. De este año data tal vez la carta escrita en arameo del príncipe de Ascalón en la que pide ayuda al faraón contra Nabuconodosor. Pero éste se había vuelto tan poderoso que pudo avanzar en el año 601 hasta la frontera de Egipto. Allí, sin embargo, fue derrotado en una batalla con graves pérdidas por ambas partes y tuvo que volver a Babilonia.

Al parecer se llegó, poco después de estos acontecimientos, a un tratado de paz entre Nekao y Nabucodonosor, ya que el levantamiento que llevó a cabo el rey Joaquín de Judá en 598 contra Nabucodonosor no provocó ninguna reacción por parte del faraón. Nekao no intervino cuando el rey caldeo se dirigió contra Jerusalén y, tras sitiarla durante tres meses, la tomó a mediados de marzo del 597 llevándose a Babilonia prisioneros a 8.000 notables guerreros y artesanos judíos.

Ambas partes tenían sobradas razones para buscar un equilibrio. El estado caldeo se veía atenazado en el este y el norte por el reino del medo Ciaxares que le superaba en poder. Si bien entre los caldeos y los medos existían relaciones políticas amistosas, éstas se basaban en la antigua enemistad común hacia Asiria, que había dejado ya de existir. De Media y no de Egipto provenía a la larga el principal peligro para Nabucodonosor. Para el faraón Nekao existía una situación parecida a la que había inducido a su padre Psamético a buscar un compromiso con Asiria. El peligro que pudiera amenazar a Egipto por parte de Nabucodonosor habría de ser al fin y al cabo menor que el que tenía que proceder de Asia Anterior después de la dominación de Babilonia por los medos.

Con igual empeño prosiguió Nekao la política griega de Psamético. Según Heródoto, dedicó su túnica de guerra de la campaña siria al Apolo del templo milesio de los bránquidas. Nekao se convirtió, sobre todo, en el creador de una potente fuerza naval en el Mediterráneo y en el mar Rojo. Desde su época aparecen títulos como «almirante» y «capitán», con mucha mayor frecuencia en las inscripciones biográficas. Por encargo de Nekao llevaron a cabo marinos fenicios la mayor hazaña marítima de la Antigüedad: la circunnavegación de Africa desde el mar Rojo al Mediterráneo. Heródoto dice sobre esto que no puede creer que los navegantes hubieran tenido realmente durante su viaje alrededor de Africa «el sol a su diestra», como se aseguraba. Pero, precisamente, esta alusión a las condiciones que existen en el hemisferio sur demuestra que la vuelta a Africa no fue un simple cuento de navegantes. También trató Nekao de reconstruir el canal del Nilo al mar Rojo, que existía probablemente ya en la época del Imperio Nuevo. Al parecer, las dificultades técnicas —120.000 trabajadores murieron según Heródoto en esta empresa— impidieron la terminación de esta obra.

También la siguiente sucesión al trono en la casa saíta se llevó a cabo sin complicaciones. A la muerte de Nekao en el año 595, le sucedió su hijo, que volvió a llevar el nombre de Psamético (595-589 a. C.). Bajo su reinado se conservó la paz con Nabucodonosor. En el cuarto año de su reinado llevó a cabo Psamético II una expedición que le condujo, probablemente por mar, a la costa palestina o fenicia. Esta expedición no tenía carácter bélico, pues el cortejo de Psamético estaba constituido por sacerdotes. Cabe suponer que el objeto de este viaje fuera Biblos, que desde los tiempos del Imperio Antiguo estaba unido a Egipto también en el aspecto religioso. Biblos era, en la mitología egipcia, el lugar donde la diosa Isis halló de nuevo el cadáver de Osiris y las ruinas aún hoy impresionantes del templo que se remonta a los tiempos del Imperio Antiguo y Medio muestran que también en la arquitectura hubo una fuerte influencia egipcia. Biblos es la actual Jebail, a cuarenta km. al norte de Beirut. Pero es indiferente que fuera Biblos u otra ciudad de la costa la meta de la peregrinación de Psamético II: condición indispensable para esa empresa era la existencia de relaciones pacíficas con el estado de Nabucodonosor.

El ejército de Psamético II había llevado a cabo un año antes una campaña, pero en un frente completamente distinto: en el sur, contra el rey etíope de Napata. No se ha podido averiguar cómo pudo llegarse a este conflicto después de siete

decenios de relaciones pacíficas entre saítas y etíopes. La suposición de que Psamético II hubiera querido adelantarse a un inminente ataque de los etíopes contra Egipto no puede demostrarse. El propio Psamético se quedó en Elefantina y sus dos generales, Amasis, jefe de los *mákhimoi* egipcios, y Potasimto, jefe de los griegos y demás tropas extranjeras, condujeron el ejército hacia el sur. No sólo llegaron, como era preciso suponer antes, hasta el territorio de la segunda catarata, sino que prosiguieron su marcha a pesar del accidentado curso del río Batn-el-Hagar, al sur del actual Uadi Halfa, y a pesar también de la desolación del desierto nubio. Aproximadamente en el territorio de Dongolah derrotaron Amasis y Potasimto a las tropas del rey de Napata y avanzaron tal vez incluso hasta las cercanías de la capital enemiga. A la vuelta, soldados griegos, carios y fenicios hicieron una serie de inscripciones en las piernas del coloso de Ramsés del templo de Abu Simbel. Una de ellas dice: «Cuando llegó Psammetiq a Elefantina escribieron esto aquellos que habían marchado con Psammetiq, hijo de Theokles. Subieron el curso del Kerkis hasta donde lo permite el río. Potasimto dirigía a los extranjeros, Amasis a los egipcios, Lo hemos escrito Arkhon, hijo de Amoibikhos, y Pelekos, hijo de Udamos.» Desde el punto de vista militar la campaña fue un éxito completo, pero no condujo a una renovación de la antigua dominación egipcia siquiera sobre la Baja Nubia. Excepto la inscripción de los soldados de Abu Simbel, no existe ni un solo recuerdo de Psamético II o de sus sucesores al sur de la zona de las cataratas de Asuán. Elefantina siguió siendo la fortaleza fronteriza meridional del reino saíta. Sin embargo, bajo Psamético II hubo, al parecer, en Egipto un estallido de odio contra los etíopes. En aquel tiempo se borraron, en muchos monumentos de la época de la dominación etíope, los nombres de los antiguos reyes de Napata.

A principios de febrero del 589 murió el faraón Psamético II. Le siguió su hijo Apries, al que la Biblia llama Hofra. Este joven monarca emprendió una nueva política exterior; poco después de subir él al trono, en Jerusalén se levantaron de nuevo los judíos contra Nabucodonosor y decidió atacar a los caldeos. Su flota se dirigió contra las ciudades fenicias de Sidón y Tiro, sometidas a Nabucodonosor, y él mismo acudió al frente de su ejército de tierra a liberar la ciudad de Jerusalén, sitiada por Nabucodonosor desde el 15 de enero del 588.

Este comportamiento de Apries significaba tanto más una ruptura con la política de sus antecesores cuanto que el reino medo se hallaba en vías de convertirse en la primera potencia de toda Asia Anterior. Desde 590 estaban enzarzados los reinos

medo y lidio en una terrible guerra cuyas consecuencias no se podían prever. Más de un contemporáneo vio entonces en los medos la futura potencia mundial, a la que tenía que sucumbir también el imperio de Nabucodonosor; diversos pasajes del Antiguo Testamento dan testimonio de este sentimiento. El faraón Apries siguió ante la situación internacional otras pautas que sus antecesores; él aspiraba a nuevas conquistas territoriales y a incrementar su poder en Asia Anterior.

Con esta política Apries fracasa. Su flota, sin embargo, parece haber obtenido algunos triunfos. Podemos deducirlo del hecho de que la ciudad fenicia de Tiro se volviera poco después contra Nabucodonosor tras de lo cual se vio asediada durante trece años por un ejército caldeo (585-573 a. C.). Finalmente se llegó a un compromiso: Tiro siguió siendo un reino independiente pero volvía a reconocer la supremacía caldea. No obstante, ya antes de iniciarse el sitio de Tiro por los caldeos se había tomado en Palestina una decisión que destruía las esperanzas de Apries.

Ante la noticia de que se acercaban los egipcios, Nabucodonosor levantó el sitio de Jerusalén y se dirigió al encuentro de Apries. No cabe duda de que, con la ciudad enemiga a su espalda y ante las victorias de los egipcios en el mar, la decisión era arriesgada. No sabemos lo que pasó entre ambos ejércitos. Sólo sabemos que se cumplió la palabra del profeta Jeremías: «Sabed que el ejército del faraón que había acudido en vuestra ayuda regresará a Egipto y que los caldeos volverán a luchar contra esta ciudad y la conquistarán y quemarán por el fuego.» Jerusalén y su templo fueron destruidos, la mayor parte de la población fue conducida a la «cautividad de Babilonia» (586 a. C.). Aquel peligroso foco de intranquilidad en el reino caldeo quedó eliminado, el ataque del faraón rechazado. Además, Nabucodonosor obtuvo después otro importante triunfo: su diplomacia, apoyada por el soberano del pequeño reino de Cilicia, en el sureste de Anatolia, intervino como mediadora en el año 585 en la paz entre los reinos de los medos y lidios. Entre ambos estados se estableció como frontera el río Halys, el actual Kizil-Irmak. Se había conservado el equilibrio de las potencias y, al mismo tiempo, había ganado mucho prestigio el reino caldeo.

Para el estado egipcio en cambio este fracaso exterior significó un duro golpe en el interior. Lo demuestra un gran motín de la guarnición de Elefantina. Por un motivo desconocido decidieron los soldados desertar a Etiopía. Si bien el comandante de la fortaleza, Neshor, pudo como él mismo dice «restablecer la disciplina por medio de hábiles negociaciones con los amo-

tinados», no fue este motín el único que tuvo lugar bajo Apries.

En el año 570 el príncipe libio Adikran llamó en su ayuda al faraón, ya que no podía resistir el creciente poderío del estado griego de Cirene. Como es natural, Apries no pudo enviar a sus divisiones griegas contra los griegos de Cirene. Envió, por tanto, a su ejército de *mákhimoi,* pero sufrió una grave derrota. Sólo algunos de sus hombres pudieron volver a Egipto. Este acontecimiento hizo estallar las disensiones y las envidias entre las tropas egipcias y las extranjeras. Por primera vez después de casi cien años volvió a haber una guerra civil en Egipto. Por un lado estaban los soldados del país, que proclamaron rey a un oficial de Siuph, cerca de Sais, llamado Amasis. Por otro, el faraón Apries y los poderosos contingentes griegos y carios del ejército. En las luchas, que tuvieron como escenario sobre todo el noroeste del delta, se alzó con el triunfo Amasis. Apries halló seguramente la muerte en el año 568 en su último intento de reconquistar el poder. Su cadáver fue enterrado por Amasis con todos los honores reales en la tumba de la dinastía en Sais. Aprovechando este momento de extrema debilidad del estado faraónico lanzó Nabucodonosor (568 a. C.) un ataque contra Egipto. Sin embargo, es poco probable que Nabucodonosor, cuyo reino se encontraba siempre bajo la presión latente de su vecino medo, planease la conquista de la tierra del Nilo. Probablemente su campaña fue una amplia demostración de fuerza destinada a dejar patente ante los egipcios su superioridad militar y prevenirles contra una nueva agresión, objetivo que consiguió sin duda el rey caldeo.

Amasis tuvo que resolver dos problemas que Apries le había legado como herencia. En primer lugar se tenían que restablecer las relaciones con las potencias exteriores contra las que, con tan poca fortuna, había luchado Apries: el reino caldeo y el estado de Cirene. Por otro lado se trataba de lograr con urgencia una reconciliación dentro del país, especialmente entre los *mákhimoi* y los griegos. Amasis supo resolver ambos problemas. Con Cirene hizo amistad, entró en una alianza y renunció a apoyar a los libios contra ella. De esta línea no se apartó Amasis ni siquiera cuando estallaron disturbios en Cirene que llevaron a la derrota de un ejército cirenaico a manos de los libios. Amasis no intervino en ninguno de estos conflicos internos. Heródoto da además noticia de que Amasis contrajo matrimonio con una cirenaica llamada Ladike. Esto es perfectamente posible aunque el sucesor al trono, Psamético III, y los otros hijos de Amasis, desconocidos para nosotros, tuvieran madres egipcias.

Aún más importante que la reconciliación con Cirene fue el acuerdo con el reino caldeo. Tal vez lo llevó a cabo Amasis aún en tiempos de Nabucodonosor (hasta 562 a. C.). En todo caso no volvieron a producirse nunca conflictos entre ambas potencias, ni siquiera cuando Nabucodonosor murió y su sucesor resultó ser un monarca poco capaz. En el año 547 encontramos finalmente a Amasis como aliado, no sólo del rey Creso de Lidia, sino también de Nabónido, último rey de Babilonia. Al parecer, siguió Amasis una política exterior que, según el espíritu de Psamético I y de Nekao, no tendía a realizar conquistas fuera de Egipto, sino a conservar el equilibrio entre las potencias de Asia Anterior. Unicamente la isla de Chipre fue obligada por Amasis al pago de tributos, con la ayuda de su poderosa flota. Esto condujo a un mayor comercio entre Egipto y Chipre. Diversos hallazgos, especialmente del este de Chipre, muestran que hubo en aquel tiempo un incremento notable de las influencias culturales egipcias en la isla.

Más difícil aún que la reorganización de las relaciones exteriores fue la superación de las tensiones entre los egipcios y los griegos establecidos a orillas del Nilo. Amasis debía su trono a los *mákhimoi*. Para éstos, y para los egipcios en general, los extranjeros dentro del propio país eran una constante afrenta. Para Amasis, sin embargo, los extranjeros eran tan necesarios como lo habían sido antes para Psamético, Nekao o Apries. Amasis supo resolver el problema reduciendo a un mínimo los motivos de roce entre extranjeros y egipcios. Los diversos «campamentos militares» de los griegos y carios fueron disueltos y las tropas greco-carias concentradas en la capital, Menfis. Amasis suprimió además el libre comercio de los griegos en Egipto, así como sus factorías. A cambio les cedió una ciudad, fundada al parecer en tiempos de Psamético II, en el delta noroccidenal: Náucratis se convirtió en la ciudad de los griegos de Egipto. Obtuvo el monopolio del comercio greco-egipcio y alcanzó así un rápido florecimiento. En Náucratis surgieron santuarios griegos: los milesios, samios y eginetas poseían templos propios, las gentes de Quios, Teos, Focea, Clazómenas, Rodas, Cnido, Halicarnaso, Faselis y Mitilene un templo único, el *Hellenion*. Los griegos consideraban a Amasis su benefactor y le celebraban como «filoheleno». Amasis hizo todo lo posible por fomentar esta fama: cuando se quemó en 548 el templo de Apolo de Delfos el faraón contribuyó a su reconstrucción. También envió repetidamente ofrendas a templos griegos. Pronto se adueñó de su persona la leyenda. Más tarde se aseguró que había estado en contacto personal con los grandes sabios

de Grecia, con personajes como Pitágoras, Solón, Tales, Cleóbulo, Bias y Pitaco, sin tener en cuenta que no todos ellos fueron contemporáneos de Amasis. Sin embargo, la política griega de Amasis no partía tanto de una simpatía sentimental hacia Grecia cuanto del deseo de evitar en lo posible un conflicto entre extranjeros y nativos originado por los pobladores griegos de Egipto. En todo caso, estas medidas, que eran una concesión a las tendencias antigriegas de los egipcios y que no obstante los griegos consideraban un trato de favor, fueron una obra maestra de habilidad política.

Bajo Amasis el país alcanzó el punto más alto del desarrollo económico que ya había iniciado bajo Psamético I. Claro que cuando Heródoto nos habla de que bajo Amasis había 20.000 ciudades exagera tanto como la teoría moderna que calcula en 20 a 21 millones de habitantes la población del Egipto de entonces. En realidad, Egipto contaba entonces, como en la época grecorromana, con cerca de 7 a 7,5 millones de habitantes, un número que no superaría hasta finales del siglo XIX después de Cristo. También como legislador y gobernante alcanzó Amasis una fama que había de perdurar muchos siglos. Por otra parte, era un militar de origen sencillo y personalmente siguió siendo un hombre de aficiones rudas. No sólo Heródoto le caracteriza así, sino también el relato histórico egipcio *Amasis y el navegante,* del siglo III a. C., que nos describe su afición al vino y a los cuentos populares.

A pesar de la indiscutible categoría política de Amasis, se fue gestando ya durante su reinado la desgracia que había de caer sobre el Egipto de la época saíta. No se hundió desde dentro: la peligrosa crisis que se había manifestado a finales del reinado de Apries había sido superada pronto gracias a la habilidad de Amasis. El Egipto de los saítas cayó porque en el mundo de la gran política se había producido finalmente lo que habían temido y tratado de evitar, por todos los medios de la diplomacia e incluso de la intervención militar, Psamético, Nekao y más tarde Amasis: en lugar de un sistema de estados iguales que se tuvieran en jaque entre sí, había surgido en Asia Anterior una potencia mundial con pretensiones de poder universal. No fueron los medos, como había pensado un profeta del rango de Jeremías y como más de uno había temido. El rey de Media, Astiages (585-550 a. C.), sucesor de Ciaxares, se mantuvo fiel a los acuerdos con Babilonia y los otros estados a pesar de su supremacía militar. Pero cuando Astiages fue derrocado inesperadamente por su insignificante vasallo persa Ciro, cambió el panorama repentinamente. La guerra preventiva que el rey lidio Creso, comprometido en una alianza militar

con Babilonia y Egipto, lanzó contra los persas, terminó con el hundimiento del estado lidio y la integración de toda Asia Menor en el imperio persa (546 a. C.). Casi sin lucha caía pocos años después también Babilonia en manos de los persas (539 a. C.). Desde entonces Egipto se encontró solo frente a un imperio que abarcaba toda Asia Anterior. El que el ataque de los persas contra Egipto no tuviese lugar hasta unos meses después de la muerte de Amasis y de la subida al trono de su hijo Psamético III (noviembre-diciembre del 526 a. C.) se debió únicamente a una incursión de nómadas turanios contra las tierras de cultivo iraníes, en cuya defensa halló la muerte el rey Ciro (529 a. C.). La superioridad del ejército mandado por el nuevo rey persa Cambises sobre las fuerzas del faraón era tan evidente que incluso los chipriotas que dependían de Egipto y Polícrates de Samos, el tirano con quien Psamético había sellado una alianza, se pusieron de parte de los persas. Apenas hubiera tenido Psamético III probabilidades de éxito en el plano militar aunque no le hubiera traicionado un oficial griego, Fanes de Halicarnaso, que se pasó a los persas. En una sola gran batalla cerca de Pelusium (aproximadamente cuarenta km. al este del actual Port Said) fue aniquilado en la primavera del 525 el ejército del faraón. Sólo la ciudad de Menfis opuso aún una resistencia que concluyó pronto con su conquista y la captura del último saíta.

Desde entonces fue Egipto una provincia del imperio persa de los aqueménidas. No obstante, las tradiciones de la época saíta eran tan fuertes que ésta iba a alcanzar más tarde una vez más, en el período de la caída del imperio aqueménida, un renacimiento. Tres veces se alzaron los monarcas del delta occidental contra los persas, como anteriormente lo hicieran los saítas, príncipes libios de la clase guerrera (486-484, 463/62-454 y 404 a. C.). La tercera vez tuvieron éxito. Durante sesenta años volvió a existir un reino faraónico (404-343/2 a. C.) que continuaba en muchos aspectos la época de los saítas. Cuando más tarde, bajo los ptolomeos sucesores de Alejandro Magno, se hicieron los últimos intentos de restablecer un estado faraónico en Egipto, partieron éstos de elementos etíopes del sur y de los *mákhimoi* del delta del Nilo como fueron, en otros tiempos, Psamético y Amasis. Su fracaso significa el fin de la época en que nubios y libios asimilados a Egipto habían dado a la cultura de este país un marco en el que se pudo desarrollar por última vez. Desde entonces sólo hubo *fellahs* sin ninguna personalidad. La historia de Egipto sería ya en lo sucesivo, hasta mediados de nuestro siglo, exclusivamente la de sus dominadores extranjeros.

IV. MONUMENTOS, OBRAS DE ARTE, VIDA SOCIAL Y CULTURAL DEL EGIPTO SAITA

La era de los saítas no figura entre las épocas de la historia del reino faraónico que nos dejaron tantas ruinas impresionantes. No se debe esto a que faltara afán constructor en aquel período, sino sólo a que el centro del estado se hallaba en el delta del Bajo Egipto, donde tampoco se han conservado importantes ruinas de otros períodos. De Sais, la ciudad del rey, no existen sino escasos vestigios. Sólo los relatos de los griegos nos pueden proporcionar una cierta idea de esta ciudad, que tuvo importancia hasta la época romana. No podemos ver el palacio de los saítas o el espléndido templo de Neith, diosa de la ciudad, donde también se encontraban las tumbas de los faraones de la casa de Psamético. Lo mismo sucede con Náucratis, la de los templos dedicados a los dioses griegos, y con las entonces populosas ciudades del delta: Mendes, Sebenito, Buto, Atribis o Bubastis. En esta última población, según Heródoto, se reunían todos los años 700.000 personas para celebrar la fiesta de la diosa Bastet. También sabemos sólo gracias a Heródoto que Psamético y Amasis ampliaron en Menfis, su capital de gobierno, el templo del dios Ptah, erigiendo estatuas colosales, y que construyeron un templo a la diosa Isis. Aparte de los trabajos de restauración llevados a cabo en las pirámides, sólo un monumento nos trae ante los ojos la gran actividad constructora de los saítas: los panteones de los toros sagrados de Apis en Menfis.

El culto del toro sagrado de Ptah en Menfis se remonta a tiempos muy lejanos. En el Imperio Nuevo Ramsés II construyó en el desierto, al oeste de Menfis, tumbas subterráneas para las momias de los toros Apis muertos. Pero fue Psamético el que inició las ampliaciones que dieron a la instalación sus enormes dimensiones: 350 metros de longitud, tres de ancho y 5,5 de altura tienen los pasillos. Las cámaras funerarias tienen por término medio una altura de 8 metros. De un solo bloque de piedra están hechos los veinticuatro colosales sarcófagos para las momias de los animales. Por término medio tienen 4 metros de largo, 2,30 de ancho, 3,30 de alto y pesan aproximadamente 65.000 kg. Tales piedras proceden en parte de las canteras de Asuán, situadas a casi 1.000 km. El templo situado en la superficie de estas tumbas, llamado más tarde Serapeum, era también sin duda un importante monumento, pero no se ha conservado nada de él.

Este Serapeum constituye, junto con las noticias sobre otras construcciones que no se han conservado por las condiciones

naturales desfavorables del Egipto septentrional, un testimonio de la enorme cantidad de trabajo y de medios económicos que dedicó la época saíta a la religión. Medios no menos importantes que en estos monumentos se gastaron en las donaciones de tierras, personas, ganado y todo tipo de productos a los templos. Un papiro demótico de la época persa habla de los envíos estatales de plata, ganado, aves, trigo, etc., que recibían los templos en la época de Amasis. Si la cifra, por desgracia de difícil lectura, ha sido bien interpretada, el precio de estas entregas equivalía a una suma de más de siete millones de marcos oro. Frente a esto, los persas habrían de obtener más tarde apenas tres millones de marcos oro en impuestos de todo Egipto[3] junto con los oasis libios y la Cirenaica. Al preguntarse por los motivos de actitud tan generosa de los reyes saítas hacia los templos y sacerdotes, se impone la idea de que trataban de ganarse a estos últimos. De hecho, el estado saíta, cuya política exterior abierta al mundo y cuya simpatía hacia los extranjeros se hallaban en completa oposición a los sacerdotes y a su actitud exclusivista frente a todo lo foráneo, tenía que hacer todo lo posible por comprarse la tolerancia de la influyente casta sacerdotal.

Los sacerdotes y templos del Alto Egipto, de menor importancia, se vieron menos beneficiados por los saítas que los del Bajo Egipto. Por eso los saítas tampoco realizaron obras dignas de mención en Tebas, antigua ciudad de Amón, ni siquiera en el gran templo de Kárnak. Se contentaron exclusivamente con respetar la aparente independencia del estado sacerdotal de Amón. Como antes había hecho Psamético I, promovió más tarde Psamético II la adopción de su propia hija por la esposa divina de Amón reinante. Nitocris, hija de Psamético I, designó como sucesora en el año 595 a. C. a Ankh-nes-neferib-Re‘, hija de Psamético II. También Amasis veneró a esta reina espiritual; en Kárnak se encuentran el faraón y la esposa divina de Amón representados uno junto al otro en aparente igualdad.

Los monumentos notables que se construyeron en la época saíta no fueron obra de los faraones, sino tumbas de algunos altos miembros del clero del estado teocrático. Se trata de construcciones de ladrillo, con tumbas subterráneas hechas en la roca, que tienen en algunos casos dimensiones sorprendentes. Se encuentran en el valle llamado el-Asasif no lejos del famoso templo en terrazas de Hatshepsut de Deir el-Bahari. Una de estas catacumbas, que pertenecía a un tal Petamenofis, supera, con sus 21 salas y una longitud total de 263 metros, incluso a las tumbas faraónicas del Imperio Nuevo del «Valle de los Reyes». Como en los templos de los saítas se han perdido los

relieves murales, lo que queda en las tumbas tebanas figura entre los escasos relieves y frescos de este tiempo que se han conservado. No sólo en cuanto a su contenido enlazan con la mentalidad de los tiempos antiguos, sino también en su realización artística. En algunos casos podemos incluso averiguar qué monumento del Imperio Antiguo, Medio o principios del Nuevo eligió el correspondiente rey de la dinastía saíta como modelo para su propia tumba.

Entre lo mejor que ha llegado hasta nosotros del arte de la época saíta están sin duda las estatuas y cabezas de reyes y notables. En su actitud, su expresión y la representación de sus ropas se manifiesta de manera patente el deseo nostálgico de la época saíta de resucitar el Imperio Antiguo y Medio. Desde el punto de vista artístico y técnico están en general magistralmente realizados, con preferencia en piedra dura y oscura. En algunos casos es difícil, incluso para un especialista versado, distinguir si una de estas obras data, por ejemplo, del Imperio Medio o de la época saíta. El mismo alto nivel que estas obras alcanzan muchas de las diversas figuras animales, como algunas de las representaciones conservadas del dios halcón Horus. Entre las obras de categoría que supo aún crear el arte egipcio de esta época tardía también figuran ciertas estatuillas de bronce que representan dioses, personas y sobre todo diversos animales. Por último, hay que destacar todo tipo de productos artesanales y en particular los de loza fina.

Todas las ramas del arte del Egipto saíta buscaron una y otra vez enlazar con un pasado ya lejano. Huelga decir que este arte no tuvo el más remoto interés en adoptar las tendencias del tan distinto arte de los griegos, a pesar de la presencia de tantos helenos en el estado de Psamético y de Amasis.

Si el enorme esfuerzo del Egipto tardío por retroceder algunos siglos produjo en el terreno de las artes plásticas algunas obras apreciables, no cabe duda sin embargo de que muchos aspectos de la vida se encontraban en el más completo letargo y estancamiento, y en especial la estructura social de la población. La idea, basada en las impresiones de algunos observadores griegos, de que se hubiera formado en el Egipto tardío un auténtico sistema de castas es sin duda exagerada. Lo que sí es cierto es que la pertenencia a los dos grupos dirigentes, los guerreros *mákhimoi* y los sacerdotes, era en realidad hereditaria y que los demás miembros de la comunidad sólo conseguían en raras ocasiones integrarse en estos círculos. También los grupos situados al final de la escala social, los pescadores de las lagunas del delta, despreciados por impuros, y los pastores, especialmente los que cuidaban a los cerdos, se encon-

traban completamente separados del resto de la población. Entre los *mákhimoi* y los sacerdotes, por un lado, y los pescadores y pastores por otro, se encontraba la gran masa de *fellahs,* de obreros públicos y de comerciantes. Cierto es que no había una ley a causa de la cual cada individuo pudiese sólo tomar el oficio de su padre, pero en la práctica el inmovilismo del orden social era sin duda extraordinario en la época saíta. El excesivo respeto a toda tradición, el afán de no tocar la herencia del pasado y no tratar de cambiarla tuvo forzosamente que paralizar cualquier tipo de iniciativa que permitiera a los egipcios cambiar su posición social.

También fue característico de esta época el miedo, mezclado de fanatismo, con que se guardaban todas las fórmulas de la religión por faltas de sentido que fuesen. Esto se manifiesta sobre todo en un terreno tan característico para Egipto como extraño a los griegos: el culto a los animales. En ninguna época se había podido deshacer la religión egipcia de la antigua creencia fetichista según la cual la fuerza de los dioses se manifestaba en determinados animales que debían venerarse. El toro Apis del dios Ptah y el halcón del dios Horus son sólo dos ejemplos entre muchos. En la época tardía este culto a los animales alcanzó extremos que llegaron a lo grotesco. Ya se habló de los enormes gastos que hicieron los saítas para el Serapeum, la sepultura de los toros Apis. Añádanse a esto no sólo las tumbas de los toros Bukhis en Hermonthis, en el Alto Egipto, sino que en diversos sitios se llegaron a instalar auténticas necrópolis para los animales santos de cada región. Momias de cocodrilos, gatos, perros, babuinos, halcones, ibis, etc., se han conservado en número considerable ya que en la época tardía no se consideraban solamente sagrados y se enterraban bajo ritual los animales venerados en los templos, sino que todos los ejemplares de las diversas especies veneradas en las diferentes regiones disfrutaban del mismo trato. Existen relatos del Egipto tardío según los cuales la muerte causada, aun sin intención, a un animal de una especie considerada como santa por los habitantes de un distrito vecino condujo a luchas sangrientas entre los *fellahs* de dos territorios. A todo esto se añade una exuberante floración de demonios y prácticas mágicas. Los cuantiosos amuletos de la época tardía revelan el auge que alcanzó la magia negra a orillas del Nilo. No es de extrañar que los griegos y los persas se maravillaran de estos egipcios.

Daría una impresión de triste primitivismo el nivel espiritual del Egipto de entonces comparado con el mundo griego de los filósofos naturalistas jonios y con los profetas del rango de un Jeremías y de un Zaratustra, si no se pudieran advertir, al

menos en una parte de la clase alta, unos sentimientos religiosos de mayor alcance. Se trata de una mayor acentuación del factor personal que une al individuo con la divinidad para destacar las obligaciones éticas en el marco del mundo religioso. En general, la religión y la ética constituían en el antiguo Egipto dos valores yuxtapuestos, más que dos fenómenos de una misma raíz y unidos indisolublemente. Sólo en algunas ocasiones, sobre todo en el culto de Osiris de la época feudal, entre el Imperio Antiguo y el Medio prevalecieron los valores éticos. En general la religión del antiguo Egipto acentuaba otros factores. En la época tardía, sin embargo, había círculos para los cuales la ética era lo auténticamente decisivo, no el conglomerado de fórmulas religiosas y preceptos de culto. Cuando el faraón Amasis aparece en Heródoto frente a Polícrates de Samos como un hombre de profunda sabiduría, no cabe duda de que las ideas que se le atribuyen acerca de la envidia de los dioses hacia el hombre feliz y afortunado son de origen griego. Lo cierto es que en algunos círculos de la clase alta del Egipto saíta se podían encontrar ideas de alta espiritualidad. Esto lo demuestran las inscripciones biográficas de este tiempo, y diversos escritos sapienciales en la lengua demótica del Egipto tardío. Estos últimos sólo se encuentran en manuscritos de épocas aún posteriores y no se puede precisar con exactitud su origen, pero no cabe duda de que se pueden considerar característicos de la mentalidad de determinados sectores de la época saíta.

Este lado más positivo del mundo espiritual del Egipto tardío, con sus ideales determinados por la ética y la filosofía de la vida, no puede, como tampoco la maestría de algunas obras de las artes plásticas contemporáneas, ocultar que la época saíta constituye la fase final de una gran cultura. Igual que el ingenioso aparato estatal de los faraones de Sais, pese a toda la clarividencia y habilidad diplomática de sus monarcas, no podía a la larga subsistir en un mundo dominado por las nuevas potencias de Persia y Grecia, tampoco podían emanar ya del Egipto de entonces impulsos espirituales que fueran decisivos para el curso de la Historia. En la tierra del Nilo el futuro estaba determinado, en primer lugar, por el impulso de la cultura creada por los griegos y, a largo plazo, por el desarrollo de las cuatro grandes religiones del mundo, radicadas en Asia Anterior: el mazdeísmo de Zaratustra, el judaísmo, el cristianismo, y el Islam. Habían de ser finalmente las dos últimas las que abrirían nuevos caminos a la historia de Egipto en todos los sectores, al extinguirse las últimas tradiciones de la época faraónica.

ÍNDICE

Los imperios del Antiguo Oriente III

ADVERTENCIA SOBRE LAS TRANSCRIPCIONES

1.Asiria y los países vecinos (Babilonia, Elam, Irán) desde el 1000 hasta el 617 a. C. El Nuevo Imperio babilónico hasta el 539 a. C.

I. LA EXPANSIÓN ARAMEA Y EL RENACIMIENTO DE ASIRIA

II. CAMBIOS ÉTNICOS O POLÍTICOS AL ESTE Y AL NORTE DE ASIRIA

III. ASIRIA EN EL SIGLO IX BAJO ASURNASIRPAL II Y SALMANASAR III

IV. EL AUGE DE URARṬU

V. LOS FUNDADORES DEL IMPERIO ASIRIO: TIGLATPILESER III Y SARGÓN II

VI. EL IMPERIO ASIRIO DE LOS SARGÓNIDAS

VII. EL FIN DE ASIRIA Y EL REINO NEOBABILÓNICO

2.Asia Menor entre los hititas y los persas[1]

3.Siria y Palestina desde fines del siglo XI hasta fines del siglo VI a. C. Desde la instauración de la monarquía en Israel hasta el fin del exilio judío.

I. INDEPENDENCIA DE SIRIA-PALESTINA (1025-880 a. C.)

A) Israel y Judá

a) Instauración de la monarquía. Saúl

b) David y Esba'al

c) David

d) Salomón

e) La división del reino

f) Los primeros reyes de los estados de Israel y Judá

B) Los estados neohititas

C) Los arameos

D) Los fenicios

II. LOS SIGNOS PRECURSORES DE LA SOBERANÍA ASIRIA SOBRE SIRIA-PALESTINA (880-745 a. C.)

A) Israel y Judá

a) Omri y su dinastía en Israel. Josafat y Jehoram en Judá

b) Jehú y su dinastía en Israel. Atalía, Joás, Amasías y Azarías (Ozías) en Judá

B) Los arameos

C) Los fenicios

III. SIRIA-PALESTINA COMO PARTE DE LOS IMPERIOS ASIRIO Y BABILÓNICO (745-538 a. C.)

A) Israel y Judá

a) Las dos últimas décadas del estado de Israel y su fin

b) Exequias, Manasés, Amón, Josías hasta Sedecías. Fin del estado de Judá. El exilio en Babilonia

B) Los arameos

C) Los fenicios

4.Arabia.

5.El Tercer Período Intermedio y el Imperio Etíope.

I. LA DINASTÍA XXI

a) Tanis y Tebas

b) El Estado divino de Amón

II. EL TERCER PERIODO INTERMEDIO

a) Grandeza y decadencia

b) La anarquía libia

c) Vuelta a la unidad

III. LA DINASTÍA XXV

a) Los etíopes en Egipto

b) Las invasiones asirias

c) El estado teocrático de Tebas bajo los etíopes

6.El Renacimiento Saíta.

I. PSAMÉTICO I Y LA FUNDACIÓN DEL ESTADO FARAÓNICO DE SAIS

II. LA CABEZA BIFRONTE DEL EGIPTO SAÍTA

III. EL REINO SAÍTA, LOS ESTADOS DE ASIA ANTERIOR Y EL MUNDO GRIEGO

IV. MONUMENTOS, OBRAS DE ARTE, VIDA SOCIAL Y CULTURAL DEL EGIPTO SAÍTA

7.Los griegos.

I. «LA ÉPOCA OSCURA»

II. SOCIEDAD Y POLÍTICA EN LA ÉPOCA ARCAICA

III. ESPARTA

IV. ATENAS

V. LA CULTURA DE LA GRECIA ARCAICA
Bibliografía.
Notas

Esta HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, Africa y América.

Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia.

Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia.

En la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo.

Consta de 36 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

ISBN 84-323-0048-9

